



DON RODRIGO EN LA HORCA



REO, como todo mortal escarmentado, en los encumbramientos ilegítimos; soy ateo, sin embargo, de las reputaciones injustificadas. El viento de la fortuna puede elevar muy alto á quien debiera estar muy bajo; así es la suerte (al fin hembra), que ni demanda títulos, ni desmenuza méritos; favores tales, correspondiendo á su origen, suelen ser pasajeros y efímeros, desvanecidos tan pronto como la tornadiza deidad encuentra nuevas víctimas. Y uso la palabra á conciencia, que martirio es, y no aureola, haber de disfrutar la dulce realidad del triunfo, para sufrir á poco la amarga decepción del desengaño. En cambio, algo hay que por sí mismo vale y se impone, cuando en el naufragio del poder y el fausto, la representación y la opulencia, sobrenada, como inexpugnable resto del bien perdido, la gloria de un nombre, el recuerdo de una hazaña, la huella indeleble de una vida, á través de años, de lustros y de siglos...

«Tiene más orgullo que D. Rodrigo en la horca,» repite aún el vulgo, ante la ostentosa hinchazón del hombre vano. Desmedido debió de ser aquel orgullo, ó extraordinaria la impresión que produjera, puesto que su memoria alienta todavía en lenguas de la fama. ¿Cómo dudar, en efecto, que no sin motivo se conserva cual proverbial ponderación?

No fué, por cierto, hombre baladí é insignificante D. Rodrigo Calderón y Sandelin, Conde de la Oliva, Marqués de Siete Iglesias, Caballero del Orden de Santiago, Comendador de Ocaña, Capitán de la guardia alemana, Continuo de la casa de los Reyes de Aragón, Secretario del Despacho Universal del Rey D. Felipe III, Oidor y Alguacil mayor en propiedad de la Chancillería de Valladolid, Archivero mayor y Alcalde de la real Cárcel de dicha ciudad, Correo mayor; con merced de un maravedí en cada Bula de la Cruzada de las que en la misma se impriman, renta que ascendió á seis mil ducados al año; con un balcón perpetuo en las casas del Ayuntamiento; aposento, perpetuo también, en la Casa de Comedias de Valladolid, y otro en el Corral de la Cruz de Madrid; Patrón del Convento de Porta-Coeli, de la primera de aquellas poblaciones, y de la Capilla Mayor de Nuestra Señora de las Mercedes, de la villa del oso y el madroño; Regidor de Soria, con voz, voto y antigüedad; Depositario general de ella, con iguales preeminencias; con regimientos en Valladolid y en Palencia; con merced de la mitad del Pouzco de lo que se sacaba del mar, cuando se vendían cajones de oro y plata, procedentes de Indias, á saber: 20 quintales de caracolillos, que se ponían por lastre de las naves y que entre los negros se estimaban y pasaban por monedas; con el derecho del palo del Brasil, que venía de Lisboa y que valía doce mil ducados al año, y con el privilegio de que nadie sin su licencia tratase en las piedras de tahona ni de barberos, que venían de fuera para enviarlas á las Indias Orientales, lo cual valía muchos ducados... Gracias á cuyos honores, cargos y emolumentos cobraba anualmente al pie de unos doscientos mil ducados, mejor más que menos, según acreditado testimonio de su época.

Y este hombre ilustre, este personaje insigne, este magnate, este Ministro, poseedor de tantas prerrogativas, constituido en jerarquía tan elevada, dueño de tan cuantiosos rendimientos, ¿fué conducido á la horca y murió ahorcado como cualquier truhán del tiempo de Chaperón?

Corría en sus comienzos el siglo XVII... D. Rodrigo, hijo del Capitán D. Francisco, quien lo hubo en Amberes de una

señora doncella alemana, con la que casó después, legitimándolo, entró en infantil edad á servir como paje á D. Francisco Rojas, Marqués de Denia, privado de Felipe III y, mediante la regia munificencia, Duque de Lerma, así como, por debilidad de la corte romana, vistió más tarde la púrpura cardenalicia.

De paje del Ministro subió en breve á ayuda de cámara del Rey, y ya en este «primer escalón de su fortuna,» casóse en Extremadura con dama muy principal, llamada D.^a Inés de Vargas, natural de Cáceres, Señora de la Oliva. Sus medros fueron creciendo en proporción de sus servicios (caso harto raro para que pueda pasar inadvertido), y no tardó mucho tiempo en suceder al Duque de Villalonga en la secretaría de Estado, «con el manejo de todos los papeles, así de gracia como de justicia, en que antes se ocupaban muchos.» D. Rodrigo era centralizador de la real privanza hasta un extremo que dió ocasión á su caída. Su singular soberbia no coartaba, empero, á su extrema caridad.

De él se cuenta que, saliendo una noche de su casa, á pie y de rebozo, con intención de pagar á caro precio favores femeninos que habíanle regateado mucho para que no cayese en la cuenta de que debía tenerlos en muy poco, cerca ya de la casa de su amada, le salió al encuentro un anciano, que le dijo:

—Señor, suplico á V. S. me oiga una palabra.

D. Rodrigo se paró y repuso:

—Hable, amigo, y sepa yo lo que pretende.

—Soy hombre de bien, señor—añadió el viejo.—Pero, como la honradez y la necesidad son hermanas gemelas, que donde va la una allí planta la otra sus reales, tal es la miseria en que muero, que ni mi hija, moza de diez y nueve abri-les, ni su padre, achacoso é inhábil para el trabajo, nos hemos desayunado desde anoche. Señor—continuó, razonando con voz temblona y cuajados de lágrimas los ojos,—no nos queda más remedio que ser malos, y habré de concluir por dar permiso á mi hija para que, matando la honra, salvemos entrambos la vida... si Dios no nos socorre.

—Tome este bolsillo—interrumpióle el Conde, echando

mano al que, con bien diverso destino, metió en la faltriquera;—trescientos doblones contiene, que podrán remediarle por el pronto, y pues me ha conocido y sabe dónde vivo, acuda á buscarme cuando me haya menester; deseche intentos pecadores y tenga cuidado de encomendarme á Dios.

Con lo cual dió D. Rodrigo la vuelta á su morada, renunciando al anhelo que desasosegaba el frágil barro, por el placer íntimo de haber dado satisfacción cumplida á la más inquieta conciencia.

Entretanto, convertido el de Lerma en Cardenal, decían malas lenguas, que nunca faltan: *el ladrón más afamado, por no morir degollado, se vistió de colorado*; y D. Rodrigo, temeroso y suspicaz por su parte, aunque insaciable de notoriedad y valimiento, consultaba con una religiosa de Porta-Coeli (1) si debería alejarse de la corte, donde presentía desvelos y zozobras; pregunta que contestó la santa señora, advirtiéndole *que ganaría más esperando el fin*. No penetró, seguramente, el delicado misticismo de estas palabras quien no mucho después, en 20 de febrero de 1619, á la una de la noche, estando ya acostado, era preso de orden del Rey, por D. Francisco Ramírez Fariño, consejero de Castilla, y por éste entregado á D. Francisco Tracadaz, caballero de Santiago. Sus émulos temieron que, sucediendo á su antiguo amo en el Gobierno, llegara á ser el verdadero Soberano en tierra de España.

Lo llevaron entre guardias, primero á la Casa del Cordón, del Marqués de Avila Fuente; luego al castillo de Montánchez; más tarde á la fortaleza de San Torcaz, á siete leguas de Madrid, y últimamente á una de las casas que el mismo D. Rodrigo tenía en la calle Ancha de San Bernardo, donde actualmente se halla establecido el Ministerio de Gracia y Justicia. En una de sus salas permaneció, con diez guardias, uno de vista, hasta el día de su muerte, siendo cabo de aquéllos y guardia mayor D. Manuel de la Hinojosa, caballero de Santiago. Cerca de su cuarto había otro que servía de oratorio, á donde salía á oír misa, y en otro inmediato tenían el

(1) Otros dicen que con la Sra. D.^a Mariana Escobar, que murió en fama de santa.

tribunal sus jueces, nombrados por el Rey, á saber: D. Francisco de Contreras, D. Luis de Salado y D. Diego del Corral, consejeros de Castilla, quienes le embargaron sus bienes y sometieron su cuerpo al tormento.

¿De qué se acusaba á D. Rodrigo? En lo criminal, de culpado en la muerte de la Reina D.^a Margarita de Austria; de poseer hechizos y con ellos procurar atraer á sí la voluntad del Rey y otras personas; de haber dado hechizos y con ellos veneno al padre Fr. Luis de Aliaga, Inquisidor general, confesor que fué de la Reina; de haber hecho matar á D. Alonso Carvajal, caballero del hábito de Santiago, al Padre Cristóbal Suárez, de la Compañía de Jesús, á Pedro Caballero y á Alonso del Camino; de la prisión que hizo de Agustín de Avila, alguacil de corte, y del proceso que contra él fulminó; de haberle querido matar en la prisión con veneno y, últimamente, de su muerte y de todo lo demás que en ella pasó. La sentencia le declaró absuelto y dió por libre de estos cargos, añadiendo, no obstante, que del proceso resulta: «haber cometido delito de asesinato y muerte alevosa, habiendo hecho matar á Francisco Ibarra por medio del sargento mayor don Juan de Guzmán, á quien le pagó, y á otras personas, y haber pervertido, con la mucha mano que tenía, el juicio de esta causa, que pendió y se trató en esta corte, ante los alcaldes de ella, amenazando y persiguiendo á uno de ellos porque quiso y trataba la averiguación de dicho delito, y haber ganado é impetrado cédula de S. M., de perdón y de liberación de sus delitos por malos medios:» en virtud de lo cual se daba esta acusación por bien probada «y por la culpa que de ella resulta (añadían los jueces) contra el dicho don Rodrigo Calderón, le debemos condenar y condenamos á que de la prisión en que está sea sacado en una mula ensillada y enfrenada, con voz de pregonero que publique sus delitos, y sea traído por las calles públicas y acostumbradas de esta villa y llevado á la Plaza Mayor de ella, donde, para este efecto, esté hecho un cadalso y en él sea degollado por la garganta hasta que muera. Y más le condenamos en perdimiento de la mitad de sus bienes, que aplicamos á la real Hacienda.»

Firmaba el licenciado D. Diego del Corral y Arellano.

En lo civil, imputábasele responsabilidad por doscientos cuarenta y cuatro conceptos distintos, siendo condenado en doce mil doscientos cincuenta ducados y degradado de todos los títulos, mercedes y oficios que tenía, «y en cualquiera manera le perteneciese, sin tomar en boca á sus hijos.»

—Cúmplase en mí vuestra voluntad—dijo el réo, al oír el fallo, dirigiéndose fervorosamente á un Crucifijo.

Suplicó de la sentencia criminal; se declaró no haber lugar la súplica; apeló de este auto, y en revista, se mandó ejecutar desde luego lo acordado.

Y aquí comienzan los edificantes ejemplos de conformidad cristiana y los admirables rasgos de valerosa entereza, que han pasado á la posteridad en la frase, no del todo exacta, encomiástica hasta la exageración del orgullo de D. Rodrigo en la horca.

¿Era orgullo, real y positivamente, es decir; vanagloria, alarde pretencioso de sí propio y desdén ó esquividad hacia los demás, según el sentido vulgar de la palabra, aquella completa posesión de su espíritu, aquel inquebrantable dominio de sus potencias y sentidos, aquella abnegación absoluta de todo lo humano, dolores y decepciones inclusive, con que el poderoso de ayer afrontaba ahora, perseguido y vejado, pero valeroso y resuelto siempre, las contrariedades de su sino, tan pronto complaciente amigo como irritado mensajero de persecuciones y venganzas? El pueblo lo llamó orgullo, porque todo lo grande, todo lo extraordinario, todo lo que rebasa los moldes generales, parece como que afecta cierta monstruosidad que ofende, tras la envidiable superioridad que admira. Las apariencias justificaban, además, aun sin quererlo D. Rodrigo, el indómito juicio popular.

Desde la primera sentencia se le permitió recibir visitas de religiosos, quienes se hacían lenguas de su serenidad, su resignación y su valor. Dormía en una camilla de damasco azul, guarnecida de oro y plata, y desde que supo el fin que se le preparaba, sacó un colchón de su cama y le puso en el suelo, con una almohada, sobre la cual extendió su capa: allí dormía sin desnudarse más que de tres en tres días para mu-

darse camisa. De las viandas que le servían, limitábase á tomar un poco de caldo y un poco cocido, lo necesario para vivir, cediendo lo demás á los pobres; hacía grandes penitencias con disciplinas y cilicios; frecuentaba la lectura de libros espirituales, en especial de las obras de Santa Teresa, de quien era ferviente devoto, como lo prueba la edificación hecha á sus expensas de la capilla dedicada á la angélica doctora en la iglesia del Carmen Descalzo, hoy parroquia de San José, en esta corte; oraba mucho y confesaba en público sus pecados, como el medio más eficaz para abominar de ellos. Su confesor, fray Gabriel del Espíritu Santo, reprendíale muchas veces tantas mortificaciones. Por hallarse éste enfermo, le llevó la nueva de su cercana muerte fray Pedro de la Concepción.

Era la media noche del martes 19 de octubre de 1625: don Rodrigo hallábase entregado á profunda oración mental, cuando llegó á su presencia el religioso, bajo pretexto de pasar con él la noche. Bien pronto, no obstante, comprendió el preso la proximidad de su agonía, al oír de labios del Padre, trabada ya conversación entre ambos, que Dios quería venir *mañana mismo* á confortarle en el trance de sus aciagas desventuras. Arrodillóse entonces delante del Crucifijo y repitió, como al escuchar la sentencia:

—Señor, hágase en mí vuestra santa voluntad; que siempre—añadió con varonil arranque,—siempre con este mismo ánimo arrostré todas las tribulaciones de mi vida.

Hablándole fray Pedro de los premios que Dios concede á los que saben aprovecharse de lo que padecen, ofreciéndole sus trabajos, respondió D. Rodrigo:

—Plegue á Él, Padre, que mis pecados no sean parte para que yo pierda tanto bien: que le puedo asegurar me ha dado Su Majestad tanto gusto, que si no pareciera liviandad, *me reiría*.

Ese fué su talante hasta el momento mismo de entregar su cabeza al cuchillo del verdugo.

—Parece—decía más tarde á su confesor—que tenía presentida esta muerte ignominiosa que voy á padecer; porque un día de toros y cañas que los Reyes presenciaron, me

desvanecí de tal manera, considerándome á vista de Príncipes, damas, señores y consejeros y á los ojos de cien mil personas que con atención me miraban sobre un hermoso caballo, en cuerpo, con bastón de capitán de la guardia alemana, tan respetado y reverenciado, que ni aun mis enemigos osaban á mi altura; y viéndome así, pensé: ¡Que me vea en tanta fortuna sin merecerla! ¿Qué sería si los que me ven ahora triunfando y otros tantos más me vieran algún día, en esta misma plaza, quitarme la vida afrentosamente, que tanto lo temo? El presagio se realizó punto por punto.

Con licencia del Rey testó el día 20 de 20.000 ducados. Declaró, por salvar á D. Juan de Guzmán, que era suya toda la culpa de la muerte de Francisco Ibarra, y escribió finalmente á su padre una carta, en la que imploraba su bendición y le recomendaba á su mujer é hijos, «amadas prendas de mi corazón—decía,—pues ya no les queda otro padre para su consuelo y remedio, que todo lo confío de su paternal amor.»

Al amanecer del 25 pidió el vestido con que había de morir, que fué una sotana larga, capuz y caperuza de bayeta negra. Viendo que la sotana tenía cuello, cortóle con sus propias manos; «á fin—dijo—de que el verdugo pueda sin embarazo hacer su oficio.» Con este mismo objeto advirtió que el de la chupa fuese sin almidón, y que se le hilvanasen al jubón, pues era postizo; oyó nueve misas, todas de rodillas, y regaló su rosario á un religioso de San Jerónimo, muy su amigo.

A las nueve de la mañana fué D. Pedro de Mantilla, alcalde de corte, con 70 alguaciles de á caballo y 30 de á pie á dar las últimas órdenes para que se sacase al reo á las once en punto. A las diez y tres cuartos, previo aviso, dijo el Padre Pedrosa á Rodrigo:

—Señor, ya dicen que Dios nos llama y que es hora de ir á buscarle.

—Flaco me siento de cuerpo y alma—replicó aquél, desfalleciendo momentáneamente.

Bebió dos sorbos de agua y tomó un huevo y media taza de caldo, con que recobró incontinenti el abatido brío, para no perderlo ya sino con la vida.

Bajó la escalera acompañado de los religiosos y guardia, y para subir en la mula que le estaba preparada (una de las de su caballeriza), dió el Crucifijo á su confesor, «y tomando la rienda en la mano izquierda, se santiguó con la derecha, puso el pie en el estribo y teniendo el otro el verdugo, montó con tanto aire y valor como si fuera á alguna fiesta;» luego compuso el capuz, echándole sobre los hombros porque no estuviera desairado y tomó de nuevo el Santo Cristo. Llegó el verdugo á atarle los pies por debajo de las cinchas y don Rodrigo le dijo:

—No me ates, amigo. ¿Piensas que me he de ir?

—Es orden—le arguyeron.

—Pues si es orden, ata, hermano, ata.

A las once en punto le sacó el verdugo la mula del diestro, y así fué todo el camino.

Llevaba el cabello suelto por encima de los hombros y la barba crecida hasta el pecho, pues no la había afeitado en treinta y dos meses cabales. Miraba á todas partes, contemplando con interés la numerosa muchedumbre que invadía la carrera, y por ventanas, balcones y tejados asomaba.

—Dios te dé valor—decíanle desde los grupos.

—Amén—contestaba D. Rodrigo.

—Dios te perdone y dé buena muerte—exclamó una voz.

—Dios te lo pague—replicó entonces.—*Que sí hará.*

Ordenóse que no se pidiese por él limosna pública, y que las campanillas de las cofradías y el pregonero fuesen muy adelante, de suerte que D. Rodrigo no oyese uno ni otro, porque no se inquietase.

Bajó por la calle Ancha á la Plaza de Santo Domingo, y desde allí siguió por la Costanilla de los Angeles, Plazuela de Santa Catalina de los Donados, atravesando la calle del Arenal para dar en la de las Fuentes, por donde subió á la Plazuela de Herradores, calle Mayor, de Boteros y Plaza Mayor; precisamente en esta carrera estaban las casas de todos sus jueces, circunstancia que observó con alegría.—Porque en esto—alegó—he imitado á Jesucristo.

En llegando al cadalso, sin dejar de la mano el Crucifijo, se apeó con muy buen aire, y á la puerta de una contravalla

se arrimó y se recogió el capuz sobre el hombro derecho; subió seis gradas en donde le esperaba el Padre Pedrosa, y así que le vió, mostró tanto regocijo, que se rió y le dió la mano para subir. Y como advirtiese que el patíbulo estaba descubierto, dijo:

—Padre, yo no he sido traidor; me quieren degollar por detrás: ¿cómo está el cadalso sin luto?

Sosególe el religioso; sentáronse ambos en la tarima, donde arrodillados doce sacerdotes, rezaban las recomendaciones del alma, que D. Rodrigo repetía después de reconciliado con su confesor, besóle la mano y se fué á sentar en la silla elevada para degollarle.

Al sentarse se volvió á levantar para mejorar de posición en el asiento, echando el capuz por detrás de la silla y mirando á uno y otro lado para enmendar cualquier imperfección del traje.

—¿Estoy bien?—preguntó al verdugo, quien le contestó afirmativamente, pidiéndole el perdón de rúbrica, que D. Rodrigo le otorgó abrazándole.

—Ea, señor—le amonestó el Padre Pedrosa,—esta es la hora en que V. S. muestre su ánimo y valentía, pues ya hemos llegado al último lance de la batalla.

—Nunca he estado más contento y animoso—repuso el infeliz.

Dejóse atar los pies y los brazos apenas le advirtieron que así estaba ordenado, y recomendó al verdugo que para taparle los ojos, emplease una venda que él mismo llevaba, lo cual hizo aquél atándole el tafetán por las espaldas.

—Cuidado, que no ha de ser por ahí, sino por delante—arguyó al notarlo, cuidadoso siempre de su honra.

Quiso luego el verdugo sujetar las puntas fuertemente, y D. Rodrigo le atajó diciendo:

—No tires, que yo me estaré quieto.

—Diga V. S. «Jesús»—le interrumpió el Padre Pedrosa.

Díjolo con grande fervor y al punto le echó el verdugo el cuchillo á la garganta, recibiendo el golpe con tal serenidad, que los que estaban cerca, oyéronle decir «Jesús» segunda vez, al tiempo de entregar su alma al Creador.

Fué enterrado en las Carmelitas descalzas de la calle de Alcalá, y pocos años después trasladado al convento de las monjas de Porta-Coeli de Valladolid, donde se le dió sepultura en una bóveda de la capilla mayor. Durante algún tiempo se enseñaba su cuerpo, mantenido sin corrupción, según afirman testigos fidedignos.

En sufragio del difunto se dijeron muchas misas, que costó la piedad de sus amigos y deudos, ó que desinteresadamente le aplicaron numerosos sacerdotes.

Por cierto que es curiosísimo el lance que, por notable, cuenta el interesante manuscrito á cuya fe me atengo (1), sucedido en el convento de Nuestra Señora de las Mercedes de esta corte en la última misa celebrada por el alma de D. Rodrigo, el día de su ejecución, como patrono que era de la capilla mayor de aquella iglesia. Fué cantada, la dijo el Comendador, á la hora de las doce, la misma en que estaban degollando al sinventura, y aseguró el oficiante, varón veraz y virtuoso, que todas las veces que dirigía al pueblo el *dominus vobiscum*, siendo así que celebraba de *requiem*, cuando se volvía al altar hallaba registrada misa de diferentes mártires, y una de ellas de *San Juan Bautista*. También lo certificaron igualmente el diácono y subdiácono.

¿Puede decirse con más habilidad y delicadeza que Felipe IV fué con el Marqués de Siete Iglesias tan injusto, cruel y despiadado como Herodes con el precursor de Jesucristo? No hay ley de imprenta posible en lucha con las armas del ingenio.

La verdad parece que D. Rodrigo, de condición hidalga, pero humilde, hubo de sentirse desvanecido, como él mismo confesara, al mirarse encumbrado á la altura de los más poderosos de la tierra; á este propósito dice el sesudo Padre Mariana: «la prosperidad es caballo desbocado, pocos la gobiernan y se gobiernan en ella bien.» No fué, con todo, D. Ro-

(1) *Vida, prisión y muerte de D. Rodrigo Calderón, Marqués de Siete Iglesias, Ministro que fué del Rey D. Felipe III.* Anónimo. Lo posee el Oficial 1.º del Consejo Supremo de Guerra y Marina, D. Carlos Gutiérrez, á cuya bondad he debido su conocimiento.

drigo el ambicioso vulgar, sin dote alguna que justificase sus aumentos y el estímulo que á lograrlos le empujaba. La energía de su carácter, hartó probada hasta el postrer instante de su vida, acertó á borrar en la fortuna adversa la animosidad que en la próspera le conquistaron sus desabrimientos y asperezas, no exentos, en puridad, de blandura de corazón y nobles fines. ¿Es que entonces, limitados ya los horizontes de su deseo por la sombría perspectiva de su destino, concentró todo el vigor de aquella voluntad, siempre inquieta y anhelante, en el designio, firme y decisivo, de afrontar la última desventura, que eclipsó su estrella, con la misma fortaleza con que se mostró altanero, díscolo, inaccesible co-partícipe de la soberana autoridad?

De cualquier modo, puede asegurarse que fué más grande en el cadalso de la Plaza Mayor, muriendo como cristiano sin miedo más que á la afrenta, que en el Alcázar de Felipe, dictando leyes é imponiendo su capricho á España. Quizá, sin embargo, necesitó de su grandeza de Ministro para cimentar su orgullo de ajusticiado; porque vió el mundo desde muy alto, despreciólo y salió de él con regocijo... Así, no sin razón le hace exclamar Ayala:

Nunca el dueño del orbe, Carlos quinto,
 hubiera reducido su persona
 de una celda al mezquino alojamiento,
 si no hubiera tenido una corona
 que arrojar á las puertas del convento!...

JAVIER UGARTE.





MEMORIA

SOBRE EL TEMA X DEL CUESTIONARIO DE LA COMISIÓN PARA LA
MEJORA DE LAS CLASES OBRERAS

Conclusión (I)

UN gran filósofo, y las escuelas que en sus doctrinas tomaron origen, han concedido al Estado, como característica, el derecho, siendo muchos también los que han opinado de diferente manera. Pero unos y otros convienen en que, cualquiera que sea el fin adecuado de aquél, tiene otros muchos que cumplir, y no ya Bluntschli, el cual pudiera ser recusado por algunos, sino el mismo Arhens le asigna taxativamente fines muy varios, y, entre ellos, muchos de cuyo cumplimiento debiera estar más desobligado que de regular, con arreglo á justicia social, el movimiento económico. Y es natural que así suceda; sobre los sistemas filosóficos está la realidad y el buen sentido, que obligan á reconocer que, si el Estado es una forma sustancial y total de la sociedad, ha de realizar directa ó indirectamente el conjunto de fines propios de ella, si los individuos no pueden ó quieren realizarlos por sí mismos. Creencia esta, no de ahora, ni de antes, sino de todos los tiempos, y que ya expresó Suárez en el libro III, cap. XI de su obra *De Legibus*,

(I) Véase la pág. 188 de este tomo.

al refutar la opinión, que tampoco es nueva, según la cual, sólo la justicia es objeto del Estado. «*Nam finis potestatis civilis, contestaba el sabio jesuita, est pax et felicitas temporalis rei-publicæ humanæ;*» sentencia razonable, pues no es lógico creer que Dios ordenase la sociabilidad ó que el hombre, por su conveniencia, se asociase con los demás, sólo para que se hiciera justicia. Tocante á este punto, no cabe decir más que Burke en las siguientes frases ó definición: «La nación es una asociación establecida para mejor alcanzar toda ciencia, todo arte y todo perfeccionamiento.»

Un orador insigne, de quien nunca nos olvidaremos, dijo un día en este Ateneo que en lo tocante á organización social, no había más que dos sistemas: ó poner como lo primero y sustancial al individuo, considerando la sociedad cual mera forma y medio para su desarrollo, ó colocar la totalidad como única y verdadera realidad, dispensadora de todos los beneficios y dueña de todos los derechos. Es claro que, si esta fuera la cuestión, no sabiendo bien el hombre de buen sentido por cuál de los dos extremos decidirse, al fin se inclinaría hacia el individualismo; pero no está así planteado el problema, porque, en definitiva, el dilema anterior coloca de nuevo la cuestión entre el feudalismo germánico y el despotismo comunista de las viejas ciudades paganas. En todo caso, y es lo más que puede concederse, lo que hoy nos toca averiguar es, si en el siglo venidero podremos intentar una transformación social, más completa y perfecta que aquélla, que levantó sobre los restos de los antiguos castillos las fábricas de los nuevos señores. Porque, bien mirados los hechos, no merecía esto la pena de tantos trastornos y sangre y, aun pienso yo, que feudalismo por feudalismo, eran preferibles los abusos de los guerreros barones, contenidos por el código del honor, el consejo cristiano y las leyes de caballería, á las hipócritas audacias de los modernos señores, sin otro límite que leyes privilegiadas y, en sabiéndolas esquivar, despacharse á su sabor, explotando al pobre sin freno ni conciencia.

Si extremos absolutos se buscaran para expresar el problema, más exacto sería decir que estaba reducido á escoger entre la iniquidad y la justicia; pero ni aun esto es verdad,

estando más en lo cierto Aristóteles cuando la planteó en estas frases: «Cada ciudadano es una parte de la sociedad, y el cuidado de cada parte debe, naturalmente, enderezarse á lo que demanda el todo,» pensamiento que, corregido por el principio cristiano y democrático de la dignidad personal, da la idea de una perfecta organización de las sociedades, en las cuales el cuidado del todo se enderece, además, á lo que cada parte reclama.

Opónese á esta concepción armónica de la vida social, una escuela digna de respeto por los adelantos que ha logrado, pero abandonada por muchos hoy, y esencialmente alterada por sus más aventajados adeptos. En Inglaterra, patria del individualismo ortodoxo, ha venido éste tan á menos, que el gran Spencer, tan propenso á organizar, que había deseado un órgano de producción, por romántico impulso sin duda, ha roto una lanza, con harta desgracia, contra los viejos liberales y en pro del ideal que éstos abandonaran. Cuantas leyes de aspecto económico ha promulgado el partido liberal-democrático, contradicen los inflexibles y geométricos principios de la vieja escuela. M. Cairnes, brillantemente comentado por nuestro sabio presidente, se aparta de ella como de cuerpo muerto, y Maurice y Wingsley, los socialistas cristianos, han logrado tanto fruto de su propaganda como Mr. George lectores de su obra *Progreso y Miseria*. En Alemania, Bélgica é Italia, han perdido plaza por completo en el orden científico las ideas, que por los años 40 al 50 tantos prosélitos ganaran, y lo que es peor que todo esto, la realidad se impone con tal fuerza, que los más arriscados é intransigentes individualistas, cuando legislan, más parecen socialistas, viniendo á confesar implícitamente la inaplicación en las sociedades cultas de esa concurrencia, según la cual, como decía Stuart Mill, cada uno procura para sí mismo y contra todos. Hace muy poco se aprobaba en Suiza una proposición sobre seguros, muy semejante á los famosos proyectos de Bismarck, sin otra oposición que la valiosa, sin duda, del ilustre Numa Droz. Y no es de ahora, que en los comienzos mismos del individualismo, un liberal, tan despierto como Jovellanos, en su Informe sobre el libre ejercicio de las artes, hubo de proponer

reglas y medidas, muy semejantes á las atinadas disposiciones del reformado código industrial alemán.

Puede, pues, y debe el Estado iniciar trascendentales reformas, en evitación de radicales trastornos, ya que no por justicia, dando al traste con preocupaciones escolásticas, inútiles para todo lo que no sea acrecentar continuamente el desequilibrio social, que amenaza hacer saltar, hechos pedazos, los moldes existentes, con perjuicio de la civilización y sin beneficio para nadie. Porque siguiendo el estado social de los pueblos como ahora, no hay esperanza de mejorar, según ha demostrado el propagandista norte-americano mister George al estudiar el progreso en relación con la miseria, y ha corroborado uno de los redactores de la Revista positiva francesa. Y esto, no porque la miseria y abatimiento del obrero sean cosa natural y necesaria, antes bien, como ha patentizado el sobredicho autor, por ser resultado de la injusticia humana, la cual permite que la industria moderna sea cual la pinta Engel en el siguiente cuadro: «Es, ha dicho el escritor alemán, la explotación del hombre en provecho del capital, explotación destructora de las fuerzas vitales de los individuos, que debilita generaciones enteras, disuelve los lazos de la familia, corrompe las costumbres, desvirtúa los goces del trabajo y compromete, harto gravemente, la existencia de la sociedad civilizada.»

Aunque habría para no acabar jamás si hubiera de abandonarse la pluma á las exigencias del asunto, fuerza es pasar á otros aspectos y puntos, puesto que alguna vez haya de rematarse esta, más bien demasiada que corta, Memoria. Lo dicho me alivia, sin embargo, la carga, al tratar de la condición política del obrero, nula en España y poco menos en los demás países, puesto que siendo fundamento de ella el estado social, y éste tan precario y mezquino, casi quedaría evacuada la pregunta con sólo haber mostrado la situación, en que se encuentra el proletariado en lo tocante á sus relaciones sociales.

Aparte esta consideración, es un hecho de pura experiencia, descubierto con la más superficial contemplación, el de que en España carece por completo de condición política la

clase proletaria, puesto que nadie habrá que de buena fe y seriamente crea suficiente para dársela la proclamación formal de unos cuantos derechos universales, letra muerta en la práctica para el obrero.

«Se refiere el problema social, ha dicho un insigne estadista y pensador eximio en este Ateneo, á lo que constituye el derecho sustantivo, á lo que es la esencia y la materia de la sociedad; se refiere, por el contrario, el problema político á lo que es el procedimiento, á lo adjetivo, á la forma, y es imposible, señores, que podamos actuar sobre la materia sin tener una forma determinada, y no es posible tampoco que nosotros tengamos una forma determinada sin antes tener una organización compacta, verdadera, absoluta y necesaria de esta misma materia.»

Siendo esto indudable, quíenes de ello están convencidos parece que debieran haber procurado poner en posesión de esta forma y aquel procedimiento á esas clases envilecidas y apartadas de todo contacto político con las demás, y sin embargo, el mayor enemigo de que las muchedumbres sean dueñas y señoras de sus derechos políticos, es el publicista á que aludo, sin duda porque no caben en uno la lógica del pensador y la del abogado de una clase. No pienso yo que sólo el sufragio popular signifique la restitución del pueblo al estado político, á que tiene derecho; antes bien, presumo que en la ocasión presente sería instrumento aprovechable á sus explotadores; mas por lo pronto, fuera bueno conceder este elemento de defensa al obrero, mientras se preparan soluciones más completas y bien acomodadas, aun á riesgo de que en algunos casos lo ponga, ignorante ó forzado por imperiosa necesidad, en manos de sus propios enemigos.

Un escritor del siglo XVI ha dicho que en el reino donde fueren muchos los excluidos han de ser muchos los descontentos, y algo contentaría á los que de tantos beneficios están excluidos, el no verse también arrojados de la política, que si á las inmensas desigualdades sociales se añaden absurdos privilegios en otros órdenes de la vida nacional, no es un pueblo constituido en nación, sino conjunto informe de explotados y explotadores, lo que vive sobre el territorio de un país.

Aun sin que las leyes lo preceptúen, será constante é indestructible la desigualdad política, mientras exista esa desproporción en el reparto de los beneficios sociales, que permite morir de inanición á millares de hombres, mientras otros derrochan en bacanales ó superfluas dilapidaciones los productos acumulados de generaciones de esclavos. A esto dirán aquéllos, que con burlona sonrisa no contesten, que ley de la naturaleza es la desigualdad y que, como universal y necesaria, abarca y reduce en su cerco infranqueable lo mismo al orden social que al político. No han sido otros los argumentos aducidos desde Aristóteles para sostener la esclavitud, cuando además con vilipendio de la doctrina y sacrilegio repugnante, no se ha traído á colación manoseado texto del Evangelio; á cuyos argumentos y citas respondía ya oportunamente el Cardenal Albornoz: «Mas no creo que me darán en la ley de Jesucristo, que la libertad del ánima se haya de pagar con la servidumbre del cuerpo,» bien que nuestros Gobiernos no sólo hacen pagar con la del cuerpo la mezquina y fingida libertad, que aparentemente conceden al obrero, sino que á veces ni la del alma dejan, puesto que no puede considerarse verdaderamente libre un espíritu, enseñoreado de la ignorancia y la degradación moral, á que fatalmente lo sujetan adversas condiciones sociales. Porque jamás he podido explicarme cómo podrá salir la igualdad política de una desigualdad social, representada por el cero y el infinito.

Había el idealista Platón sostenido en su *República* que la soberanía debiera ser para las clases superiores y para la plebe la propiedad, y el clarísimo y positivo talento de Aristóteles observó que aquellos, en quienes parase la propiedad tendrían, apesar de todas las ficciones, la soberanía y el poder.

De esta mutua coordinación entre lo social y lo político presenta constantemente gallardas muestras la historia, cuyos ejemplos descubren que en toda guerra intestina y aun en las de conquista, gobernaban las pasiones y movían los ánimos por igual un ideal político y una aspiración socialista, según moderna terminología. Y en nuestros días, fuera de España y aun dentro alguno, los programas de los parti-

dos contienen más reformas sociales que políticas, por el convencimiento, que cunde entre los hombres de buen sentido, de que, logradas las primeras, por evolución natural y precisa han de sobrevenir inmediatamente las segundas. Solamente sectarios superficiales é indoctos se curan hoy de ridículas y vanas fraseologías y de palabras fecundas cuando expresan un contenido sustancial de ideas, pero baldías y ridículas, cuando, como es costumbre, sirven para encubrir la huera é inculca aspiración de un mezquino, necio y solapado ambicioso.

Yo espero que antes de poco la política en nuestro patria habrá dejado de ser un pandillaje de gente maleante y holgazana, donde se alistan los residuos, que la ignorancia va dejando en las grandes luchas, y que ya no será teatro donde el juglar sin aprensión ocupe el sitio fabricado por los pueblos para los grandes estadistas, mueca de los cuales son los intrusos, que por más atrevidos ó más ignorantes, han llegado primero. Cuando así suceda no tendrán excusa los que ahora alguna razón tienen al rechazar la política cual si fuera cosa despreciable por lo inútil, y por lo perjudicial aborrecible. Mala y defectuosa, como es ahora, la singular manera de entender la gobernación de los pueblos, considero mucho peor y más pecaminosa la inclinación de ciertas gentes, que en absoluto desdeñan cuanto existe y es medio de lucha, sin alcanzárseles que, mejorando lo presente, se logrará lo que nunca podrá conseguirse con estériles declamaciones. Malo ó bueno, es la política el único instrumento, con que esas clases infelices, de que nos ocupamos, pueden labrar su regeneración, por lo que es insensato intento el de quererlo arrebatar de sus manos. En vez de esto, echando á rodar indiscretos cariños y las egoístas maquinaciones de reaccionarios políticos, conviene enaltecer la política, inspirándole espíritu democrático, ó mejor aun, ilimitado amor al pueblo.

Para remediar, pues, la deficiencia, casi nulidad de la condición política de la clase proletaria, concedido el sufragio, convendría, si esto es más fácil, garantizarlo mediante alguna combinación semejante á la que propone el profesor belga Adolfo Prins en libro reciente; mas, siendo necesaria

previa organización social para conseguir sólida y permanente representación de intereses, necesidades y fuerzas reales de la sociedad, y habiendo de comenzarse por algo, fuera bueno ampliar el sufragio con aquellas compensaciones precisas para que este derecho no fuera nuevo instrumento de explotación del obrero. Los jefes y directores de las masas deben aprovechar cuantas libertades, reducidas ó dilatadas existan para organizar los obreros y procurarles representación en municipios y asambleas, pues gran parte de los abusos contra el proletario cometidos, se realizan porque el infame explotador ó tiranuelo de fábrica cuentan con la complicidad del silencio y con la indefensión del atropellado. Todos cuantos nos interesamos por la suerte de las masas, sin considerarlas fácil escala para trepar al término de ambiciosos proyectos, debemos ir descubriendo tanta miseria y tantos sufrimientos como el proletario pasa, en periódicos, círculos y conversaciones. Aquí no hay prensa socialista, signo del abandono en que se encuentran ciertas clases, mientras en Alemania es numerosa y la más leída, contando solamente los socialistas católicos con más periódicos que de todas clases se publican en Madrid.

Claro es que al abogar yo por esta compenetración de la política y de las aspiraciones de numerosa clase, no pretendo que se encierren y reduzcan en los estrechos moldes de un partido. En general, las reformas sociales se avienen mejor á las agrupaciones democráticas, pero también las hay conformes con otras tendencias. Lo que sí consideraría perniciosísimo disparate, es el que se pretendiera enlazar esta cuestión con determinada forma de Gobierno. Todas son buenas, permitiendo libertad amplia é inclinándose en favor de los más, que son también los más necesitados de auxilio. Por lo común los socialistas aborrecen con singular aborrecimiento la República, porque la consideran forma predilecta de la burguesía. Es cierto que las repúblicas antiguas tuvieron este carácter, y que las tres de Francia se han labrado con la sangre del pueblo y en provecho de la clase media; pero otras hay que no son indiferentes á las desdichas de la plebe, y aun hoy la francesa, quizá el mayor peligro que corre, con-

siste en cierta inclinación á populares concesiones, no intentadas con el pulso y mesura, que son precisos para hacer duraderas y eficaces radicales reformas. Es puerilidad grande hacer motivos de odios irreconciliables sucesos pasados; quienes amen de veras al pueblo deben ir á su fin sin curarse de cambios innecesarios.

En este sentido figúraseme que deben ser políticas las masas obreras; aprovechar cuantos medios concedan las Constituciones y leyes modernas, para conseguir beneficios, cuidando mucho de no volver á ser instrumento, despreciado cuando se ha logrado la victoria, de la tornadiza y audaz voluntad de un ambicioso. Sólo una preferencia deben mostrar; la de aquel Gobierno ó partido que más se interese por el desgraciado y el trabajador y que más reformas esenciales lleve á cumplido remate, para levantar al obrero de la denigrante postración en que se encuentra. Desgraciadamente, no han de llegar á oídos de esos infelices estas palabras mías; si supiera que llegasen yo les diría: desconfiad de cuantos os aconsejan completo retraimiento de la vida política, porque os quieren tan mal como los del lado contrario, que sistemáticamente os impiden penetrar en ella.

La causa principal de la ninguna influencia del obrero y, por consiguiente, del aislamiento, que compromete cada día más su bienestar, fué la disgregación y movimiento de los viejos y defectuosos, pero necesarios, organismos sociales. Prins, Laveleye, D'Orcet y muchos otros, al analizarlos, han descubierto por qué secretos y extraños conductos influía el trabajador hasta en los más arduos negocios del Estado, lo cual es tan puesto en razón, que, si la historia no lo revelase, bastaría el buen juicio para presumirlo, pues, cuando existen fuerzas, y éstas, mejor ó peor, están organizadas, no pueden menos, apesar de todos los impedimentos, que ser eficaces. Otro mal, de que se ha quejado Le Play, relacionándolo con el anterior, ha sido el haber arrancado del pueblo las creencias sin sustituirlas con otras y ni siquiera con una cultura intelectual suficiente. Aislamiento en la sociedad, vacío en la conciencia; tales han sido los beneficios directos, reales y efectivos, con que han favorecido á las

multitudes sus falsos apóstoles, habiendo puesto, por cierto, tal empeño para ello y tales propagandas, que si fueran encaminados á moralizar é instruir, habríamos llegado á punto que se hiciera innecesaria esta información. No comprenden esos favorecedores del pueblo que los vacíos del alma, como los de la materia, han de llenarse con algo, puesto que en ningún orden del ser es posible el vacío coacerbado. Hace tiempo que nos vemos poseídos de un prurito demoledor, que nos hace de peor instinto que los animales; la golondrina, que de luengas tierras torna, no derriba la vieja fábrica del pequeño nido, temporalmente abandonado, sino que sobre los desperfectos restos, edifica la nueva morada de sus futuros polluelos. Imitemos á la golondrina trabajando por la renovación de instituciones abandonadas, conforme á los adelantos y necesidades de la vida moderna.

Llego á término en que es preciso, puesto que no haya de ser inútil cuanto he dicho, proponer algo que remedie en parte los males indicados. De semejante empeño saldría airoso, refiriéndome á las Memorias anteriormente leídas ante esta doctísima sección; mas, puesto que el tema que trato es general, y no podría, aunque quisiera, añadir soluciones concretas á las ya por otros con acierto propuestas, deslizaré alguna reforma de aspecto general también, que, en mi entender, algo mejoraría la situación del proletario. Por lo pronto, hago una afirmación de sentido común á mi juicio; el estado de miseria del proletario no se origina, sobre todo en España, donde no se cultiva sino pequeña parte de su suelo, y ésta mal, en que falten medios de producción y materia transformable, sino en la pésima forma de acomodarlos á las necesidades.

Tenga ó no algo de probable en teoría la de Malthus, que no es prudente averiguar lo porvenir, cuando es tan aciago el presente, ello es que por ahora, ni en mucho tiempo, no puede faltar á nadie lo absolutamente necesario, sino á causa de vicios arraigadísimos en la organización y distribución de la riqueza, por las cuales unos gastan inútilmente en un día, lo que bastaría para librar del hambre á millares de hombres.

El derecho de la persona por lo tocante al cuerpo, ha di-

cho Arhens, comprende necesariamente el alimento preciso, el vestido y la habitación, los cuales el Estado debe á todos los que de ellos se hallan desposeídos y sin posibilidad actual de proporcionárselos. Partiendo de este principio inconcuso, y teniendo además presente que no es posible aplicar á los pueblos, sino con medida y paulatinamente las ideas puramente racionales, procuraré acomodar las soluciones á la manera de ser imperfecta de la sociedad.

Buen remedio sería si por haberse verificado ya la desamortización, no fuera imposible la repartición de las tierras y bienes, hace años enajenados por los Gobiernos. Sin embargo, muchas de las fincas, indudablemente mal adquiridas, podrían revertir á la Corona y ser repartidas entre los trabajadores. Otras son poseídas en virtud de contrato leonino, en que hubo lesión enormísima, procediendo, por consiguiente, la restitución y demás consecucncias. Figúraseme que proponiéndose los Gobiernos recabar lo que á la nación se arrebató fraudulentamente, no sería poco lo que pudiera repartirse, como propuso Flórez Estrada, al intentarse la desamortización.

Romero del Álamo, en su libro *El Pastor Serrano*, proponía que el Estado adquiriese todas las tierras que sus dueños no pudieran labrar con sus propias fuerzas, repartiéndolas después entre los trabajadores, los cuales vendrían á ser colonos de la Corona. Opinión esta idéntica á la sostenida por Arhens en su *Filosofía del Derecho*. Cómo han de haberse las los Gobiernos para conseguir esto, es cosa tan fácil de averiguar y de pormenor, que no necesita aquí mayor esclarecimiento.

Con esto y con que la administración se montase para que en vez de estorbar, como ahora, estimule y favorezca la canalización é irrigación artificial, casi bastaría por lo pronto; puesto que á tales mejoras se juntase una trasformación completa en el derecho criminal positivo y la promulgación de un código industrial completísimo. En calidad de remedios parciales se han citado aquí la creación de sociedades cooperativas, bancos y asociaciones para el socorro, al tenor que en Alemania, y no cito á Inglaterra, porque entre nos-

otros no hay que soñar en iniciativas imposibles, y después de todo deficientes, y porque los actos que individuos bien nacidos y mejor inclinados puedan realizar, lo mismo que la caridad privada, son cosas dignas de alabanza y merecimiento, pero no datos para esta cuestión. Dentro de ella debo referirme á lo que toque directamente al Estado. Este sí debe promulgar sabias leyes para garantizar la vida de cuantas sociedades y establecimientos se funden en beneficio de los obreros. Así y todo, figúraseme que no será grande el resultado que en nuestro país obtengan estas formas plausibles, pero paliativos al fin, de aliviar la desgracia de la clase proletaria. En países donde ha sido extraordinario su crecimiento, apenas si han servido para otra cosa que para simplificar algo el problema, siendo de notar que el número de ellas es considerabilísimo. Las sociedades cooperativas creadas por Schultze ascendían en 1881 á 3.481, prestando al 6 por 100 y tomando dinero al 4 por 100; tal era su crédito. En mayor número eran las debidas á la iniciativa de Max Hirsch y Dunker, dos librecambistas de índole singularísima que pretendían llegar al mismo punto que los socialistas por la libertad absoluta. Schiweitzer, de noble estirpe, católico ferviente, patriota como Lasalle y templado en sus procedimientos, al ponerse al frente de la rama masculina del socialismo, comenzó formando asociaciones, que ascendían ya á número fabuloso cuando fué derribado por Carl Marx. A ninguno de los anteriores han ido en zaga los socialistas católicos, que ya se organizaban en 1815 y que en 1847 contaban con más de cien mil asociados, merced á la entusiasta diligencia del artesano Kolping, habiendo prosperado después extraordinariamente gracias al incansable propagandista, apasionado escritor y tribuno, el Arzobispo de Maguncia Kessler, del cual son estas tremendas frases: «La libertad del trabajo es la libertad de morir de hambre el pobre; la de contratos, imposible entre un rico y un pobre; el *self-help* una irrisión para quien no puede ganar el pan cotidiano, y el sistema de la concurrencia, el mercado de esclavos perpetuamente abierto.» Palabras éstas que denotan lo que antes dije, puesto que las pronuncia uno de los más activos orga-

nizadores de las asociaciones; éstas podrán ser paliativos, pero no remedios, pues como ha presumido demostrar Schäfle, ó serán absorbidas por los grandes explotadores ó llegarán á prosperar y dilatarse hasta proporcionar la debida bienestar á los obreros; en el primer caso quedarán las cosas peor que estaban; en el segundo, el conjunto de las sociedades de producción, únicas en último término eficaces, habrá constituido, trasformándolo todo, el organismo socialista.

Digno de ser imitado es lo hecho en Alemania respecto á las cajas de socorro comunales, institución benéfica protegida por las leyes y los Gobiernos; el consejo director de ellas es nombrado libremente en Asamblea general de asegurados; pero su vida depende principalmente de la no escasa subvención comunal y del superior cuidado é inspección del Municipio. Aunque no exento de pecados, también es digno de imitarse aquí, donde nada se hace, el nuevo estado económico-jurídico, en reciente ley formulado, respecto á indemnizaciones en caso de accidente, letra muerta en España, hasta en los casos de negligencia culpable y en lo tocante al incumplimiento de los sabios reglamentos de policía, castigado con duras y eficaces penas en Alemania.

Y nada digo de lo tocante al trabajo de niños y mujeres, á la instrucción y reducción de las horas de trabajo y otras medidas por el mismo tono, porque son cosas ya ventiladas durante estos debates. Otro tanto acontece con lo relativo á barrios de obreros, participación en los beneficios, establecimientos públicos, enseñanzas técnicas y recreos, cocinas económicas y mil otras mejoras, de que nos ofrecen copiosos ejemplos Inglaterra, Alemania, Bélgica, Suiza, Francia, aunque ésta no muchos, y aun Italia. Sólo añadiré que, en Alemania sobre todo, las fábricas, minas y propiedades del Estado son modelo y admiración de las gentes, por si en España quisieran comenzar los Gobiernos dando el ejemplo en sus propios establecimientos.

Mr. Considerant propone como una solución, que el Estado sea único comerciante, y es preciso confesar que la apoya en muy atendibles razones; pero como es cosa impracticable por ahora, indico solamente la idea, para que sirva de des-

arraigar algunas preocupaciones, que cual axioma pasan. Fuera bueno, sin embargo, que el Estado, directa ó indirectamente, hiciera que los hombres, brazos arrebatados á la producción directa, fueran sustituidos por mujeres, medida que puede tomar sin escándalo de nadie, pues si le concedemos facultad para exigir un título al que ejerce una profesión, no sé por qué no la tenga para exigir la cualidad de mujer al dependiente de comercio. Con esto y severos reglamentos para el caso, se acabaría casi con la miseria de la mujer y la esclavitud de la prostitución y de la servidumbre doméstica. Otras resoluciones pudieran tomar los Gobiernos que fueran otros tantos remedios para el mal que lamentamos, por lo que al comercio atañe, demasiado suelto y libertino en comparación con otras formas é instituciones sociales, más dignas de respeto que esa. No me ocupo en esto, porque casi todas las resoluciones á que me refiero están reclamadas constantemente por la opinión, y más bien son para expuestas en un Manual del buen administrador nacional, que en esta Memoria. Un severísimo y justo código mercantil, acompañado de minuciosos y sabios reglamentos y de especial policía, que los hiciera cumplir, serían parte á evitar abusos incidentalmente señalados al principio, que redundan en daño, al fin, del proletario, *anima vilis* de toda imperfección social. Qué cosas habían de evitarse no puedo especificarlo aquí; sólo indico que una ganancia sin riesgo de ciento ó doscientos por ciento, sobre la ignorancia del que compra, se parece mucho al hurto y que en los contratos ultimados algunas veces sobre el mostrador, pudieran hallarse por un abogado sutil notas características del delito de estafa. Prevenir estos y otros abusos que, si no se realizan, pueden realizarse, sería, como el castigarlos cuando se cometan, una mejora de excelentes resultados para el proletario.

Remedio eficacísimo y simpático hasta para los más exagerados individualistas, es una educación y una instrucción útiles; no la enseñanza primaria, más perjudicial que provechosa, de nuestras escuelas, sino técnica y cabal preparación para la vida en granjas, escuelas de artes y oficios y centros de cultura, semejantes á muchos que en Sajonia y

otros puntos existen. Por lo que toca á la instrucción primaria, la cual, ni siquiera enseña el catecismo de los derechos políticos y sociales y de la cual se quiere descartar hasta el catecismo cristiano, son ya muchos los que la consideran nociva. Lavollée así lo declara, el Marqués de Catania, en excelente obra poco conocida, el profesor alemán Ætingen y muchos otros sostienen que el más grave peligro del socialismo intransigente se origina en la deficiencia de la enseñanza elemental. Y, á propósito de esto, voy á copiar unas palabras que cita Spencer en corroboración de aserto parecido al anterior, escritas por un obrero en la *Pall Mall Gazzete* en 1883: «Una buena educación primaria, dice, alienta el deseo de una cultura intelectual; ésta, á su vez, el de gran porción de cosas lejos todavía del alcance de los obreros... en la ardua lucha, en que la generación presente se halla engolfada, es completamente imposible procurárselas á las clases pobres, por lo cual reniegan de la situación actual, hallándose tanto más descontentas cuanto más instruídas son.»

Claro es que aquí el obrero publicista se refiere á esa instrucción brillante, pero inaplicable, suficiente para despertar en el espíritu todos los anhelos, pero incapaz de servirle al hombre para ganar una peseta; mas si la instrucción tiene por fin inmediato preparar prácticamente al pobre para esa ardua lucha, de que el escritor habla, no cabe duda que será provechosa en todos sentidos.

De la mejora de las costumbres poco diré, pues cualquiera que diera, me parecería resolución más para aconsejada con el ejemplo que para tomada por el Gobierno ó el legislador. Sin embargo, algo pudieran hacer éstos, no aflojando tanto la mano para ciertos vicios escandalosos y evitando, sin menoscabo de la libertad, espectáculos poco edificantes de las clases directoras, y más acomodados para despertar el odio ó la envidia que la moralidad del obrero.

Que esto de la virtud pública importa bastante para esta cuestión, advertíalo Jovellanos en un discurso notable, pronunciado en 1875. «Es preciso decirlo de una vez—exclamaba,—y repetirlo á cara descubierta; sin costumbres no podrá esperar jamás ningún Estado ventajas permanentes. La vir-

tud no es sólo fundamento de la felicidad del hombre, sino también de la de los Estados. Un Erario opulento, un ejército numeroso, una marina formidable no son las más ciertas señales de la prosperidad de una monarquía.» Ideas viejas, que ya habían expresado, en idéntico sentido, Fernández Navarrete y Saavedra Fajardo, inspirados en este pensamiento de Salustio: *Sæpe jam audivi quæ civitates et nationes per opulentiam magna regna amisserint, quæ per virtutem in opes ceperant.* Desgraciadamente, los españoles de ahora ni podemos ostentar aquéllas, que para Jovellanos no eran las más ciertas señales de prosperidad, ni las virtudes públicas, que pudieran serlo, aunque en justicia dicho, éstas han crecido y mejorado.

Por lo que á este punto atañe, merecen, sin duda, galardón los economistas católicos por lo que han hecho y conseguido, impulsados por el noble deseo de completar la economía con los dictados de la moral. No diré yo, como Perín, que sólo en el restablecimiento de la caridad cristiana se encuentre la curación de las sociedades; pero es evidente que mucho pudiera contribuir á mejorarlas, cuando esa caridad no sea hipócrita excusa de licenciosos anhelos ó de egoistas fanatismos, defectos de que están completamente desposeídos los ilustres propagandistas á que aludo, y principalmente De Mun, Harmel, Perín y el bondadoso y sabio Le Play, tan amantes del pueblo.

Justo es decir que no solamente los católicos hablan de este modo, pues Arhens, el reputado filósofo racionalista, ha declarado que «los grandes males de que se halla atacada la sociedad actual, han de encontrar su principal remedio en la restauración moral del individuo y de la familia.»

Ya he dicho que en esto no es mucho lo que puede hacer el Estado; mas como en España se encuentra tan unido con la Iglesia, la cual casi puede hacerlo todo, no considero de todo punto inoportunas las anteriores consideraciones, pues á nadie se oculta que Estado é Iglesia juntos podrían evitar demasiadas inmoralidades y aun dirigir la caridad privada, sin tocar un ápice los delicados velos, que cubren el arcano de la conciencia, á fin de que, en vez de ser motivo de escándalo y vanidades, fuera lo que el Cardenal Albornoz anhela-

ba, cuando, flagelando las hipócritas audacias de fingida misericordia, proponía medios más seguros de que ésta fuera provechosa. Lo sería ciertamente si acertara á inspirarse en estas palabras del celoso prelado alemán Ketteller: «En otro tiempo, escribe, la nobleza enriqueció la Iglesia y los monasterios. Ahora, nada sería tan grato á Dios, ni más conforme con el espíritu cristiano, que el constituir una asociación, cuyo objeto sea fundar sociedades cooperativas de producción en los distritos, donde es más desdichada la condición de los obreros.»

Remedio moral y social, á un tiempo, es proporcionar el Estado á la mujer amplias y útiles enseñanzas, ocupaciones honrosas y profesiones, de que hoy rutinarios prejuicios y prevenciones y mezquina poquedad de ánimo de los Gobiernos las mantienen apartadas.

Lo es también obligar al propietario, como ha hecho Bismarck, á retribuir de algún modo á quienes con su trabajo lo enriquecieron, aunque este recurso repugna á la conciencia, como ha dicho con razón Lavollee, y debe proscribirse mientras se encuentren otros. No acierta del mismo modo este autor, cuando rechaza por inmoral é injusto el auxilio directo del Tesoro público al proletario, fundado en la especiosa razón de que vale tanto como recargar á la nación en beneficio de una clase. En cuanto á lo primero, el pobre es individuo de una clase á la cual han reducido á tal estado las acumulaciones injustas de un sistema, aunque inevitable, imperfecto, y en cuanto á lo segundo, nadie hay que no contribuya en un país, y los obreros más que todos, á las cargas del Estado. Por otra parte, si la Hacienda nacional no sirve para remediar los males, resultado de imperfecta organización, ¿para qué sirve? No opinaba ciertamente como el publicista francés Fernández Navarrete, hombre de mucho seso y de asentado ánimo, que no se dejaba arrastrar de idealismos filantrópicos. «Y asimismo, decía, será forzoso que los pobres, para redimir sus necesidades, como habían de tomar á censo de un particular, lo tomen del Erario,» proposición en la cual encajan muchas de las mejoras que para el obrero reclaman ahora los socialistas científicos.

Respecto á la prostitución, los remedios que para disminuir el mal, puesto que arrancarlo del todo es difícil, pueden intentarse, son: crear un cuerpo bien organizado de honrada policía, que ayudada de las corporaciones benéficas, si las hubiera con este fin, persiga é inquiera los delitos é infamias, que so pretexto de la prostitución se cometen; leyes contra la seducción y otros crímenes aun peores, que á ciencia y paciencia de todo el mundo se realizan; reforma y mayor extensión del ministerio fiscal y un severo reglamento, que obligue á sus miembros á inquirir y denunciar lo que ahora nadie sabe, aunque nadie lo ignora; abolición de las casas públicas, colegios y burdeles, y de las casas llamadas de tapadillo; mantenimiento de casas correccionales para esta clase de mujeres, donde entre otras cosas, se les enseñase oficios y profesiones útiles (para el sostén de estos establecimientos sobraría con el producto de las penas pecuniaras, accesorias ó principales, que ocasionarían los delitos y faltas cometidos); abolición del impuesto repugnante que sobre el vicio pesa, de la inútil cartilla y del registro, más que inútil, cruel, bajo y degradante.

Harto se me alcanza que estas y otras soluciones, que en el tintero me dejo, pugnan aparentemente con los intereses de las clases mal llamadas directoras, y con el espíritu doctrinal de hombres respetables. Se dirá que no hay remedio; que sobre todas esas desdichas está la libertad, y aun habrá quien añada, que no goza mejor condición que el obrero el capitalista, el cual amenudo pierde capital, inteligencia y esfuerzo, con lo que, sin pensarlo, lanzan la más aceda censura contra la organización social nuestra, puesto que, si es tal que apesar de la miseria, deshonor é infame trato de muchos, no permite á unos pocos siquiera relativa bienandanza, debe ser menguadísima y no muy gentil organización. Aunque yo me doy á imaginar que esto de los infelices capitalistas, afanosos por acumular bienes para beneficio de los trabajadores, y al fin tan desdichados, tiene sus puntas y ribites de poesía romántica, puesto que no sea socarronería. Me recuerda una tan maravillosa manera de discurrir, la donosa manía en que habían dado aquellos famélicos filóso-

fos de antaño, los cuales, mientras á solas con su desnudez y miseria maldecían de su estrella, escribían melancólicos y risibles períodos ensalzando la pobreza y la dicha, que proporcionaba, y como contraste caleológico ó pueril venganza, exagerando los disgustos, sobresaltos, angustias, zozobras, remordimientos y temores del rico y poderoso.

Esto dicho, y para que se vea cuán pequeña cosa es lo que pido, voy, para descargo mío, á indicar brevemente algunas de las mejoras que con urgencia reclaman hombres, aunque socialistas, que pertenecen á las clases conservadoras; personas sensatas y de gobierno y que han sido hasta Ministros de Reyes, no muy exageradamente democráticos. Hay conservadores puros, como Wagner, Engel y Brentano, que van mucho más allá en el pedir, que yo en el aventurar, y los cuales no se contentan con menos que repetir la frase de Marx, de que cada capitalista vive con la muerte de muchos seres humanos, reclamando limitaciones para la herencia y la propiedad, que nos asustarían aun á los que nada tenemos ni esperamos.

Los evangélicos piden nada menos que organización social del trabajo por el Estado, gestión de la propiedad nacional y comunal en favor de los obreros, impuesto progresivo sobre la renta, contribuciones mutitarias y tasas sobre los grandes capitales y sucesiones indirectas.

El socialista de Estado, que se confunde á veces con los conservadores, tiene por doctrina, que la propiedad del suelo y del capital se trasformen en social y que desaparezca la herencia, entre otras pequeñeces por este tono.

Los católicos, políticos además influyentes, conspicuos y con numerosos secuaces, no reparan en desplegar bandera, en que se escriben los siguientes lemas: «apoyo pecuniario por el Estado á los obreros, interdicción de la usura y de los juegos de bolsa,» y muchos otros, alguno de los cuales he tenido ocasión de referir al copiar ideas del Obispo Ketteler.

Réstame, después de esto, contestar congruentemente á las preguntas del cuestionario, reduciendo en pocas las demasiadas palabras que llevo dichas:

1.^a Aunque parezca mentira, las relaciones entre los obreros y las otras clases, son nulas en estos tiempos democráticos. Odianse mutuamente capitalistas y trabajadores, quedando sólo en los campos algún rastro de la antigua cordialidad entre el amo y el servidor. El alejamiento entre uno y otro es cada día mayor, sin que sea fácil adivinar á qué extremo llegará esta discorde dirección de los respectivos sentimientos y aspiraciones.

Considérase al obrero, y en general al proletario, como cosa despreciable por los individuos de las tituladas clases directoras. Los dirigidos por su parte fingen sumisión, pero jamás han sentido el respeto; verdad es que los más suelen no merecerlo. El trato social concuerda con tamaña armonía; en los de abajo servilismo forzado, hasta llegar á la ridiculez el formal y exterior acatamiento. Las palabras corrientes y usuales, con que se comunican, son fórmulas risibles, signo en unos de la mayor bajeza; en los otros de estúpida altanería, que semeja degradación. Por lo común, predominan los diminutivos, paladina muestra de lo á menos que ha venido la vanidad, que con tan ruin pequeñez se satisface. Las maneras son todas, como fingidas y obligadas, extravagantes y torpes, predominando en ellas la suspicacia y la desconfianza. La burguesía, que no ha podido asimilarse el espíritu democrático del Evangelio, ha querido coger las altiveces y maneras dignas y señoriales de la antigua aristocracia, y sólo ha podido lograr las mezquindades y torpes ridiculeces, compatibles con la bellaquería, de nobles decadentes. La respectiva cultura es tan contrapuesta que nada puede influir en el trato mutuo. Por extraña anomalía, tienen singulares semejanzas la cultura de la aristocracia frívola y degradada y de la plebe envilecida de las grandes ciudades, y costaría trabajo á un observador, que desconociera nuestras costumbres, averiguar, á veces, si estaba en una taberna ó en círculo de encoquetados pisaverdes.

2.^a Cabría hacer una clasificación de la clase directora para contestar á esta pregunta: los burgueses verdaderos, no solamente no tienen afección alguna, ni se interesan por los obreros, sino que los consideran y tratan como enemigos, en

lo cual están á la recíproca. Sin embargo, esta regla tiene muchas excepciones respecto á los labradores y algunas, pocas ciertamente, respecto á los fabricantes. Contados son los que imitan á los numerosos industriales de Suiza, Sajonia, Hesse, Francia y otros países, en donde los patronos son verdaderos padres de los obreros. En la provincia de Vizcaya y en Barcelona conozco un fabricante en cada una, que se interesan por sus trabajadores.

Los católicos y demócratas son entre los políticos españoles los que más sienten las desdichas del proletariado, y éste ha manifestado en algún caso su reconocimiento, prueba segura de que la malquerencia del obrero se origina en el egoísmo del capitalista. De éste para con aquél puede decirse lo que Melo del Príncipe respecto á los súbditos.

3.^a Hay que distinguir entre los secuaces de las sectas, que el vulgo engloba en la palabra Internacional, y los obreros independientes; los primeros rechazan la política por sistema, aunque contradiciéndose en la práctica, cuantas veces tienen ocasión de hacer algo positivo y provechoso; los segundos muéstranse indiferentes á causa de los desengaños sufridos, pues en parte alguna han sido tan fervorosos políticos como en España. Sucumben los campesinos á la miseria y á las maquinaciones de los caciques, pero es grande error creer que las gentes del campo son enemigas de la política. En estos momentos, además, tienen enajenados por la ley sus derechos, y no se puede decir en justicia lo que harían. Apesar de todo, hay grandes ocasiones en que luchan con ahinco y entusiasmo, y aun son bastantes los que están afiliados á un partido. Casi todos estos son federales y católicos. También hay algunos republicanos, y últimamente he advertido concurrencia de ellos, en las reuniones de los demócratas monárquicos, habiendo observado que ponen gran atención, comprendiendo perfectamente el alcance y sentido de las ideas, en aquellas partes de los discursos, que afectan á la clase á que pertenecen. Esto denota que la indiferencia de los obreros para la política, más depende de los políticos que de ellos, pues, cuando saben que uno muestra interés por el proletariado, con certero instinto

acuden, resistiendo prejuicios é inclinaciones, á donde creen encontrar consuelos, amparo y ayuda.

Contestadas rápidamente las anteriores preguntas y antes de concluir, quisiera hacer algunas consideraciones.

Cuando la comunidad es pobre y ricos los particulares, decía el escritor á que varias veces he aludido, llegan primero los peligros que las prevenciones. No son, ciertamente, muy ricos tampoco los particulares en España; pero es tan pobre la comunidad, que el contraste resulta más violento que en otras naciones, donde son inmensas las fortunas de unos cuantos. A los estadistas toca hacer que no lleguen los peligros sin haber intentado algunas prevenciones, y que, disminuyendo la miseria del pueblo, se acreciente la común riqueza. Quizá urge esto más de lo que muchos piensan, preocupados con las diarias y menudas luchas políticas. De cuando en cuando adviértese un signo del oculto daño, y aun sería fortuna que esto sucediera á menudo, por lo cual considero funesto el propósito de impedir todo respiro y desahogo á los dolores, que, reconcentrados, van minando las sociedades. Oficio es del gobernante averiguar los sufrimientos y aspiraciones latentes en la nación; que lo manifiesto y claro, fácilmente lo averigua el vulgo y lo remedia cualquiera, y es gran insensatez confiar en que un pueblo mísero, hambriento, sin derechos y oprimido, permanezca manso y sumiso perpetuamente. Tal vez cuando es mayor el silencio, hállanse en mejor disposición las fuerzas para estallar en la primera favorable ocasión. Signos de algo semejante á esto aparecieron no hace tres años; no es de presumir que de entonces acá, habiendo aumentado las causas del malestar, se haya contenido el sufrimiento, aunque se reprima, que no se apagó el fuego jamás con sólo cerrar el agujero, por donde el humo salía. Si ha de extinguirse, no es echando á montones el combustible, sino disminuyendo la miseria y degradación de las masas, que lo alimentan. Acumúlase la miseria como la riqueza, y quizá más que ésta, y por eso, aun habiendo ganado algo la industria, han perdido los obreros; discordia de intereses que no puede ser duradera, sin peligro para la sociedad, porque las grandes injusticias prevalecen, fortalecidas

con tiranías y convulsiones en los pueblos incultos, pero no en las naciones civilizadas. Hoy es el hombre de peor condición que el animal, porque sólo él muere de hambre y de frío, rodeado de sustentos y deliciosos medios, que otros disfrutaban y estropeaban. Solamente entre los animales el racional sirve de medio, alejado cada vez más de su fin propio, á otro de su especie; sólo el sér criado para dominar el universo es dominado y oprimido por sus semejantes.

Aquí pusiera término á esta, que imaginaréis interminable Memoria, si el pertenecer á un partido, en que no son frecuentes los tonos por mí empleados, no me obligasen á ciertas aclaraciones. Confieso que la pintura es tan fuerte como mala, quizá inspirada en ese vulgar axioma decorativo que dice: á mal Cristo, mucha sangre; mas también declaro, que si de algo peca, fuera de sus fealdades, es de tibia, respecto á la realidad, que por desgracia mía conozco bastante bien. Mas como la falta de arte no arguye deficiencia de doctrina, sino de ingenio, aclararé otros puntos, que me interesan más.

Es costumbre entre nosotros no avenirnos á considerar separadas, cosas distintas y que *nec in una sede morantur*, como decía el poeta, ó rabian de verse juntas, como dice el pueblo. Tal acontece con las ideas religiosas y determinados partidos políticos, el liberalismo y el individualismo ortodoxo en economía, y ciertas reformas, y los partidos democráticos, sin otra razón de la que hubo siempre en Inglaterra para considerar propia de unos y ajena de otros partidos la política internacional belicosa. Suele influir para estas preocupaciones, el hecho histórico, más que la razón, y á veces ni aun eso.

Como en España, entre los sabios ó los más instruídos no ha prendido aún el socialismo, aunque ya va penetrando el fuego en los huesos de algunos, el conflicto entre ser liberal y socialista, no tiene jurisprudencia establecida, y el primero que se le ocurra aficionarse á las nuevas ideas, ha de verse en un potro.

No soy socialista, aunque confieso que no me enamora mucho eso de dejar abandonado al hombre á leyes naturales, que por serlo de un sér libre y voluntarioso, han de acomodarse con otro orden de ellas superior. Como los individualistas,

anhelo la libertad internacional de importación y exportación, principalmente por el convencimiento, en que estoy de que, en definitiva, es el proletario quien paga en las aduanas. Como ellos, y más que ellos, deseo ver al Estado libre de funciones que se realizarían mejor sin él, como la enseñanza, aunque ésta por ahora necesite su cuidado, y como la colación de grados y otras por este tono. Cual ellos quisiera que la vida del proletario fuera tan próspera, merced al voluntario beneficio del capitalista, que se hiciera innecesaria la intervención del Estado, como quisiera también que los hombres fuesen tan buenos, que permaneciesen mano sobre mano los tribunales de justicia. En lo único que discrepa mi individualismo, es en que yo creo que la vida y los derechos innatos de la persona son superiores y preferentes á la riqueza, y que el Estado debe, cuando ésta es obstáculo manifiesto á la realización del fin y cumplimiento de los derechos del hombre, regular su repartición para evitar lo posible tamaño conflicto. Pero esto sin menoscabo jamás de la libertad individual, pues á tanto coste, ni la justicia social admitiría, bien es cierto que yo creo, como en Dios, que el poder bien ordenado, justo y sabio, no necesita tocar la libertad para conseguir una total transformación económica de las sociedades. No soy socialista por lo que no soy ortodoxo individualista, porque me parecen, sólo por serlo, absurdas todas las doctrinas absolutas en lo tocante al régimen y gobernación de las repúblicas: mas si fuera socialista, lo consideraría honroso y además compatible con mis ideas, tanto más cuanto que yo para mí tengo que nadie es de corazón demócrata y cristiano, que no tenga sus puntas y ribetes de socialista.

BENEDICTO ANTEQUERA.

Jueves 21 de mayo de 1885.





LA ODA

ESBOZO HISTÓRICO-CRÍTICO

Continuación (I).



volviendo al Libro de David, recordemos aquí la bellísima interpretación del salmo 103; hecha por el maestro León:

Alaba, oh alma, á Dios. Señor, tu alteza
¿qué lengua hay que la cuente?
Vestido estás de gloria y de belleza,
y luz resplandeciente.
Encima de los cielos desplegados
al agua diste asiento;
las nubes son tu carro, tus alados
caballos son el viento;
son fuego abrasador tus mensajeros,
y trueno y torbellino.
Las tierras sobre asientos duraderos
mantienes de continuo.

.....
Con lluvia el monte riegas de tus cumbres,

(I) V. la pág. 65 de este tomo.

y das hartura al llano:
 así das heno al buey, y mil legumbres
 para el servicio humano.

Ansí se espiga el trigo, y la vid crece
 para nuestra alegría;

la verde oliva así nos resplandece,
 y el pan da valentía.

De allí se viste el bosque y la arboleda,
 y el cedro soberano,

adonde anida el ave, adonde enreda
 su cámara el milano.

.....

Mas tornará tu soplo, y renovado
 repararás el mundo.

Será sin fin tu gloria, y Tú alabado
 de todos sin segundo.

Tú, que los montes ardes si los tocas,
 y al suelo das temblores:

cien vidas que tuviera y cien mil bocas
 dedico á sus loores.

El paralelismo hebraico, el entusiasmo davídico, los rasgos breves poderosamente descriptivos adecuados á la enunciación lírica, la hermosura de las imágenes y la armonía de la metrificacón, enriquecen esta oda. Es de lo más selecto de Fray Luis de León.

Elogiado está Jáuregui por su elegante paráfrasis del himno «Orillas del rio babilonio.» Tradujo también libremente el salmo VIII «*Domine Dominus noster*» en fáciles li-
 ras, y puso en silvas «*In exitu Israel.*» En las cantatas que verdaderamente se destinan á cantar, citaremos sus versiones de himnos litúrgicos, ó en las cantinelas piadosas.

Los hermanos Argensolas escribieron odas religiosas ó sagradas. Su tono poético es hermano del de Horacio; pero Lupercio consagró algunas estrofas líricas al Martirio de San Lorenzo, santo celebrado igualmente por Bartolomé, si bien no se aproximan el sacro pindarismo. Bartolomé Leonardo tradujo en tercetos, forma rítmica incompatible con el movi-

miento y soltura de la oda, los salmos *Quam dilecta tabernacula* y *Ad perennis viatæ fontem*. Principio de este:

A la fuente anheló de eterna vida
con sed el alma, y quebrantar pretende
la cárcel donde gime detenida.

Y considerando el glorioso triunfo de la armada española en Lepanto, como una victoria de España sobre los turcos que envolvía una gran victoria de la Iglesia católica sobre la impiedad musulímica, Bartolomé L. de Argensola dedicó una oda «A la nave de la Iglesia, con motivo de la victoria de Lepanto.» Está en liras, bien hechas, porque uno y otro poeta aragonés versifican correctamente pero sin entusiasmo, porque no ardía gran fuego en el numen de los Argensolas.

El conde de Rebolledo (1596-1676) tradujo todos los salmos («Selvas Sagradas»), los trenos de Jeremías («Elegías sagradas»), y la historia de Job («La Constancia victoriosa, égloga sacra»), pero, aunque no se rechace la opinión de Marchena, que decía «se encumbraba» Rebolledo, «mediante poeta, con las alas de Jeremías,» mucho cuesta sorprender esas supuestas elevaciones y encumbramientos.

El racionero Tejada dedicó una «Canción á Nuestra Señora.»

Divina Virgen y del cielo norte,
tras cuyo resplandor va caminando,

es una canción al modo italiano, que, como todas las de su clase, no es pindárica ni encumbrada, aunque encumbrarla pretenden ciertos rutinarios preceptistas.

La de Mirademescua (¿1600 á 1650?) es más alta, como de poeta más grande. Canta á Cristo en la Cruz:

A vos, fruto sagrado
del árbol de la vida,
en la sierpe de bronce figurado,

ofrezco un alma herida
 del áspid del pecado;
 y si la sombra sabe
 ser vida y ser antídoto suave,
 ¿qué será la luz pura
 cumplimiento y verdad de la figura?

Es esta una oda de piedad y devoción: el poeta guadixeño se arrodilla ante el símbolo de la redención y pide con lágrimas el perdón de sus culpas. No hay raptos sublimes, ni los consiente el género, en este canto-oración, pero no faltan otras condiciones estimables: sinceridad de expresión, afectos religiosos, soltura y armonía en el metro:

La postrimera hora
 de mis años llegó, y en el ocaso
 el curso de mi vida se ve ahora.
 Lo lloró, siendo aurora,
 lo lloró, al primer paso.....

Cuando en la Cruz estáis, el mundo gime,
 el cielo se oscurece,
 los peñascos se quiebran,
 ó ya sintiendo que su Autor padece,
 ó ya porque celebran
 que el hombre se redime.
 Un mundo soy pequeño,
 gimo mirando padecer mi Dueño...

A Miguel Sánchez atribuyen algunos autores la oda

Inocente Cordero,
 en tu sangre bañado...

que há poco, sin recordar esta circunstancia, dimos por obra de Fray Luis. Es más probable esta segunda filiación, dados los equívocos de mal gusto, á que el maestro salmantino no se inclinaba. De Miguel Sánchez ó del maestro León, esa canción tiene muchas compañeras en el siglo XVI y en el

XVII, siendo muy pocas las dignas de sonar en la cítara de Píndaro.

En el XVIII, después de la irrupción culto-conceptista, que llegó á llamar á los devocionarios «candiles colgados de la chimenea del cielo,» aparece el aragonés Luzán con su *Poética* (1737), que fija los cánones literarios de la escuela galoclásica que se entroniza en el Parnaso español.

Aunque esta fué imitación de la literatura francesa, especialmente en la poesía dramática, las variedades líricas del siglo de oro no se menospreciaron, antes bien fueron cultivadas con afán, sobre todo por los poetas de la llamada escuela sevillana, que tomaron á Herrera por modelo y ambicionaron remedar el énfasis y entonación del cantor de Lepanto. Abundan en la pasada centuria las canciones pindáricas mucho más que en la época anterior (siglos XVI-XVII), porque la canción de entonces, ya se ha indicado, es más bien un eco sonoro de Petrarca, de estilo más horaciano y templado que pindárico y retumbante, que no una oda sublime, producto de imaginación ardentísima. Otra especie lírica, que retoñó con demasiado brío, esto es, con más ramaje que buen fruto, fué la oda anacreóntica, que, como se verá en la última sección de este ensayo, se aplicó á todos los asuntos, hasta los más ruines y feos, sin conservar el verdadero espíritu de Anacreonte.

Pero, dejando estas clases de odas para otra sazón, nos urge perseguir las manifestaciones del pindarismo religioso en el siglo XVIII y aun en el XIX, que ya declina, y cuyo primer período literario es continuación y secuela del precedente. Si mencionamos algún poeta de nuestros días difícil de clasificar entre los hijos del pseudo-clasicismo, cúlpese á nuestro vehemente deseo de enriquecer y aumentar esta desordenada colección de anotaciones y apuntes.

XXXIII

LA LIRA RELIGIOSA CASTELLANA.—SIGLO XVIII

Es un siglo de crisis.

Bajo apariencias religiosas, oculta su escepticismo; bajo clásicas afectaciones, oculta su galicismo anti-español; entre frases de calor y entusiasmo, no puede esconder el hielo de su musa; tras la máscara de su pedantesca y falsa juventud, se descubre su senil y apagada fantasía.

La crisis general trasciende al arte, como á todas las esferas de la vida. La poesía del amor y de la fe necesita tintas pronunciadas, no indecisos colores. Sin la creencia firme en Dios y en sus obras, ¿cómo pulsar el harpa de David? Cuando la bruma invade y oscurece los horizontes, ¿cómo elevarse á las regiones de la luz? Siglo crepuscular, no logró el XVIII afirmaciones religioso-poéticas de expresión nerviosa, de entonación bizarra ó de entusiasmo lírico. A esta época desdichada cuadran los versos finales de la elegía de Martínez de la Rosa á la Duquesa de Frías:

.....Que las flores
no nacen entre el hielo, y si naciesen,
sólo al tocarlas yo se marchitaran.

El dogmatizador literario de la nueva grey, D. Ignacio de Luzán, tradujo el Pange Lingua:

Celebra, oh lengua mía,
el misterio inefable...

aunque en asuntos guerrero-patrióticos alcanzó más bien que en los píos la arrogancia lírica.

Arjona (D. Manuel María)—n. Osuna, 1771, m. Madrid

1820—dedicó una oda alta, en buenas liras, «A la Natividad de Nuestra Señora.» También es apreciable la consagrada, en liras también, «A la Concepción Inmaculada de María.»

D. Félix José Reinoso (Sevilla, 1772, Madrid, 1841) es autor de las siguientes poesías líricas sagradas:

A la Concepción de Nuestra Señora.

A Jesucristo Sacramentado.

Al Nacimiento de Jesús (escrita en 1796).

La Creación. Oda en estrofas líricas de noble entonación y empuje.

Y «Al Ser Supremo: contra los orédulos.» Imitación preciosa de los salmos.

Dijo el necio: «No hay Dios.» Osado un hombre
pretende sojuzgar al orbe entero
á su arbitrario mando,
y el poder fingió artero
del numen vengador, en cuyo nombre
su imperio levantar. Cayó temblando,
y dobló entonces la cerviz al yugo
la muchedumbre ilusa.—El hombre siente
cual el bruto viviente.
No el que á un tirano plugo,
sino natura es Dios. ¿Donde está, donde,
esa deidad que del mortal se esconde?

En esa lira resuena con sus propios acentos la sensualista y descreída filosofía del siglo. El poeta invoca el testimonio de la naturaleza:

Tu gloria anuncia el firmamento alzado
en sus lumbres sin fin. Nace fulgente
el sol, y al universo
¡Dios! proclama en Oriente;
¡Dios! el véspero suena; alza nevado
sobre las cimas el semblante terso

la luna y ¡Dios! repite; ¡Dios! el coro
de estrellas en su giro ardiente clama.
Vuela cual leve llama
el acento sonoro
por el orbe; mas ciego el descreído
tapió con ambas manos el oído.

En verdad que el pindarismo de los poetas «herreristas» y no herreristas del último siglo, por su fría corrección y sus raptos líricos medidos por un compás, suena hueco y no llega á resonar y retumbar en el fondo del alma. Y asentada como cierta esa verdad, téngase presente en la serie de ejemplos que vamos á aducir y que la confirman y sancionan.

D. José María Roldan (Sevilla, 1771-1828) es autor de la oda «A la Resurrección de Jesucristo.»

La oscura tumba en célicos fulgores
se inflama: nueva vida
el pecho ensangrentado hinche glorioso,
y el rostro baña en cándidos albores.
Se alzó, y en voz subida
vencí, dice, y con eco armonioso
tierra y mar resonaron,
y del orbe los polos retemblaron.

.....

Más directamente imitador de la Biblia es el poeta sevillano en su Cántico de Josué—á Jehová por la victoria de Ayalón,—de la que arrancamos estos versos:

Lo oyeron las naciones, y saltaron
de pavor. Desfallece
Jubín, resonó en Dor el eco horrible.
En su encono los pueblos se juntaron
contra Israel, y crece
cual llama su maldad. Mas el Terrible
de su airado semblante
lanzará presto el rayo, que extremece,
á su estruendo la esfera vacilante.

Roldán compuso también una oda del mismo tono «A la venida del Espíritu Santo.»

Y al Espíritu Santo dedicó igualmente su musa piadosa el mencionado traductor del Salterio, el Sr. D. Tomás José González Carvajal:

La fuerza poderosa
cantaré del amor en este día,
y la maravillosa
llama en que Dios ardía,
y el soberano don que al suelo envía.

En el principio eterno
sin principio ni fin, del Padre era
el Verbo sempiterno,
inefable manera,
imagen fiel sustancia verdadera.

El Padre lo engendraba
y en eterno esplendor lo producía:
el uno al otro amaba,
y del fuego que ardía
el Espíritu Santo procedía.

.....
Por ti el orbe criado
en el fuego de amor luego se inflama;
que de uno en otro lado
prende la sacra llama,
y arde todo en un punto y todo ama.

Ama su centro el grave,
ama lo leve la sublime esfera,
ama el pez, ama el ave,
ama la agreste fiera,
y la planta y la flor á su manera.

.....
¡Oh, bien venido seas,
Parácleto eternal, que con tus dones
nos nutres y recreas!
Lluevan tus bendiciones
sobre nuestros contritos corazones.

Si alguna vez caemos,
 tú á levantarnos ven, y tú nos guía
 y alumbra, si no vemos;
 y si el pecho se enfría,
 ven, y tu calor santo en él envía.

.....

Sople el impetuoso
 viento en el alto techo, y resonando
 el ámbito espacioso,
 y amores derramando,
 lleve tras sí las almas arrastrando.

.....

¿No es verdad que es superior el ingenio poético de González Carvajal, cantor del Espíritu Santo, al mismo ingenio cantor-traductor del Salterio de David? ¿No parece que sopla por sus liras suaves y armoniosas el hálito de Fray Luis de León, tibio y mitigado por la distancia que separa el clásico del siglo XVI del pseudo-clásico del XVIII? Puede leerse sin pena la oda que acabamos de copiar en ocho liras de las diez y ocho que comprende.

Manzoni, el gran poeta italiano, autor de himnos sacros, vertidos en rima castellana recientemente, tiene entre aquellos *La Pentecosté*, que, por no interrumpir esta larga reseña de odas, se queda para las notas y apéndices de este esbozo. Allí llenaremos no pocos vacíos, que advertimos al concluir, en desordenada serie, tantos y tan varios capítulos.

El que sí recuerda al maestro León es Fray Diego González, que tradujo:

- 1.º El salmo VIII.
- 2.º El X.
- 3.º El Veni Creator.
- 4.º El Magnificat.
- 5.º Y el Te Deum.
- 6.º Del cuarto:

Alaba y engrandece
 á su Dios y Señor el alma mía,
 y en mi espíritu crece
 el gozo y alegría,
 en Dios, mi Salvador, en quien confía.

Lira última:

Al Padre sea la gloria,
 al Hijo y al Espíritu, cantada
 en eterna memoria,
 como siempre fué dada,
 y será por los siglos tributada.

Del quinto:

A vos, Señor, por Dios os alabamos,
 y vuestro señorío
 sobre todas las cosas confesamos;
 Padre eterno de inmenso poderío
 os venera la tierra,
 y cuanto el orbe encierra.

Por angélicos coros sin reposo,
 los cielos y las altas potestades,
 el querubín y serafín gozoso,
 con incesante canto
 os entonan el Santo, Santo, Santo.....

Más brío, más entusiasmo poético que el dulce religioso, ostenta el impío revolucionario Marchena, que, no obstante su escepticismo, llegó una vez, en su vida, á las sublimes alturas del pindarismo, y no cantando las excelencias de la libertal que buscó en París entre las orgías de la Convención y del Terror, sino loando y cantando la Religión que escarneció ensus prosas y versos, en libros y periódicos, Su oda *A Cristo Crucificado* es un cuerpo pequeño para una cabeza muy grande, pero no obstante tan visible desproporción, acredita el vigoroso lirismo de Marchena y su facultad extraordinaria

de asimilación. El andaluz que en sus fanfarronerías de ateísmo anunciaba que iba á enseñarle por principios, comienza su oda sagrada de esta suerte:

Canto el Verbo divino,
no cuando inmenso en piélagos de gloria
más allá de los mundos resplandece...

y, aunque en preludios de tan solemne entonación ocupa mucha parte de su canto, no pierde ese magnífico estilo á cuya belleza tocaron muy pocos vates de aquella edad de sensiblerías y afectaciones.

Sensible, tierno, blando, empalagoso es Meléndez Valdés. Servía más para lo bucólico que para lo heroico, era más pastor árcade que aedo de la religión y de la patria, aunque en su canción á las Artes tuvo más de águila que de paloma.

Contemos sus manifestaciones sacrolíricas:

1) El Paso del Mar Rojo. Traducción de la Vulgata.

Cantemos al señor, que engrandecido
gloriosamente ha sido,
y al mar lanzó caballo y caballero...

2) Prosperidad aparente de los malos.

En medio de su gloria, así decía
el pecador: en vano
tender puede el Señor su débil mano
sobre la suerte mía.

Pertenece más bien al género medio en que perfectamente encajaba el natural apacible del poeta.

3) La presencia de Dios.

Concluye:

el tártaro, el lapón, el indio rudo,
el tostado africano,
es un hombre, es tu imagen y es mi hermano.

Oda del mismo carácter que la anterior.

4) Al Sér incomprendible de Dios.

Más pretensiones y menos valer. Debe entrar, como la 2 y 3, en el catálogo de las filosófico-morales.

5) Inmensidad de la Naturaleza y Bondad inefable de su autor.

Oda, en liras, pindárico-religiosa.

6) La Creación.

Como la que antecede: demasiado prolija.

Y por ahora, no decimos más de Meléndez Valdés, poeta que tiene flexibilidad, dedicadeza, fluidez, propiedad en las descripciones, pero, aunque Quintana lo creyese lírico de altos vuelos, carecía de energía y de emoción. Escribía Valdés en Salamanca, en la calle de Sordolodo, poblada toda de herreros, verdadera «caverna de cíclopes,» y tenía calma y blandura suficientes para engendrar suaves anacreónticas.

Pasemos á Lista, maestro de una generación de poetas y literatos, eslabón que une dos siglos, escritor docto, de sabio eclecticismo, colocado entre las olas de escuelas y de tiempos contrarios.

D. Alberto Lista escribió:

1) Imitación del Salmo «Beatus vir qui non abiit...»

2) Idem del «Domini est terra...»

Con estribillo:

¿Quién es de la gloria Monarca y Señor?

El Dios de virtudes.—Cantad su loor.

3) Imitación del Cántico de Ezequías.

4) Cántico de Zacarías.

5) La Ascensión de Nuestro Señor.

6) La muerte de Jesús.

Estas dos son canciones religioso-heroicas. En la última es donde Lista desplegó todas sus magnificencias.

¿Y eres tú el que velando
la excelsa majestad, en nube ardiente,
fulminaste en Siná?...

Se censura la consideración á que se entrega el vate cristiano desde la estrofa

¡Así el amor lo ordena,
amor más poderoso que la muerte!...

porque llena con esta piadosa reflexión gran parte de la oda; pero este lírico extravío se enlaza lógicamente con el pensamiento fundamental de la muerte del Salvador, víctima de su infinito amor al culpable linaje de Adán. La crítica no está desprovista de intención si ese filosófico episodio de solemne gravedad se compara en movimiento y vigor poéticos con las primeras y últimas estancias de la oda. Entonces se comprende que el teólogo no ha llegado á los impetuosos arraques del poeta.

El final es hermoso:

Muere. ¡Gemid, humanos:
todos en él pusisteis vuestras manos!

A Lista (Sevilla, 1775-1848) se pueden agregar no pocos poetas modernos y novísimos; pero en nuestros *Líricos Españoles* (inéditos) tendrán lugar oportuno y atenta consideración algunos muy notables.

Mucho recuerda la oda de Lista otra—«Las siete palabras»—de D. Joaquín José Cervino:

¿Y yaces en patíbulo afrentoso
enclavadas las manos
que extendieron, cual manto prodigioso,
los cielos soberanos?

¿Eres tú, Señor Dios? ¿Y han convertido
en diadema de espinas
la que ciñó tu frente
de estrellas matutinas
orla resplandeciente?

El rasgo del maestro

¿Y eres tú el que velando...

aparece aquí desvanecido y diluído.

No falta calor á esta poesía, que termina así:

Termine, oh Dios, tu padecer tremendo,
pero escuchad, humanos:

—Señor, Señor, en tus sagradas manos
mi espíritu encomiendo.

Nos enseña á morir el que el camino
nos mostró de la vida.

¡Oh día! ¡Oh Cruz! ¡Oh Redentor divino!

¡Oh muerte bendecida!

Un oído fino percibirá en la lira de Cervino un eco declamatorio de ciertos sermones de Semana Santa; pero escuchará también algo de las santas armonías del templo.

Para *El día de Jueves Santo* se compuso, con reminiscencias bíblicas, una oda que dice así de Jerusalén:

De sus puertas rompieron los cerrojos
las turbas enemigas;
y cayeron sus hijos á manojos
como en siega de espigas.

Y ¡aún retumba pecado en el recinto
que desoló tu ira!

Y ¡arduo Cedrón y ameno Terebinto
horno son de mentira!

(*Cánovas del Castillo.*)

De los poetas que viven no haremos la crítica en estos apuntes. La curiosidad y el amor á la variedad nos guían en este linaje de citas, si poco oportunas, en verdad agradables.

MIGUEL GUTIÉRREZ.

(Continuará.)



LOS ESCÁNDALOS DE LONDRES

Señor director de la REVISTA CONTEMPORÁNEA.



A se habrá V. enterado, mi querido amigo, de la polvareda que ha levantado en Londres la *Pall Mall Gazette* con la revelación de las obscenidades y nefandos crímenes á que los rufos Lores y engallados ricachos de la ciudad del Támesis se entregan en sus ratos de ocio, andando al redopelo con la moral y mirando por el virote de sus vitandas pasiones cual pudieran hacerlo chapados mozos de los que antiguamente solían pasar por los bancos de Flandes.

A bien que la *Pall Mall Gazette*, que es precisamente una de las publicaciones periódicas más solicitadas y leídas de la *high life* londonense, se ha despachado á su gusto, soltando la corma y recogiendo el papahigo para andar al estricote con sus linajudos clientes, poniéndolos cual no digan dueñas y desafiando sus iras y enojos, que es lo mismo que decirles, bebe con guindas.

Aquellos ilustres próceres no han quedado muy arregostados, á lo que parece, del relato de su periódico predilecto, creyendo, sin duda, que las riquezas son poderosas de saldar muchas quiebras, y en esto no piensan á barras derechas, porque—y esto es evidente—una cosa es abusar un poco de la ley del encaje para echar una cana al aire, y otra enfras-

carse en el vicio, horro de dignidad y de vergüenza, importándole á uno muy poco del tira mira de los hombres de bien.

Yo pienso que el escándalo ha estado en su punto, porque la cosa venía oliendo ya á rábano serenado. Por lo menos las revelaciones de la *Gaceta* londonense han servido para hacer andar en porreta á muchas gentes cerreras, á quienes, aplicándoles el dicho de «horro Mahoma y diez años por servir,» sólo pueden ser encaminadas por el sendero de la enmienda, azotándolas á hurta cordel con el rebenque de la verdad desnuda.

Por de pronto, la paz en que venía viviendo aquella gente bahuna, les ha salido al gallarín, y á tal punto pudieran llegar las cosas, que fuese para ellas tártago en adelante lo que hasta el presente les ha sabido á manjar blanco.

Y así es por esto como por que en esta ocasión creo que lo que más adelante he de decir, viene como anillo en el dedo, me ha de permitir V., amigo del alma, que para acabar de poner á esos perantones barbitaheños como sardinas en lancha, transcriba aquí algunos curiosos párrafos de un muy regalado libro que en el mes de junio último ha dado á luz en París el Sr. Fernando de Jupilles, y que se intitula *Jacques Bonhomme chez John Bull*. Yo no me hago solidario de todo lo que dice aquel avisado escritor, porque no quiero meterme en contrapuntos, que, como es sabido, se suelen quebrar á veces de sutiles, pero no tengo inconveniente en dar por bueno lo que voy á copiar, porque cuanto en esta parte del libro en cuestión se dice, no es otra cosa que un extracto de lo publicado en varios periódicos y folletos ingleses de fecha no lejana, y claro es que remitiéndome al juicio de la gente de casa, nadie podrá decir que pondero las cosas sacándolas de su quicio.

Y dando de mano con esto al prefacio, vayamos á nuestro cuento.

«En la última semana del mes de marzo del corriente año (1885)—reza aquel libro—se ha presentado ante los tribunales una denuncia contra la viuda María Jeffreys, por sostener tres casas de mala fama en Chelsea, arrabal de Lon-

dres. La acusación se ha entablado por la *Sociedad para reprimir el tráfico de muchachas inglesas destinadas al continente*. ¿Qué tal el título?

Las declaraciones prestadas ante el juez Sr. Eyncourt (de origen francés, sin duda), han puesto de manifiesto el hecho de poseer la acusada un carruaje en el cual iba á buscar á las jóvenes solicitadas por los *gentlemen* de los *clubs* más aristocráticos de Londres. Paseándose un día esta mujer en su coche por Hyde Park, cerca de Serpentine, cruzando entre los carruajes de la aristocracia, confesó á su cochero que había quitado á otra comadre de su ralea que le hacía la competencia, la clientela del Rey de los Belgas, de quien recibía mensualmente la cantidad de 20.000 francos por sus *buenos servicios*.

Esta declaración es muy posible que no pase de ser una fanfarronada; pero el caso es que por hechos de esta naturaleza existe la sociedad cuyo título se ha indicado más arriba, y á la cual se debe la acusación de aquella *proxenética* harpía.»

En otra parte se lee:

«Muchas de las casas particulares, dice Henry Vigar-Harris, autor del folleto *London at midnight* (Londres por la noche), situadas en calles donde viven ricos comerciantes de muy respetable apariencia, no son en realidad más que casas de vicio. La joven inexperta, la madre sin trabajo, la provinciana recién llegada á la capital, todas son arrastradas á estos antros con diferentes pretextos para servir de pasto á los apetitos groseros de la pasión más brutal. Los propietarios de estas casas, residentes en los barrios más aristocráticos de la ciudad, son casados, padres de familia, *fieles súbditos* de S. M., y robusto sostén de la Iglesia y del Estado. Muy celosos del honor de sus hijas, no dejan por eso de estar al tanto de las fechorías de las Celestinas, ayudándolas en sus planes nefandos para hacer caer en sus garras á la inocente juventud.»

Y dice más adelante:

«En una distancia de 200 metros encontramos (en Piccadilly) más de 700 desgraciadas y doble número de hombres, tan viles como miserables. En medio de estas criaturas se

aseaba majestuosamente el representante de *la ley*, el *police-man*, el cual no hacía más que repetir de cuando en cuando con voz monótona estas palabras: «no pararse; no detenerse,» siguiendo después su paseo con la mayor imperturbabilidad. A pocos pasos se veían algunos coches de alquiler que aguardaban á sus parroquianos. Sabemos por noticias de buen origen, que la mayor parte de estas mujeres viven en Saint-John's Wood, Kilburn, Hampstead, unas; y otras en Pimlico, Camberwell, Dulwich; las hay que tienen criados de librea. Los hombres son, en su mayoría, ricos comerciantes de la City, oficiales del ejército y armada, y *gentlemen* de gran posición.

Victoria Station y Pimlico son otros de los puntos de reunión de aquellas infelices. La vía pública está llena de ellas en dos millas á la redonda. Ostentando tocados muy llamativos, y cargadas de sedas y terciopelos, muchas de ellas no son más que simples obreras de la City. En las inmediaciones existen varias casas de placer, que casi forman calles enteras. Los propietarios de estas sentinas habitan en otros puntos de Londres, viniendo todas las mañanas á estos lugares para cobrar el producto obtenido durante la noche anterior. ¡Quién podría suponer ó sospechar tan infame bajeza, al verlos salir de su casa cual perfectos caballeros, bien vestidos, afeitados, enguantados, con las botas muy relucientes y una flor en el ojal, dirigiéndose muy espetados á su *oficina* ó *despacho* (sic)!

Muchos empleados públicos, magistrados, nobles y comerciantes del distrito, se deslizan furtivamente por las noche en estas casas, en busca de ilícitos placeres.

La estación Victoria está rodeada de tabernas (*public-houses*), donde van á beber las mujeres, teniendo lugar en ellas principalmente el tráfico de carne humana. Gran número de industriales, sostenedores de estos establecimientos, *importan* y *exportan* jóvenes para satisfacer el vicio indígena y exótico.

Estos actos indiscutibles y auténticos, ignorados por el común de las gentes, se miran por la policía y las autoridades locales con la mayor indiferencia.»

En distinto capítulo, pero siempre sobre el mismo asunto, aparece lo que sigue:

«(Extracto del *Daily-Telegraph* del 20 de octubre de 1882). —El Obispo de Chéster, en el acto de presidir una conferencia, ha declarado que la casa de corrección de Highgate, creada hace veinticinco años para recoger á las *mujeres* seducidas, se trasformó, de diez años á esta parte, en refugio de *muchachas* igualmente desgraciadas, y en la actualidad recoge también las *niñas* precozmente sacrificadas á los horrores de un espantoso vicio.

El digno prelado terminó sus reflexiones con estas palabras: «el aumento que se nota en el número de las jóvenes seducidas es espantoso, y la condición de esas criaturas abandonadas al furor de las pasiones, es á su vez una gran vergüenza para la nación.»

Y no quiero seguir, señor director, por este camino, copiando otros horribles pasajes del libro de Jupilles, porque la materia es tan repugnante, que causa verdadero horror. Desgraciadamente, los hechos son tan ciertos, que no dan lugar á dudas, y ahí están, si no, además de las declaraciones del proceso de la *Pall Mall Gazette*, las aseveraciones de Vasili, O'Reill y algunos otros notables publicistas que muy recientemente se han ocupado de esa espantosa gangrena de la sociedad de Londres.

De otra clase de vicios y crímenes no hay por qué hablar ahora. Queden para otra ocasión los relatos de las mujeres *vendidas en subasta* por sus maridos, con el aditamento de un vaso de *gin*, por alboroque; la venta, también, de tiernas criaturas, hecha por los padres al precio de 20 á 40 pesetas por niño y otras repugnantes miserias y envilecimientos que sublevan el corazón y entristecen el alma, hondamente apesadumbrada ante el espectáculo de tan horripilantes maldades.

La opinión pública—sirva esto al menos de lenitivo á los hombres de bien—anatematiza severamente estos crímenes, y si la justicia humana se declara impotente para castigarlos, la moral cristiana los rechaza indignada, exponiendo en la picota de su condenación y desprecio á sus infames autores.

Por lo demás, sirvan también las revelaciones presentes de correctivo á los *pecadores* de todos los países, que el demonio del vicio no tiene sólo sus guaridas en los lupanares de Londres; antes bien, tiene minados todos los rincones, consistiendo sólo la diferencia en el número de los criminales y en el de las víctimas.

En esto no hay exageración alguna; demás lo saben los hombres imparciales y observadores; ni vendría á cuento tampoco, por lo mismo, el convertirse en censor de pecados ajenos antes de purgarse de los propios.

Por qué y por quiénes digo esto, harto lo conoce V., amigo mío, por aquello de que, al buen entendedor, con media palabra basta. En el limitado círculo de nuestra vida social, no hay quien no haya topado, aún en nuestro país, con algún diabólico tipo de los que han dado lugar al informe del periódico inglés, y si V. me apura le diré, que en clase de seductores y zurcidoras de voluntades, algunos hay por acá—pocos, muy pocos afortunadamente—que pueden dar quince y falta á los de Londres y un buen coto más. Pretender lo contrario, sería hacer andar en quínolas á la verdad, y yo no tengo por qué hacerlo ni soy amigo de mohatrar en cuestiones de tanta importancia.

Piense cada cual como mejor le plazca, que yo me atengo á esta sana máxima: «la sangre se hereda y la virtud se aquista.»

Y hagamos aquí, amigo querido, punto final. El asunto es muy vidrioso y yo no deseo más que hurtarle el bulto, porque crea V. que no está el alcacer para zamponas.

Conserve V. su salud ahora mejor que nunca, porque así lo exige la epidemia colérica que comienza á colarse por las puertas de Madrid, y disponga como guste de su afectísimo amigo que con el respeto que se merece le besa las manos,

JOSÉ JORDANA Y MORERA.

Madrid 4 agosto 1885.



PARA EL ÁLBUM DE M. S.

SONETO

No te he visto jamás, y ¡triste caso!
pero posible, por desgracia mía,
presumo que del mundo en la ancha vía
siempre distantes nos tendrá el acaso.
Tú marchas al Oriente, yo al Ocaso;
á ti te halaga lo que á mí me hastía,
tú bebes de la vida la ambrosía,
yo del tedio la hiel en roto vaso.
Y, sin embargo, de tu faz risueña
puedo copiar la gracia seductora
y los encantos mil de que eres dueña.
¿Dices que no es verdad? Duda traidora;
tampoco se ve el cielo, y se le sueña;
tampoco se ve á Dios, y se le adora.

MANUEL DEL PALACIO.

Montevideo, 1884.



HISTORIAS INCREIBLES ⁽¹⁾

VINOS MINERALES DE ASA

HACE algunos años, cuando yo era pobre, tenía mis humos de sabio. Creía entonces muy de veras que toda la felicidad humana estaba contenida dentro de las páginas de los libros, y por ser completamente feliz no encontraba horas suficientes para devorarlos. Vivía muy satisfecho con mi sabiduría, pero las gentes me miraban con cierto desprecio. Tenían razón; todas mis levitas estaban abiertas por los codos, mi sombrero ostentaba un melancólico tinte de ala de mosca, y mis pantalones, que nunca pasaron de un par, convertían mis piernas en dos columnas salomónicas á fuerza de arrugas. Jamás se me había pasado por la imaginación el «mirarme por fuera,» el contemplar «mi facha;» preocupábame tan sólo el espíritu, al que engalanaba diariamente con nuevos adornos,

(1) He aquí una *historia increíble* ó un *cuento inverosímil* tristísimamente trascendental. Es digno compañero del *Recién nacido de ciento sesenta años*, del *¿Por qué nos morimos?* de *Mi maestro el Dr. Martín*, y de otros muchos que han de componer dos volúmenes, prontos á ver la luz pública. El público, al ver el rico ingenio de Ricardo Becerro, le hará justicia.

(N. de la D.)

y como el mundo no los descubre ni á primera ni á segunda vista, porque «caen por dentro,» maldita la importancia que se me concedía, dada la dudosa estética de mi atavío.

Supe que más de dos veces habían dicho las chicas de mi lugar al ocuparse de mí:—¡Lástima de chico! ¡Es tan poco elegante!—pero yo, entendiendo que en esta confesión se declaraba que lo era, aunque poco, me conformaba, orgulloso, en la idea de que, por lo menos, había en mí cierta elegancia, siquiera fuese muy pequeña.

Algo más me preocupaban mis triunfos literarios, que si bien no me valían un cuarto, servíanme para que gastase los pocos que tenía, y para llenarme la cabeza de ideas, planes y quimeras. Esto sucedió un día, el 25 de junio de 1858, en que hallándome en Elciego, villa de la Rioja alavesa, recibí una comunicación del comité histórico de Leipzig, del cual soy miembro, que entre otras cosas decía:

«...5.º Que si no tuviese inconveniente, pase al término de Asa (*Asita*), en la vía romana de Beleia ó Varia (*Verreia* ó *Verella*), orillas del río Ebro, y estudie la posición de la antigua villa, y de los restos que quedan en pie, y del puente inmediato, y que *excave algo* por si pudiere dar con algún vestigio; y que dibuje todo cuanto nos pueda ser útil para este estudio...»

Vivo placer me dieron mis hermanos de Leipzig con este encargo.

Muy de mañana, al día siguiente, salíamos del recinto murado de la población riojana mi patrón Bernaola, guía y compañero de mis expediciones en la Rioja, y yo, caballeros ambos en dos mulas que llevaban en las alforjas la provisión para el día. Bernaola, que ostentaba su colosal sombrero de copa, su chaqueta corta, faja encarnada y calzón de campana, no bien hubimos bajado el repecho de la carretera de Logroño, sacó sus chismes de fumar, encendió un pito, grueso como el dedo pulgar, y entre chupada y chupada, al compás de la cabalgadura, empezó á cantar aquel romance que saben todos los viejos de mi tierra, compuesto por el poeta y alguacil vitoriano Carlos de Rico, al día siguiente de la batalla de Vitoria, y que empieza así:

«En junio de trece el año,
día de San Luis Gonzaga...»

Yo entretanto, me dí á discurrir por qué en la vía romana de Pallantia á Pinciam y Raudan ha quedado en un alto un pueblo que se llama Vertabillo, y en la de Verovesca á Alba otro, puesto también en una altura que se llama Estabillo, chocándome la semejanza de la situación y del nombre, si bien están los pueblos en muy apartadas comarcas. Y él cantando y yo cavilando, anduvimos más de una hora por aquel suave camino, orillado de frondosos y pintorescos olivares, y de frescas y lozanas vides.

Pronto llegamos al rincón de Asa, en la misma carretera, donde en la ribera izquierda del Ebro hay una ermita, un molino y una caseta ó portazgo de un caminero. El gran río, dando rápida y pronunciada vuelta á un monte, se interna allí formando una estrecha lengua en la provincia de Álava. En el vértice mismo de esa entrada, estuvo la población romana.

Bernaola dejó las mulas en la caseta, y mientras se dispuso á preparar el almuerzo, me dirigí acompañado de un chico del molino á recorrer los alrededores de la ermita. Medimos diferentes longitudes por los puntos por donde supuse que podía pasar el perímetro de la villa, copié dos inscripciones que aún se conservan en los muros del santuario, subí á una loma inmediata, desde la cual se descubre todo el bellísimo panorama de aquella apacible ribera, hice un croquis general de todo el terreno, y tomando por la misma orilla, bajamos hasta las curiosas ruinas del puente, que los naturales del país llaman *Mantible*, relacionándolo con las famosas hazañas de Roldán, Oliveros y los demás Pares de Francia.

Diez siglos lo menos hace que se alzan como espantosos gigantes en medio del anchuroso caudal del río, aquellas cortadas moles de piedra y argamasa, en memoria tal vez de algún tristísimo, sangriento y olvidado día en que, á un tiempo con la inmediata villa, desaparecieron para siempre, hundiéndose en las aguas, los arrogantes arcos del puente. Ni una sola vez, al pasar por este silencioso punto, he dejado

de contemplarlo con respeto. No sé qué dicen aquellos pilares, aquellos informes arranques al poeta; pero la verdad es que acuden á la mente vivas imágenes de los pasados tiempos, que abisman el alma en múltiples ideas llenas de inspiración y de melancolía. El Ebro arrogante, pasa lamiendo sin ruido aquellos fortísimos restos, entre cuyos sillares ennegrecidos brillan en mayo sobre la verde maceta de rústicas hojas, rosas silvestres, y las rojas coloras de las zarzas; á pocos pasos el río da una vuelta, ocultándose en un recodo que bordan las viñas y los olivos; en el silencioso bosque inmediato, ni siquiera se escuchan ni el cántico de una ave solitaria, ni la esquila del rebaño, ni las voces del cazador y de los pastores; sólo en el camino, que como una extensa cinta de piedra está trazado paralelamente á la orilla, y á algunos metros de distancia, se ven campesinos que van á sus labores, ó algún arriero que conduce vino para la montaña. Todo está allí callado y desierto, como si una región ya olvidada hubiese pasado, arruinando la población y el puente, y dejando á la hermosa naturaleza que preste con su quietud imponente un poco de vida á aquel extenso campo, abierto en lo más hondo de la cuenca que forman las vertientes de la vecina sierra de Toloño.

Tracé en mi álbum una copia de las ruinas, cavilé un rato, mientras el molinero fumaba á la sombra de unos espinos, y para la hora de almorzar volvimos á la casa-cadena, donde Bernaola tenía dispuesto un sabroso y abundante refrigerio. No faltaba en las alforjas un paquete de café, y habiendo café y cigarros, tampoco faltó materia para que media docena de personas entretuviéramos un par de horas agradablemente.

A las tres de la tarde volvimos á las inmediaciones de la ermita, é hice que el chico del molino y el peón caminero cavaran en distintos puntos. Algunas tentativas no dieron resultado, otras produjeron el hallazgo de fíbulas, puntas de cuchillos, varias monedas de Nerón y Trajano, algunas piedras sin inscripciones, y trozos de barro con la marca de los alfareros. Mientras ahondaban en una fosa, donde aparecieron ladrillos y tejas cubriendo un sepulcro de barro, profun-

dicé yo con un pico, á unos cien pasos de la orilla del río y entre una dura formación caliza donde esperaba encontrar indicios de muro ó cimiento. Había descubierto más de vara y media, hendiendo el suelo, con muy poca anchura, cuando noté que la tierra estaba humedecida y que se disgregaba fácilmente con el pico. Creí haber dado con alguna filtración del río, pero la diferencia de nivel me hizo cambiar bien pronto de opinión. Ahondé más, separé una gran cantidad de tierra ennegrecida, y sin dar crédito apenas á lo que veía, solté el pico de las manos, y convulso y asombrado llevé aquella tierra húmeda á mis narices para cerciorarme de lo que sentía. Aquella humedad olía á vino, pero á un vino maravillosamente odorífico y perfumado. Dudé si estaba en mi sano juicio, me restregué los ojos por si padecía una ofuscación, y mirando después en torno mío, como si tratara de evitar la presencia de algún curioso, amontoné la tierra sobre el mismo agujero, la pisé y rellené echando varias piedras encima, y volví, haciéndome el disimulado, á donde los peones trabajaban. Recogí los restos que habían encontrado, y volvimos á la caseta.

Dos horas después estábamos en Elciego; Bernaola, fumando en el portal con sus amigos; yo, encerrado en mi cuarto y volviéndome loco en la solución de los siguientes problemas: ¿Era vino lo que impregnaba la tierra en la excavación? ¿De dónde procedía? ¿Cómo en un lugar deshabitado, y á dos leguas por lo menos de todo pueblo, había un depósito de vino? ¿Por qué no se había evaporado y secado?

Indudablemente yo había padecido una ofuscación. Cien veces rechacé la idea de que aquel líquido pudiera ser vino, y otras tantas volví de nuevo á acariciarla fudando en el testimonio innegable de mis sentidos. Y en esta lucha continué toda la noche sin poder conciliar el sueño. Al día siguiente, pretextando que iba á caza, cogí la escopeta y un gran morral, en el que metí seis botellas vacías y nuevas y un pico sin mango, y muy temprano, cuando el sol empezaba á dorar las nieblas de la sierra, tomé la dirección del Ebro, inclinándome hacia el lado de Asa por las cuestas y terrenos sembrados. A las seis en punto, un tanto rendido

por la caminata, descansaba al pie de la ermita. Bajé, ocultándome por una regata ó arroyo seco, hasta el sitio de mi encuentro famoso. Corté una rama de un arbusto, hice con ella un mango al pico de hierro, y en mangas de camisa como un cavador, me puse á remover y separar la tierra. A veces, bañado en sudor y cansado, no descansé hasta profundizar bastante, hasta que se volvió á presentar la tierra humedecida, cuya aparición me causó inexplicable alegría. El olor y el color eran de vino, sin duda alguna. Frenético, y sudando á mares, continué cavando y separando la tierra hasta que á mis pies se formó un charco pequeño, en el centro del cual brotaban una serie de burbujas, como brotan en los manantiales. No tuve calma para esperar más, me arrodillé y bebí.

Una exclamación de alegría brotó de mi pecho. Como el que encuentra un tesoro se ve turbado, y como se agolpan á su mente incesantes y halagüeñas ideas que le sobrecitan, hasta ofuscarle la razón, así me hallaba yo, sin poder dar crédito á mi hallazgo. Bebí, y me cercioré definitivamente que era vino; un vino exquisito, fresco, riquísimo en alcohol, un tanto áspero, y de una fuerza extraordinaria. El primer sorbo me indicó que no debía beber más, pues muy pronto noté ardor en el estómago y revolución en el cerebro. Me serené después un tanto, y procuré averiguar de dónde brotaba el manantial, separando por medio de un reguero amasado con tierra y con el mismo vino, el charco pequeño que se había formado al levantar la tierra. Limpio el suelo, en una gran parte, y deteniendo con la mano el orificio y curso, por donde al parecer corría, dí con una aberturita perfectamente circular, hecha en un tubo calizo, de unos cinco milímetros de diámetro, por el cual corría sosegadamente el líquido, perdiéndose debajo de la tierra. Al prolongar al descubierto la dirección de aquella vena caliza, noté que cambiaba de diámetro, que se ramificaba, que formaba como nudos ó encuentros, y que se volvía á unir á veces en uno solo, á veces en varios. Por dentro de la vena subterránea marchaba el vino, perdiéndose hacia el río tal vez en las mismas ondas, y siguiendo en el curso contrario la ondulación profunda del

terreno. Separé bien la tierra cercana al orificio para que el vino brotara perfectamente limpio, y llené de él las seis botellas, tapándolas con gran cuidado. Después, con un poco de arcilla dura amasé en la orilla del Ebro un gran planchón y cubrí con él, como á modo de fuerte compresa, el orificio, hasta quedar cerciorado de que no se escapaba ni una sola gota. Eché de nuevo la tierra en la hoya, la pisé y macicé bien, esparcí un montón de cantos rodados, de los que allí abundan, por encima del terreno removido, metí entre ellos una zarza, y quedó el lugar del descubrimiento como si nadie lo hubiese tocado.

En esta operación se me pasaron dos horas.

Ni una sola persona había cuando llegué: ni una sola se veía en todo aquel contorno cuando concluí. El secreto era absoluto.

Recogí mi morral, donde llevaba muy bien colocadas y garantidas las botellas, y bajé á la caseta del caminero, haciéndome el inocente, y como si continuara de caza, para tomar un pequeño almuerzo, con cuyo refuerzo volví á emprender el camino de Elciego. Al llegar á casa se burló de mí Bernaola porque volvía sin haber descargado la escopeta. Me encerré en mi cuarto, puse en fila mis botellas, y á su vista, como el niño á quien regalan un juguete, empecé á bailar de alegría.

—Ahora, me dije después, procedamos á una explicación lógica de este maravilloso descubrimiento.

Y mi cabeza se negó á discurrir, porque cansado el cuerpo de la larga caminata y trabajo de aquel caluroso día, pedía descanso con toda urgencia. Cerré, pues, las maderas de la ventana, y dí gusto al cuerpo, durmiendo cinco horas seguidas, con gran alegría de mi patrón, que me aplicó todos los adjetivos más picantes del catálogo de la broma y de la guasa riojana.

Al caer la tarde dí un paseo con mis amigos desde el castillo, por la puerta de Pagonas hasta la Barbacana, sin hacerles mención de mi caminata matutina, y hablando sólo de cosas indiferentes, y en cuanto cerró la noche, volví á mi celda y á mi tarea vinícola.

—¿El líquido encontrado era vino? Indudablemente. Acerca de este punto no había discusión.

Al brotar en aquel punto y de aquella manera, ¿nacía en la tierra misma siendo un vino mineral, ó era vino vegetal, como todos los vinos? No hay, ni puede haber vinos minerales; aquel vino era el zumo de la uva.

Al brotar en aquel punto, ¿procedía de allí, de diez pasos de allí, de una legua de allí, ó de dónde? Siendo vino vegetal, procedía de la uva pisada, es decir, de los lagares, es decir, de los pueblos; por consiguiente, había una corriente subterránea.

¿Qué podía originar esta corriente? Una filtración constante; y el declive que forman los terrenos hasta la orilla del Ebro. ¿Qué terrenos constituyen el declive, cuyo punto de convergencia es Asa? Los de los pueblos de Viñaspre, Cripan, Lanciego, El Villar, Paganos y Laguardia, al pie de lo que se llama la Sonsierra de Navarra.

¿De dónde se había filtrado el vino? De los lagares, durante el período de la presión del fruto. ¿Tienen los lagares descuidado el piso, de modo que pueda verificarse este escape de líquido? La mayor parte. ¿Por qué se reúnen todas las filtraciones? Porque la capa arenisca permeable del terreno de acarreo, que forma el subsuelo, converge hacia las hondonadas que marcan la dirección natural de las aguas. ¿Marcha el vino después sobre la capa arcillosa dura? Indudablemente. ¿Qué significa el tubo calizo por donde fluye en Asa? Que toda la vena líquida ha formado con el sedimento de las sales tártricas, propias del vino, verdaderos conductos adheridos á las partes más estrechas del terreno por donde pasa, marchando por una tubería natural, muy ramificada. ¿Corre el vino todo el año? Sí, porque aunque el período del trabajo en los lagares es corto, como son muchas las filtraciones, deben reunirse para cada pueblo en un depósito común, aumentado considerablemente al cabo de tantos siglos; del cual, al través de la tubería caliza marcha paulatinamente hacia lo más hondo de la cuenca por donde corre el Ebro. ¿Cómo no se nota en las aguas de este río la presencia de esa corriente constante de vino? Porque la cantidad que fluye es

proporcionalmente muy pequeña al caudal que el Ebro arrastra. ¿Tendrá este vino algunas sales especiales en disolución? Es muy posible, porque tomará las de las tierras que atraviesa, á las que añadida la fermentación subterránea que sufre en los depósitos, le darán muy raras cualidades.

Para llegar á deducir estas respuestas tardé toda la noche. El sol del día siguiente me sorprendió en mi mesa, apuntándolas. Al terminar, añadí la siguiente: ¿Qué efectos produce este vino? No lo sé, y para averiguarlo no sería prudente el que yo lo experimentara y yo lo sufriera. Mi patrón Bernaola y sus amigos me servirán de instrumentos experimentales.

Llamé á mi patrón.

—Hoy es mi santo—le dije;—prepare V. una buena merienda para esta tarde, y convide V. á sus cuatro mejores amigos: yo lo pago.

Bernaola me dió un abrazo, después de hacerme las felicitaciones de costumbre.

—Vendrán—contestó, —Roque Navaridas, el alguacil, Juan Samaniego, nuestro vecino, Calandanga, el tendero, y Meregildo Leza, el escribiente.

—¿Son hombres de juicio?

—Son unos benditos. Mire V.: Navaridas es un poco hablador, pero de muy buen corazón; es el que pone en paz á todos los que riñen; Samaniego es un gran amo de su casa, ahorrador y codiciosillo, pero sanote y muy maduro; Calandanga está enamorado como un tonto de su mujer, y salvo el ponerla por las nubes á cada momento, y el decir que todas las demás juntas no valen la décima parte que la suya, en lo demás es hombre razonable; y Meregildo plumea de lo lindo; tiene una letra mejor que la de molde; sirve á todos los jueces, alcaldes y Gobiernos que es una maravilla, y no hay hombre más sumiso ni más servicial ni en la Rioja ni fuera de ella.

—Apruebo la elección; prepare V., pues, una cosa buena; suba V. de lo mejor de la bodega, que para los postres, yo me encargo de darles un vinillo de lo que no se ha bebido nunca.

—¿Qué vino es ese?

—Mírelo V.—contesté,—enseñándole una de las botellas. Bernaola la tomó, la miró y remiró, la olió y dijo:

—Buen olfato tiene y buen color; me parece viejo; ¿pero de dónde diablos ha sacado V. esto?

—Es un regalo de las monjas de Barria.

—¡Pero allí no hay viñas!

—No importa; lo hacen ellas.

Mi patrón se echó á reír, comprendiendo que no quería decirle de dónde procedía.

A las seis de la tarde se reunieron los convidados en torno de la limpia mesa que mi ama había dispuesto en la mejor habitación de la casa. Los cuatro amigos de Bernaola eran excelentes y francotes vecinos; de esa buena raza que crían las riberas del Ebro. Todos ellos pasaban de los cincuenta, y eran, como decía mi patrón, unos benditos á carta cabal. La merienda fué espléndidamente fuerte. La Rioja ofrece buenas carnes, ricas frutas y magníficos vinos, y los riojanos son excelentes gastrónomos.

En los postres presenté dos botellas de *mi vino* y varias copas de regular tamaño.

—Esto—les dije—es preciso beberlo á sorbos pequeños. Es un poco agrio, pero calienta muy pronto las entrañas.

Probáronlo solemnemente los convidados, y hubo un momento de diplomático silencio.

—El aroma es riquísimo; el sabor fresco y un poco áspero; este vino es riojano, aunque no sé de qué pueblo—dijo Meregildo.

—Calienta y anima mucho—añadió Calandanga.

—Yo creo que tiene algo de botica—dijo mi patrón.

—Lo que es verdad es que es muy superior—contestó Navaridas,—bebiendo toda la copa de un trago.

En hora y media de conversación, fumando y comiendo en medio de la mayor concordia, franqueza y alegría, se despacharon las dos botellas. Los convidados hablaban como descosidos: yo, que no probé apenas el vino de Asa, les observaba atentamente.

Mi patrón no se podía tener en pie. Bamboleándose decía:

—Este vino tiene botica; en mi vida me he emborrachado

hasta hoy; y ya veis, habré bebido á lo más medio cuartillo de él. Nos ha jugado V. una mala partida, amigo.

—Yo—balbuceaba Samaniego,—tengo encendido el estómago y la cabeza; pero hombre, ¡qué lástima es que se haya concluído!

—Señores—exclamó Calandanga levantándose,—las diez dan en la torre de Santa María; vámonos á casa.

Bernaola no pudo encender el candil para acompañarles hasta la puerta; y mientras su mujer lo hacía murmuraba él, sentado en el suelo:

—¡Este hombre nos ha envenenado! ¡Mañana, en cuanto amanezca, se larga V. de mi casa! ¡Vaya un modo de pagarme lo que le queremos! ¿De dónde habrá sacado semejante porquería?... Diga V., ¿no tenía V. seis botellas? Hombre, baje V. otra para nosotros dos... Hombre, vamos, no le echaré á V. de mi casa. ¡Es que se pone uno alegre con el vinillo de las monjas! Por fuerza lo bendicen... Conque ¿baja otra botella ó no?

Yo me reía con todas mis fuerzas oyéndole disparatar. Su mujer, acongojada, me decía:

—Crea V. que hace cuarenta y tres años que estamos casados, y que jamás le he visto de esta manera. Y eso que es un gran bebedor. ¿Qué le ha echado V. al vino?

—Nada, señora; es un vinillo fuerte, y han bebido demasiado; en cuanto duerma un rato se le pasará.

Hablando y hablando como un condenado, se acostó Bernaola. Cinco minutos después roncábamos todos.

Al día siguiente Bernaola me despertó, dando fuertes golpes en la puerta de mi cuarto.

—¿Pero qué enjuague nos dió V. anoche, que se ha alborotado todo el pueblo?—me dijo, mirándome con ojos espantados.

—¡Cómo que se ha alborotado el pueblo!

—Sí señor; si ha habido una porción de rebullicios.

—¡A ver, á ver!

—Pues verá V.: el alguacil Navaridas, ese buen hombre que pone en paz á todo el mundo, encontró á dos regidores del Ayuntamiento que se retiraban á descansar, y se empeñó

en que le habían de saludar y cederle la acera, y como no le hicieran caso, la emprendió á golpes con ellos, hasta armar tal escándalo, que hubieron de llevarle á la cárcel, y en ella está. Calandanga, en vez de ir á su casa, se fué á otra de mala fama, donde viven ciertas hijas de Eva, hasta que su mujer salió á buscarle, dió con él en aquel chavisque, y se trabó tal pelea mujeril, que, apesar de que el pobre hombre repetía que su mujer era la primera del mundo, ésta le daba sendos cachetes, mientras que las otras ninfas le arañaban cuando podían. Samaniego el económico se fué al café, allí encontró unos arrieros que jugaban al golfo, y en tres horas perdió 15.000 rs. que le fué garantizando el tabernero. ¡El, que en su vida había perdido un par de duros! Meregildo el escribiente, un pobre hombre á quien nadie le ha oído hablar de política, se detuvo en los portales de la plaza, donde había un corro de amigos, y empezó á echar por aquella boca sapos y culebras, y á llamar hipócritas á los moderados, tunantes á los neos, infames á los unionistas, y á gritar que él era demócrata y rojo, y qué sé yo qué más, y envió al diablo al señor juez cuando acertó á pasar por allí y le reprendió amargamente por lo que decía.

Yo, oyendo á mi patrón, me desternillaba de risa, y el pobre, maravillado de mi conducta, añadió:

—¡Por fuerza tiene V. alma de perro al reirse como se ríe de lo que ha sucedido por su culpa! ¿Está V. loco? ¿Sabe usted lo que puede sucederles á mis amigos? ¿Sabe V. que me están llevando los demonios, y que le voy á tirar á V. por la ventana?

—Todo se arreglará, querido patrón; pero sepa V. que estoy satisfecho, complacido y ufano con lo que V. me cuenta.

—Pues que me desuellen si lo entiendo.

Me vestí, salí, ví al alcalde y al juez, les expliqué á mi modo, y sin descubrir mi secreto, la causa de la embriaguez de Navaridas y de Leza, y recordándoles la intachable historia de éstos, conseguí que no se procediera contra ellos, y que quedaran en sus puestos.

Aquel día, por huir de las iras de la mujer de Calandanga y de las de Samaniego, recogí mi equipaje y mis botellas,

y, sin despedirme de nadie, tomé el camino de Miranda diciendo á mi patrón:

—Diga V. á sus cuatro amigos, que muy pronto volveré y que les pagaré con usura el daño que les he hecho.

Bernaola hizo una cruz en el aire, como si despidiera al diablo, y nos separamos.

Pasé aquella noche en una posada de Briñas, durmiendo solamente un par de horas y dedicando el resto á mis deducciones sobre mi vino maravilloso.

Había estudiado sus efectos en cinco individuos, y el resultado era admirable. A un hombre acostumbrado á la fuerte ración diaria del néctar riojano, le emborrachó; á otro de pacíficos instintos, le sulfuró; á otro buen marido que idolatraba á su mujer, le excitó á horrorosa lujuria; á otro avaricioso, le hizo perder y derrochar un buen caudal; á otro humilde y callado, le convirtió en polemista, vociferador y revolucionario. ¡Asombrosas muestras de las grandes cualidades de mi tesoro! ¡El corazón se me saltaba del pecho! Grande y magnífico horizonte se abría á mi porvenir.

Iba á ser rico; podía serlo. Pero, ¿cómo?

Tres meses tardé en contestar á esta pregunta, volviéndome casi loco en el planteamiento de trescientos mil proyectos para utilizar mi secreto.

Apelé á todos los recursos de mi querida imaginación, poderoso y dulce consuelo de mis necesidades; y, devorado por una fiebre del espíritu, que me quitaba el sueño, discurrí, y discurrí como no es dado describirlo.

Mis estudios me obligaban entonces á permanecer en Madrid.

¡Qué ufano vivía yo en la corte con el secreto de mi descubrimiento! Hasta entonces había pensado en el porvenir político, sintiéndome cada vez más decidido á trabajar por una idea determinada, que debía darme un lucrativo puesto, con cuya esperanza sostenía mi fe y mis ilusiones; había soñado también dedicarme á explotar la literatura mercantil, gracias á un tanto de inventiva y de buen humor que vagaban por mi cerebro; el proyecto de buscar en provincias una rica heredera, ó una jamona ó vetusta millonaria que me

otorgara graciosamente su blanca mano, entraba antes también en mis cálculos; y algunas veces tan decidido estuve á hacerme ropavejero y después prestamista, que encendí una cerilla para dar fuego á mis libros, y engolfarme de una vez en la rústica y prosaica tarea de comprar y vender trastos viejos detrás de un mostrador; pero... la cerilla se consumía entre mis dedos, y con su última ráfaga de humo se disipaban instantáneamente mis quimeras. Desde mi vuelta de la Rioja, ninguno de estos propósitos me parecía serio ni positivo. La fortuna había venido á buscarme, y la dificultad de darla forma era lo único que me preocupaba.

Me parecían locos todos cuantos en Madrid se buscaban la vida con tanto trabajo, y locos también los que, teniendo algún dinerillo, ostentaban su soberbia pública y privadamente. Es verdad, que si yo me hubiera atrevido á decir en público ó en privado: «Yo tengo una mina de vino,» la villa unánime hubiera contestado: «Este ha llegado al apogeo de la locura;» y, sin embargo, ¡cuán cierto era que la poseía!

Por eso no dije una sola palabra á nadie. Cuando llegué á desechar mi plan núm. 656 de utilización del vino, había consumido ya todos mis ahorrillos. Recuerdo que se celebraba en aquel día una de las verbenas más concurridas y afamadas de Madrid. Acudí á ella en el mejor estado psicológico para filosofar, porque fuí solo y sin un cuarto en el bolsillo. Más de 60.000 personas se agitaban en aquella fiesta; la más miserable é ínfima de todas ellas tendría por lo menos un real, hasta los pobres que pedían limosna en las orillas de los caminos. Yo era, pues, muchísimo menos que un pobre, era la nada ataviada de señorito. En tal disposición me senté en un banco de piedra, abismándome en el inmenso piélago del vacío de mis bolsillos, al que rodeaba el mundo inmenso de la concurrencia madrileña. Tuve lástima del lujo y del despilfarro que ví desplegarse ante mis ojos; ¡qué era todo aquello comparado con mi tesoro de Asa!

En las dos horas que permanecí en mi observatorio ví pasar varios heridos de las riñas de aquella noche; ví el boato precipitando á las damas á la perdición; ví la vejez consumiendo sus últimas fuerzas en ridículos alardes; ví la juven-

tud gastada en prematuros ensayos; ví un pueblo que corría en pos del placer, animado por ese deseo insaciable de mentida ventura que tenemos en el corazón.

Una idea sencilla vino á fijar en mi mente la causa mecánica de aquella fantasmagoría: «Toda esta gente, exclamé, ha bebido vino. Desde el Champagne y el Burdeos hasta el pardillo, aquí no hay más fuerza expansiva que agite estas máquinas humanas que la del vino. Esta es una fase ampliada de la merienda de mi patrón Bernaola. ¡Oh, pues si este mundo madrileño hubiera bebido mi vino de Asa! La verdad es que cuando los vapores agitan el organismo y los nervios se estremecen y el cerebro se inflama, el hombre se atreve con todas las pasiones. Y el hombre consume su vida y su dinero en hacerse esclavo de ellas. Su apetito es insaciable, y la verdad es que nada se compra á precio tan elevado. ¡Oh, el que las vendiera se haría inmensamente poderoso! Pero las pasiones no se pueden vender porque los hombres las llevan ya en su corazón. Lo que hay que vender es el estímulo, el móvil, el bálsamo infernal que sea capaz de excitarlas. ¿Y quién mueve á este concurso madrileño? ¿Quién movió á Navaridas, á Calandanga, á Samaniego y á Leza? ¡El vino! Una copa de vino de Asa tiene, al parecer, cien veces más poder de animación que una botella de Jerez. ¡Eureka!»

Y al llegar aquí brinqué sobre mi asiento, lancé una carcajada y me perdí entre el concurso parodiando á Arquímedes, aunque algo más decentemente vestido.

Había resuelto el problema. El diablo me inspiró, porque lo que es Dios no debió hacer germinar en mi cabeza semejante propósito. El lector se convencerá de ello.

Para realizarlo necesitaba dinero. Yo, como he dicho, no tenía un céntimo, que es el estado más seguro para proyectar maravillas, porque no se expone uno á perder mucho. Un banquero vascongado, natural de Ventabarri, el señor Barrachi, me había dicho algunas veces: «Todo está explotado, ya no hay una empresa en que poder ganar dinero con seguridad, como no sea prestando al Gobierno; pero ¡hay tantos usureros del Erario! ¡Hombre, si alguna persona en-

tendida discurriese algún plan ó proyecto para multiplicar los capitales!»

Me acordé, pues, del Sr. Barrachi; pero ¿cómo interesarle en una empresa que desde luego rechazaría? Era necesario que se le trastornara un poco su manía económica. Había que trastornarle el cerebro, siquiera por un solo día, había que hacerle probar el vino de Asa. ¿De qué manera? Almorzando juntos.

Y yo sin un ochavo, ¿iba á convidar al banquero mi amigo? Imposible. La dificultad no podía resolverse por activa, pero sí por pasiva; ¿por qué no había de convidarme á mí Barrachi?

Fuí á su casa y le dije que un cosechero riojano me había enviado excelentes muestras de vino y que solicitaba un socio en Madrid para la explotación del negocio. El banquero, como buen vascongado, era buen bebedor, y á mucha honra.

—Es preciso probarlo, me dijo.

—Cuando usted quiera.

—Hombre, almorzaremos mañana juntos y...

—¡Admirable, Sr. Barrachi, admirable! Almorzaremos juntos.

—A las doce en la fonda de X...

—Allí estaré con la mejor botella.

—¿Con una solamente?

—¡Oh! ¡Y no podremos concluirla!

—¡Diablol! ¿Y es vino riojano, dice usted?

—Riojano, de la Sonsierra.

—¡Veremos, hombre, veremos! A ver si negociamos en grande, y usted toma parte en la empresa, siquiera sea modestamente, y deja usted esos librotos y esas literaturas y esas historias y tonterías que sólo sirven para calentar la cabeza y enfriar el estómago.

—Es verdad, Sr. Barrachi, definitivamente dejo la literatura.

Nos separamos. Mi plan marchaba viento en popa. Se me figuraba vislumbrar en el horizonte los primeros resplandores de la aurora de mi felicidad.

A la hora prefijada nos sentamos á la mesa en la fonda; yo rogué al banquero que no bebiese de otro vino que del mío, en cuyo examen organoléptico se detuvo con extrema complacencia. Durante el almuerzo bebió cuatro copas; yo una sola mezclada con agua, pretextando que raras veces bebía vino alguno.

El Asa hizo su efecto de tal modo, que después de los postres, Barrachi entusiasmado concluyó la botella. Hasta las nueve de la noche, hora en que nos separamos, hicimos algunas cuantas locuras. El banquero me aseguró que jamás había hablado tanto como aquel día. Yo, sacando fuerzas de la flaqueza de mi ingenio, le hice una confesión sincera, detallada y elocuente de mi descubrimiento, y le propuse el plan que tenía ideado. Se aprobó el plan y me rogó que al día siguiente redactara un estudio completo de él, que debía quedar en secreto entre los dos hasta el momento de su realización.

Durante mes y medio dedicamos una hora cada día á madurar y arreglar definitivamente nuestro propósito con sin igual complacencia y encanto del entusiasta banquero. Convinimos en que un químico distinguido hiciera el análisis del vino, y al efecto fuimos á ver al Dr. Glicol. ¡Magníficos ratos pasamos en su laboratorio!

Nos aseguró que en su vida había analizado un líquido semejante, cuya composición aseguraba que estaba hecha de un modo magistral, sosteniendo que si el autor era español, le otorgaba el título de primer químico entre todos los españoles, y que si era extranjero, se haría poderoso con la venta del vino en cuestión. Su sorpresa fué grande cuando bebió algunos tragos á ruego nuestro, porque levantando la copa en lo alto, exclamó:

—¡Delicioso! ¡Fortísimo! Puedo clasificarlo entre el Málaga y el Rosellón; bastante ácido carbónico; siento el aldehido $C^2 H^4 O$, siento el éter acético $G^2 H^5 O (C^2 H^3 O)$; abunda el enántico $G^9 H^{17} O^2 (C^2 H^5)$; no hay tanino; este vino ha estado contenido sobre depósitos de tartrato de calcio insoluble; $C^4 H^4 O^6, Ca H$; hábilmente preparado á alta temperatura después de sustituir lentamente con la caliza al potasio.

Abunda el rico ácido carbónico bien equilibrado sin llegar hasta la forma espumosa. ¡Oh, ese tartrato de calcio nos daría la interesante serie de los pirogenados piruvico $C^3 H^4 O^3$; pirotártrico $C^5 H^8 O^4$; anhídrico tártrico $C^4 H^4 O^5$; ditártrico $C^8 H^{10} O^{11}$ y el sencillo metatártrico! Hombre, ¿por qué no me han traído VV. una porción de esa capa ó depósito?

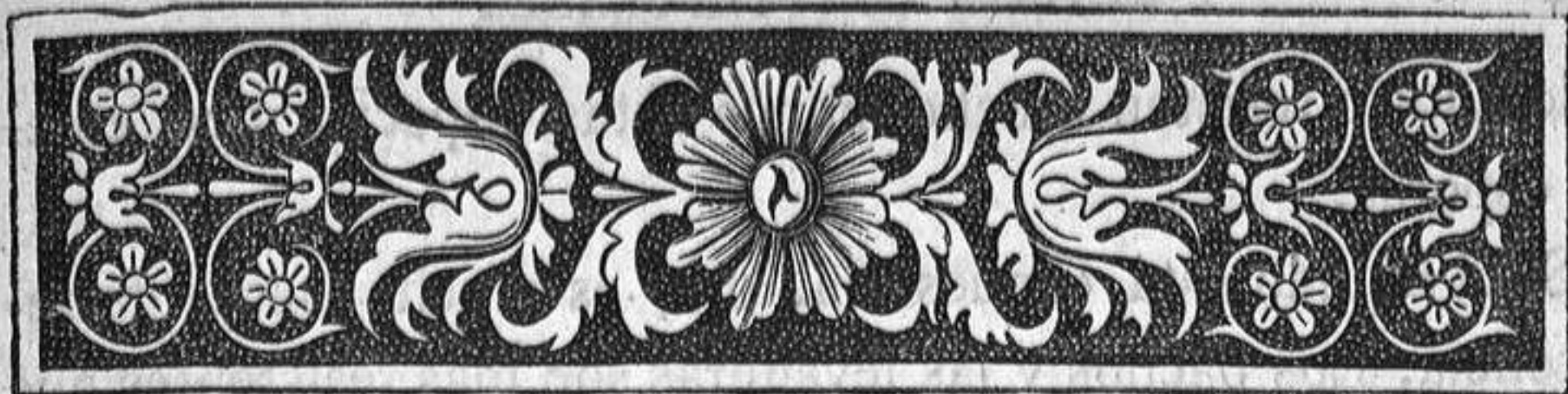
Barrachi, asombrado al oír tanto nombre raro, tanta letra repetida y tanto número, se reía como un niño, y dándome con el codo, me decía por lo bajo:

—¡Le ha hecho operación *nuestro vino!* ¡Qué diversión! ¡Qué bueno está el Dr. Glicol! ¡Oh, es una cosa deliciosa! ¡No hay cerebro que resista al vino de Asa!

RICARDO BECERRO DE BENGOA.

(Se continuará.)





VARIEDADES



URACIÓN DE LA VIDA DE LOS MICROBIOS.—De una Memoria publicada por Mr. Duclaux en los *Anales* de física y química, tomamos algunas de sus indicaciones más importantes.

Mr. Duclaux ha estudiado aquellos organismos, colocándolos en muy diversas condiciones: en diferentes líquidos, al abrigo del aire ó en contacto con él; en seco, á la oscuridad ó al sol.

Los gérmenes puestos al abrigo del aire y en líquidos ligeramente alcalinos son los que presentaron mayor vitalidad. De los diez y seis frascos que reunían aquellas condiciones, en quince se hallaron gérmenes fecundos al cabo de veinticuatro años. No se sabe cuál es el límite de la vida en estas condiciones. Por fortuna, rara vez se reúnen en la naturaleza. En todos los frascos en los que el líquido tenía reacción ácida ó fuertemente alcalina, habían muerto los gérmenes.

Las especies más resistentes fueron: el *Aspergillus niger*, entre los mucedíneos; el *Urococcus vivax*, entre los micrococcus, y los *Tyrothrix tenuis*, *tenuior*, *tenuissimus* y *filiformis*, entre los bacilos.

Estas especies son también las que más resisten á la acción del calor. Las esporas de algunas sufren, sin perecer, temperaturas comprendidas entre 110 y 115 grados. En es-

tado adulto resisten mucho menos estas especies que en el de esporas.

Si el líquido está expuesto al aire, es mucho menor la resistencia. Los bacilos y las levaduras son más resistentes que los micrococcus. Además los gérmenes se debilitan con rapidez en estas condiciones. Sábese que Mr. Pasteur se ha aprovechado de esta acción del aire para obtener la atenuación y transformación en vacuna de muchos microbios patógenos temibles.

Pero sobre todo, en seco, al aire, y particularmente al sol es cuando más disminuye la duración de la vida de los gérmenes.

El *Aspergillus niger* de Raulin, que vive (en estado de esporas) después de permanecer veintidos años en un líquido al abrigo del aire, se le encuentra muerto siempre después de tres años de conservación en un tubo cerrado, en seco y á la oscuridad.

El *Tyrothrix filiformis*, cuya resistencia no es menor en un líquido al abrigo del aire, perece después de treinta y cinco días de exposición al sol. «Esto demuestra—dice al concluir su Memoria Mr. Duclaux—la acción especial de la luz del sol que interviene indudablemente para activar la acción química de oxidación, la cual ofrece grande interés, cualesquiera que sean su papel y modo de obrar. Los gérmenes trasportados por el aire, bañados por el sol y el oxígeno en todas sus caras, deben sentir con mayor energía esta influencia que los que yo guardaba en el fondo de mis matraces, cuyas paredes de cristal les protegían un poco de la acción solar y no dejaban paso á las impurezas del exterior. Con justo motivo, pues, consideraba la medicina antigua á los rayos solares como los agentes más poderosos de la higiene pública y privada.»

*
* *

NUEVA TEORÍA COSMOGÓNICA.—En el Anuario últimamente repartido por el *Bureau des Longitudes* publica el ilustre astrónomo francés Mr. Faye un estudio tan interesante y bien expuesto como todos los suyos.

Empieza por recordar el origen ígneo de nuestro globo, el cual, con arreglo á todas las observaciones cosmográficas y geognósticas, ha debido pasar por un estado de fluidez incandescente, produciéndose la corteza actual, merced á un continuo enfriamiento. Fijándonos en el sol, se advierte que se halla precisamente en el estado en que estuvo la tierra antes de su enfriamiento, y como su masa es 330.800 veces mayor que la de nuestro mundo, se comprende que el enfriamiento no haya hecho formarse en el sol todavía ninguna película sólida. Y como lo mismo debió acontecer con los demás planetas y satélites, resulta que el sistema solar entero es de origen ígneo.

Pero los millares de estrellas que por la noche brillan en el cielo son también soles en estado de fluidez incandescente, así como nuestro sol no es más que una de tantas estrellas. Ahora bien; alrededor de éstas ó del mayor número, por lo menos, gravitan, según parece muy probable, pequeños globos apagados, como la tierra y los planetas alrededor del sol. De donde se sigue que el origen ígneo de nuestro sistema solar debe extenderse á todo el universo, y que lógicamente, esa incandescencia universal ha tenido en todas partes la misma causa.

¿Cuál es esta causa?

Conviene observar primeramente cuán enorme es la cantidad de calor que esparcen los astros. Se deduce de las investigaciones de Pouillet, perfeccionadas por Crova y Violle, que un metro cuadrado de la superficie de nuestro globo, suponiéndole en el límite de la atmósfera, recibe 0,4 de caloria por segundo, lo que representa 170 kilográmetros, ó sea 2,27 caballos de vapor (1). Si dicho metro cuadrado de la superficie terrestre lo trasportáramos á la del sol, recibiría 18.318 calorías por segundo. Con un sencillo cálculo se ve que el sol esparce en cada segundo 113×10^{21} calorías y por año 3.577×10^{27} .

Comparando ahora esta enorme producción de calor con

(1) Un caballo de vapor tiene 75 kilográmetros.

los dos únicos modos esenciales de producirlo que conocemos, esto es, las acciones químicas ó la combustión por una parte, el choque ó el frotamiento por otra, muestra M. Faye que suponiendo reunidas las condiciones más favorables: 1.º la incandescencia del sol y, por consiguiente, de las estrellas, no se debe á una combustión; ésta solo podría proporcionar el calor que irradia el sol en dos mil años, trascurrido cuyo tiempo se apagaría este. Pero, históricamente, el sol nos envía su calor y luz desde hace mucho más de dos mil años; geológicamente, ha debido alumbrar durante millones de años. 2.º Choques numerosos no podrían producir luz y calor en el seno de nuestro astro central sino merced á la caída incesante de gran número de materiales; y entonces, no tardaría en aumentarse la masa del sol en proporción bastante sensible, lo que, sobre no haberse notado nunca, no es conciliable con las más exactas observaciones de la astronomía. Con mayor razón, el calor que esparce el sol no puede atribuirse á frotamientos incompatibles con la estructura delicada de la superficie solar. Esto nos induce á concebir que el sol se formó en el origen de los tiempos por la sucesiva caída de materiales esparcidos por un espacio inmenso, hacia un centro de atracción, muy débil al principio, aumentando después poco á poco, hasta que se alcanzó el estado actual de incandescencia. De suerte que teniendo reunidos hoy todos los materiales diseminados por su esfera de atracción, no recibe ya nada del exterior y se limita á gastar su calor de formación, en otros términos, á enfriarse. Solamente que como los grandes movimientos que se efectúan en su seno hacen que participe de ellos toda la masa del astro, el enfriamiento se verifica con lentitud suma. El astro ha llegado á «una larguísima fase de estabilidad, durante la cual se verifica su radiación á expensas de la masa entera y está regularizada aquélla por la formación de una fotosfera superficial.»

Lo que se dice del sol puede aplicarse con igual motivo á todas las estrellas que brillan con luz propia en la extensión de los cielos. De aquí resulta que el universo entero se ha formado por la concentración de materiales esparcidos en una extensión inimaginable, de la cual sólo se conoce hasta

ahora un elemento rectilíneo. Todos deben también—así se ha comprobado con varios de ellos—retener un cierto número de astros de menor masa en su esfera de atracción, ó equilibrarse con masas de importancia análoga si no igual; y esos mundos ó sistemas de mundos que viajan al través del espacio están sometidos interiormente á movimientos gíatorios.

Separados actualmente por intervalos inmensos, esos sistemas sólo pueden ejercer unos sobre otros una acción insignificante, demasiado pequeña para alterar los movimientos interiores de que están animados.

Entra después el sabio astrónomo en larga y profunda serie de consideraciones (de las que ni aun en breve resumen podemos dar idea) relativamente á la difusión indefinida de los materiales cósmicos, y comprueba que sus condensaciones finales se deben á una sola fuerza, la de la gravedad. Se pregunta después si no sería posible, mediante condiciones iniciales sencillas, y esta fuerza única, darse aplicación satisfactoria de los sistemas indefinidamente variados que se observan en el cielo: nebulosas irresolubles de todas formas, nebulosas resolubles, conjuntos de innumerables estrellas, estrellas dobles ó múltiples, estrellas aisladas, y, principalmente, nuestro propio sistema planetario-solar.

Para resolver este problema, examina Mr. Faye sucesivamente algunos de los casos principales, y concluye exponiendo la teoría de su nebulosa esférica y homogénea, en la cual se forman torbellinos interiores que siguen el plano de un círculo máximo. Así se logra también explicar el movimiento retrógrado de los satélites de Urano y de Neptuno.

Tal es, en sumarísimo compendio, el trabajo de Mr. Hervé Faye *Sur la formation de l'univers et du monde solaire*, trabajo que honra al insigne presidente del *Bureau des longitudes*, gloria de la nación francesa.

PUBLICACIONES. — Formando un volumen elegantísimo titulado *La Dama Joven*, acaba de repartir la casa de Daniel

Cortezo y C.^a catorce preciosas leyendas escritas por la insigne Emilia Pardo Bazán. No há menester la autora de *Un viaje de novios*, *La Tribuna* y *El Cisne de Vilamorta* que encomiemos el mérito de su última producción literaria, en la que campea ese estilo clásico que tanto encanta al lector, el cual sigue con creciente interés y singular deleite las narraciones afilegranadas de la famosa habitante de la ciudad herculina.

Los temas que desenvuelve en sus cuentos son muy variados, y variada es también la manera como los expone, luciendo una vez más las galas de su privilegiado ingenio. Adorna este libro el retrato de su hermosa y arrogantísima autora, en quien, francamente lo confesamos, no se sabe qué admirar más, si su talento, que es mucho, ó su belleza, que es grande.

Por si alguien no hubiera tenido la fortuna de leer alguna de las magníficas obras de Emilia Pardo Bazán, copiaremos tres párrafos de *La gallega*, estudio con que termina el volumen motivo de estas líneas:

«No desmiente la mujer gallega—dice—las tradiciones de aquellas épocas lejanas en que, dedicados los varones de la tribu á los riesgos de la guerra ó á las fatigas de la caza, recaía sobre las hembras el peso total, no sólo de las faenas domésticas, sino de la labor y cultivo del campo. Hoy, como entonces, ellas cavan, ellas siembran, riegan y deshojan, baten el lino, lo tuercen, lo hilan y lo tejen en el gimiente telar; ellas cargan en sus fornidos hombros el saco repleto de centeno ó maíz, y lo llevan al molino: ellas amasan después la gruesa harina mal triturada, y encienden el horno tras de haber cortado en el monte el haz de leña, y enhornan y cuecen el amarillo torterón de borona ó el negro mollete de mistura. Ellas, antes de que la pubertad desarrolle y ensanche su cuerpo, llevan en brazos al hermano recién nacido, que grita que se las pela; ellas, rústicas zagalas, apacentan el buey, y comprimen los gruesos ubres de la vaca para ordeñarla, y cuando ven colmado un tanque de leche cándida y espumosa, en vez de beberla, con sobriedad ejemplar y religioso cuidado, colocan el tanque en una cesta de mimbres que acaban de llenar con un par de pollos atados por las pa-

tas, cosa de dos docenas de huevos, un rimerero de hojas de berza y tres ó cuatro quesos de tetilla, y sentando en la cabeza la cesta, dirígnese al mercado de la villa más próxima, donde venden sus artículos regateando hasta el último miserable ochavo. Así vive la mujer gallega, afanándose sin tregua ni reposo, luchando cuerpo á cuerpo con el hambre que la acecha para colársele en casa y sentársele en mitad de la piedra del lar humilde. Pobre mujer, que de todos es criada y esclava; del abuelo, gruñón y despótico; del padre, mujeriego y amigo de andar de taberna en taberna; del marido, brutal quizás; del chiquillo enfermizo, que se agarra á sus faldas lloriqueando; de la vaca, ante la cual se arrodilla para ordeñar-la; del ternero, al cual trae en el regazo un haz de hierba; del cerdo, para el cual cuece un caldo no muy inferior al que ella misma come; de la gallina, á la cual atisba para recoger el huevo que cacarea, y hasta del gato, al cual sirve en una escudilla de barro las pocas sobras del frugal banquete...»

Más adelante añade:

«Así es que la semblanza de la mujer gallega puede bosquejarse suponiéndola rodeada de sus hijuelos, como la gallina de su echadura, llevando de la mano un rapaz de siete años, asidas del refajo dos ó tres mocosas poco menores en edad, colgado del ubérrimo seno un mamón de doce meses, y sintiendo acaso en lo más íntimo de su organismo el vago estremecimiento de otra nueva vida, de otro sér que se forma en sus entrañas.

Bien merece, bien merece disfrutar de un poco de solaz esta paridera y criadora y madraza mujer gallega: dejadla, dejadla que el día del santo patrón del lugar, ó en la primavera y deliciosa noche de San Juan, ó cuando las primeras castañas estallan al calor de la alegre hoguera y el mosto remoja el gznate de los vendimiadores, ella también se divierta y pegue un par de brincos á la sombra del nocedal ó del castañar hojoso. Dejadla que lave rostro y pies en la pública fuente ó en el regato que atraviesa su huerto, y peine y alise sus dos trenzas, uniéndolas por las puntas, y vista el gayo traje de las ocasiones solemnes.»

¿Se convence ahora el lector de que nunca serán bastante

ruidosos los aplausos ni sobradamente entusiastas los plácemes que á Emilia Pardo Bazán tributemos?

Al mismo tiempo que la obra anterior, ha publicado la casa editorial de Daniel Cortezo un libro que se titula *Guía y avisos de forasteros que vienen á la corte*, compuesto por el licenciado D. Antonio Liñán y Verdugo, é impreso por primera vez en el año de 1620. Es de curiosa y amenísima lectura, pues cumple lo que en la portada promete su autor al denominarle *Historia de mucha diversion, gusto y apacible entretenimiento*.

R. ALVAREZ SEREIX.





REVISTA DE TEATROS

CONTINUACIÓN (I).

DESCRITO el gimnasio y definido el arte gimnástico, nos parece lógico proceder á la descripción de los juegos que allí se verificaban, por más que, según ya hemos expuesto, éstos no eran los primeros que se presentaban en el circo, perteneciendo á este número las carreras; pero como no es nuestro objeto relatar una función de los que en ellos tenían lugar, sino los ejercicios que puedan tener analogía ó ser la fuente de la que se derivan los que hoy son objeto de la espectación pública puede dispensársenos la alteración del orden del espectáculo ecuestre y gimnástico de los primitivos tiempos de Roma y Grecia.

Entrando en materia, diremos, en primer lugar, que al hacer la división de la gimnasia en médica y atlética ó viciosa, omitimos la militar, por participar de ella la una y la otra, omisión que ahora subsanamos al dar comienzo á los ejercicios que se engloban en las tres especies.

La primera, ó sea la militar, se refiere á los movimientos y ejercicios necesarios para la guerra; la segunda, que también se denomina legítima ó simple, cuida solamente, como

(I) Véase la pág. 217, tomo LVIII.

ya hemos dicho anteriormente, de que los hombres adquirieran la salud y la conserven por medio de ejercicios moderados, y obtengan un buen hábito del cuerpo, y la tercera, tenía por objeto robustecer el cuerpo para que los hombres se uniesen en las contiendas y conquistaran el premio y las coronas que se ofrecían al vencedor; también se denominó en Grecia *agnóstica*, *sagradas peleas*, *atlética* y *gynnica*, diferenciándose muy poco de las *contiendas gímnicas sagradas* y *juegos gímnicos atléticos*, nombres que la daban los latinos.

Dejando á un lado la gimnasia militar, por las razones antes expuestas, y empezando nuestro trabajo de hoy la segunda división, conviene manifestar que ésta, ó sea la gimnasia médica legítima, simple ó verdadera, se subdivide en *saltatoria* y *paléstrica*, entendiendo bajo esta denominación todos los ejercicios que se ejecutaban, ya en la palestra, ya en los gimnasios, ya en cualquier lugar que hiciese veces de palestra, sin que esto sea incluir en esta especie todos los ejercicios ó trabajos hechos con arte, puesto que el paseo á pie y la equitación son también ejercicios gimnásticos y no se comprenden en las especies de los que hemos hecho mención.

La primera, ó sea la *saltatoria*, se subdivide en *cubística*, que, según Jenofonte y Suidas, fué un arte en el que los hombres, doblando los pies y manos hacia la cabeza, saltaban de varios modos, como en nuestros días hacen muchos acróbatas.

Luciano le dió el nombre de *Cubissima*, y en el diccionario se lee *Cernulat*, voz que también usó Séneca; la segunda división abarca la *Estérica* ó *Juego de pelota*, por asegurar Homero y Atarreo que los jugadores de pelota también saltaban, y á la tercera se la daba el nombre de *Orquíntica* ó simple *saltatoria*, la que usaron mucho nuestros antepasados por deleite ó liviandad, costumbre que aún dura; pero apesar de todo, también se usa en la gimnástica militar y atlética, siguiendo la opinión de Quintiliano, que afirma que los lacedemonios tenían entre sus ejercicios cierta especie de *saltatoria*, y Plinio, refiriéndose á la atlética, también encuentra el salto entre sus ejercicios, atribuyendo á Stefanión la invención del salto romano, el que verificó en los juegos seculares

de Augusto y Claudio César, corroborando su opinión el que en los sacrificios y expiaciones que Jenofonte refiere, se hicieron delante de Cyro, y practicaron este ejercicio de la saltatoria, á la que Jerónimo Mercurial denominó *amfisdetoumenen*. Platón distinguió el salto con el nombre *crenique* ó apto para la paz, por haber sido templador del ánimo en las prosperidades y en los placeres, bastando lo dicho para probar que en ninguna clase de ejercicios se ha carecido de la saltatoria, razón que hemos tenido para detenernos en este punto.

Haciendo caso omiso de la *Cubística*, primera parte de la saltatoria, por no corresponder á nuestro objeto y no haber sido tratado por los autores con detención ni cuidado, pasaremos á la segunda, que es la *Sferística*, la que tampoco tiene un lugar preferente en nuestro plan; pero de la que no podemos prescindir, tanto por ser un juego nacional entre nosotros, que tiene lugar, si no en los circos, en sitios determinados á los que acuden espectadores y en los que se llevan á cabo apuestas y combates, lo mismo que en las carreras de caballos, que han de ser también objeto de nuestro estudio, por venir emanadas de los que en los circos verificaban romanos y griegos, y además, por ser esta parte de la saltatoria semejante á los juegos malavares, suerte muy celebrada y aplaudida en nuestros circos modernos.

Adquirió tanta celebridad la sferística, tan sencilla en los tiempos de Homero, que dió origen á que el lugar en el que se verificaba en los gimnasios, tomase el nombre de *sferisterio* y de sferístico el maestro que la enseñaba.

Variadas y opuestas son las opiniones acerca de quién fué su inventor: entre los latinos, Plinio la atribuye á Pytio Agalles; Coricia, á Nausicaa; Hispasio, á los lacedemonios y Diacareo á los syciones, de lo que resulta tal confusión, que sólo de ella podría sacarnos los comentarios del lacedemonio Timócrates; pero como éstos no son con nosotros, habremos de contentarnos con no añadir nada á lo ya dicho sobre este punto, y respecto á las varias clases de sferísticas, exponer las que de un detenido estudio de la época griega y romana hemos podido colegir.

Cuatro clases de este juego existieron entre los griegos, cuales eran, la *pequeña pelota*, la *grande*, la *vacía* y el *córycos*, y otras cuatro poseían los latinos, la *de viento*, la *triangular*, la *de pluma* y *harpasto*.

De la sola enunciación de ambas divisiones se deduce naturalmente la semejanza entre ambas, refutando las opiniones de Tomás Linacer, Galino, Oritasio y otros autores que sostenían lo contrario.

El juego de la *pequeña pelota*, según Antito, comprendía tres especies distintas: la primera era muy pequeña y se manejaba teniendo el cuerpo empinado y echándola con las manos á otros que estaban inmediatos; la segunda era de mayor magnitud y se jugaba entrelazando los dedos unos con otros y sin unirse ni juntarse, sino que, por el contrario, separados con proporción se movían, vagaban de aquí para allí de varios modos, según la variedad de giros de la pelota; la tercera era más grande que la segunda, con la que jugaban distantes entre sí, permaneciendo unos quietos, otros se movían, echando los primeros con fuerza y arte la pelota; entre estas clases debe contarse aquella que Ateneo llamó *arpostón* y Clemente Alejandrino *tenida*, derivándola de Tennendo, su primer inventor, ó de *Tenaquiso*; esto es, del engaño que representaba el juego en sus diversos giros, causando gran placer á los espectadores el recoger los jugadores la pelota, echarla á otros, huirla, agitarse, y dar grandes gritos; pero dejando sentado que á todo este ejercicio presidía una gran compostura y orden.

Estos son los juegos de la pequeña pelota de que hicieron mención los griegos y ensalzaron los filósofos Etesibio y Epifenes, con quienes jugaban muchos cortesanos del Rey Antígono.

El juego de la gran pelota, ó sea la segunda especie, consistía en las posturas de las manos, las que extendían en los sobacos, por lo que las ponían más altas que la cabeza, andando muchas veces con las puntas de los pies para tenerlas más elevadas que la cabeza, y otras saltando cuando pasaba por encima de ellos, con el fin de impulsarla con más fuerza.

La *pelota vacía*, tercera clase de este ejercicio, se conjetura fuese como las demás, cosidas y de cuero, diferenciándose solamente en que aquéllas se henchían de plumas ú otra materia y éstas de viento, jugándola lo mismo que la anterior ó con insignificantes variaciones.

Por último, el *coryco*, según las explicaciones de Antilo, que se inspiró en Oribacio, se llenaba de granos de arena para los robustos, y de harina ó granos de higos para los débiles; su forma es proporcionada á las fuerzas del cuerpo y á la edad, se cuelga en los gimnasios de lo alto del techo á tanta distancia del suelo que permitiese colocarse debajo al que se ejercitaba; los jugadores le cogían con ambas manos y le movían primero despacio, después con fuerza, y al venir le impelían con violencia y le salían al encuentro con todo el cuerpo después de haberle soltado, de lo que resultaba que unas veces le contenían con las manos y otras con la espalda.

Su figura debió ser esférica, pues al ser angular, se hubieran lastimado los jugadores.

Lelio Aureliano nos refiere que los griegos denominaron á este juego *celadia* ó *coricomauia*, de donde nació el ádagio de entonces ejercitarse en el *coryco*, género de pelea en el que sobresalió Apreseyo en Tesalia, y el lugar en que se verificaba se tituló *Coricco*, diciendo, para terminar, que las cuatro especies referidas eran diferentes entre sí y se adaptaban á los ejercicios militares y á los atléticos.

Dada la explicación de las diferentes clases de sferística que usaban los griegos, vamos á manifestar el que usaban los latinos, marcando la diferencia en los unos y los otros.

La *pelota de viento* era grande, hecha de cuero y henchida sólo de aire; la que se tiraba con los brazos, unas veces se la daba simplemente el nombre de pelota y otras el de pelota ligera, conformándonos con la opinión de Oratio.

Cada jugador poseía su pelota; y este juego le usaron los apolonistas en los sacrificios picteos; unas veces era menor y se arrojaba con los puños, tomando entonces el nombre de pugilar y de folicular, como Suetonio manifiesta en la vida de Augusto, de construcción de cuero y henchidas de viento y

no de plumas, estando el lugar destinado á este ejercicio libre de piedras y ladrillos su pavimento y cubierto de polvo fino para evitar los golpes de los jugadores.

Muchos confundieron este juego con el de la pelota de viento, la grande, la vacía y el coryco de los griegos, pero á poco que se fije la atención surge la diferencia esencial que existe entre las tres, pero no desaparece su semejanza; como dijimos arriba.

El juego de la *pelota triagonal* consistía, según las palabras de Marcial, en colocarse los jugadores en figura triangular para echar la pelota con ambas manos, unas veces con la izquierda, otras con la derecha y poder recibirla de modo que jamás cayese al suelo, en lo que estribaba el principal mérito, asemejándose al modo y manera con que nuestros contemporáneos juegan con la pequeña pelota y otros objetos huecos de metal ó porcelana sobre la maroma de alambre ó sobre un caballo.

Marcial la denominó *templada*, calificativo que obedecía, ya á que los jugadores se excitaban mucho con este trabajo, ya porque el lugar donde se verificaba el juego estaba próximo al Trepidario, el que le prestaba cierta temperatura templada, ya porque los jugadores acostumbraban á entrar en los baños calientes cuando terminaban el juego, ó bien porque la misma pelota se templaba con el movimiento de las manos.

Dos eunucos se colocaban en sitios convenientes dentro del círculo donde el juego tenía lugar, y prestaban el servicio necesario, recogiendo las pelotas, contándolas y entregándolas sin votar.

La de *pluma* ó pagánica, llamada así por ser uso más común y más frecuente en las granjas llamadas aldeas ó en los barrios de la ciudad, aceptando la opinión de Dionisio expuesta en los libros primero y segundo de sus antigüedades, referente á que Roma en algún tiempo se dividía en cuatro tribus, tomando sus moradores el nombre de Tedianos.

La materia de que se formaba era el cuero en magnitud mayor que la de la triagonal sin relleno de pluma, pero de tal modo, que resultase de más dureza y consistencia que la de viento, y nunca quedase floja, sino bien apretada por to-

dos lados, con objeto de que se jugase sin dificultad, en un dístico del libro décimocuarto.

Esta especie de juego esferístico se usaba en los gimnasios como preparatorio para el baño.

Finalmente, el harpasto se parecía al harpasón de los griegos, y era una pelota que el uno echaba al otro, no encontrándose en auto alguno la descripción de su magnitud ni la materia de que se formaba, no teniendo otras noticias acerca de este punto que las que manifestó Atanio cuando dijo era redondo, y que denominó fecundo como el de los griegos. Es probable fué de cuero; su magnitud; conformes con Galeno, estaba entre la pequeña pelota y la mediana; se jugaba en un piso empolvado, y fué ejercicio tan difícil, que sólo convenía á los hombres robustos, y de ningún modo á las mujeres ni mozos de débil complexión y escasa fuerza.

De este juego en sus diversas especies se derivó en la Edad Media el titulado *calcium*, que conservaron en Italia los florentinos, pratenses y lironenses, y que también se conoció en la antigüedad con el nombre de *esperomaquia*.

La tercera parte en que se divide la saltatoria, es conocida con el nombre de orquística, y de ella da una idea exacta Aristóteles diciendo que de este modo, sin armonía pero con número, imitan las bailarinas, quienes representan, con su variada multitud de gestos y movimientos, las costumbres, pasiones y acciones, de donde se desprende que el *orquesín* ó baile no fué otra cosa que cierta facultad en los movimientos y posturas del cuerpo, hechas con cierto artificio, número y modo para imitar las costumbres, pasiones y acciones de los hombres, por no haber, según dijo el mismo autor, nada en la naturaleza de las cosas que manifieste más la semejanza que el número y canto, y que los danzantes para imitar las acciones se valían del número.

Nosotros, al tratar de esta parte de los saltadores, lo hacemos en razón á que el baile y la danza es, si no el principal, uno de los elementos más predominantes en los circos ecuestres, ya en la cuerda, en el alambre, en el caballo, en los diferentes ejercicios que allí se verifican, y muchas veces hemos aplaudido á artistas que trasformándose en varios ti-

pos, ya sobre el alambre, ya sobre el *paneau* del caballo, terminaban bailando un paso inglés, escocés ó stirio, y no pocas veces aires nacionales, manejando alguna *ecuyere*, no muy á la perfección, si hemos de ser justos, nuestros *crótalos* ó castañuelas, conocidas por *palillos* en el arte coreográfico español.

También los clowns han sido y son bailarines perfectos, y en las pantomimas han puesto bailes de espectáculo, como *Wytoyn* y *Sechi* en el antiguo Circo de Price, y *Blondeau* en la primera época del Príncipe Alfonso.

Aristóteles, Plutarco, Platón y el poeta Simónides, que solía apellidar al baile poesía que calla, hicieron extensamente su apología, y añaden después que se verificaba al son de flautas, de cualquier otro instrumento ó solamente al compás del canto. Su origen es confuso, y únicamente Ateneo atribuye su primera enseñanza á Androna, que á los ecos de la flauta *Catanea* inspiraba á los cuerpos movimientos y cadencias, por lo que los antiguos le otorgaron el nombre *sicelissare*; pero después el tebano Cleofauto y Esquelmo inventaron muchas figuras de baile, á los que Epiquerme distinguió con los nombres de *Ballissimo*, en dialecto siciliano, por lo que en muchas regiones de Italia se les apellida *Ballos*.

En tanto aprecio se tenía y tanta preponderancia adquirió, que lo llamaron de Apolo.

Fueron innumerables las especies de estos bailes, y tomaron el nombre de los países en que estaban en uso ó en que se habían inventado ó perfeccionado, ó el del inventor, de los que tomaron el nombre los saltos Pyrricos del lacedemonio Pyrrico, ó de Pirro, hijo de Aquiles, y se originó al danza Pyrrica, que se baila cantando, ó sin cantar, y armados de todas armas, danzas que hemos visto en el primitivo circo de Paul, cuando este artista dirigía las funciones en el mismo, ó cuando el Signor Cinesselli estuvo al frente de los bailes del Teatro Real en la ópera *Rienzi*.

Mucho más pudiéramos decir sobre este asunto, pero como sería más propio de un estudio sobre el baile, hacemos alto para ocuparnos en el número inmediato de la gimnasia atlética ó viciosa.

Los conciertos del Buen Retiro, aprovechando lo favorable del tiempo, siguen llevando una numerosa y escogida concurrencia, que aplaude con justicia al Sr. Espino y á cuantos forman parte de la sección artístico-musical. La compañía de ópera que actúa en el teatro ha sido un nuevo aliciente para los aficionados á la música, y la compañía, que es la misma que funcionaba en el circo de Rivas, ha cosechado merecidas ovaciones en *Fausto*, *La Favorita*, *Hernani* y cuantas óperas ha puesto en escena.

La más saliente de la crónica teatral veraniega ha sido el estreno de la revista titulada *La villa del oso*, original de los Sres. Navarro Gonzalvo y Pérez, con música de los maestros Nieto, Rubio y Espino, sin ser ni más ni menos que como todas las de su género; está escrita con gracia; tiene números de música muy agradables y la interpretación no deja nada que desear.

En el Circo-Hipódromo se han presentado la familia Mariani, los hermanos Herzog y la amazona Madín Cardoni, que completan el escogido y aplaudido cuadro que allí actúa.

Los demás teatros, cayendo y levantando.

RAMIRO.





NOVELAS NORTE-AMERICANAS

EL CORONEL.—MI SUEGRA

CONTINUACIÓN (1)

LA señora Becky dió un paso adelante, no queriendo prolongar por más tiempo una chanza tan cruel, y conmovida por aquel sincero dolor, iba á declararlo todo, cuando Carlos, reteniéndola por el brazo, y colocando una mano sobre el hombro del veterano, exclamó:

—Diga usted á su hija, querido coronel, lo que usted ha hecho hoy... Ella lo agradecerá, suceda lo que quiera, y añádala usted que Jonas no dejará de restablecerse, así que tenga noticia de lo ocurrido.

—¿Pero, creen ustedes que se curará?

—Lo creo firmemente.

—Y yo estoy segura de ello, coronel—añadió la señora Becky, con lágrimas en los ojos.

—Gracias, señora; gracias, mi querido Harstrom—dijo el coronel con dulce acento, estrechándoles las manos.—Uste-

(1) Véase la pág. 226 de este tomo.

des me reaniman; voy corriendo á llevar á Kitty esa buena esperanza...

Se retiró con paso lento, montó á caballo y tomó melancólicamente el camino del río.

—¡Oh! ¿Cómo has podido dejarle partir así?—exclamó la señora Becky llena de remordimientos.—¿No has visto cómo sufría?

—Esto es lo que hace falta—dijo el implacable Carlos.—Él ha hecho sufrir mucho á Jonas, ¿no es cierto? Pues bien; que aprenda ahora, á su costa, lo que cuestan ciertos caprichos... Pero, por fortuna, todo está arreglado.

A la mañana siguiente, mientras almorzaban, Carlos emprendió nuevas negociaciones con Jonas.

—¿Cree V. que he dirigido bien su negocio?—le preguntó.

—Le deberé á V. toda mi dicha—contestó Jonas.

—Pues bien, ¿quiere V. darme una prueba de su reconocimiento? Permita V. todavía que me encargue de la dirección de este asunto, prometiéndome, sobre todo, esperar con paciencia tres días antes de ver á Kitty.

—En ningun caso podría obrar de otro modo—respondió Jonas.

—Si V. obrase de su cuenta, ¿qué haría V.?

—Escribiría una carta al coronel Withers, haciéndole saber que había sido elegido coronel de un regimiento de la milicia, y le rogaría que me admitiese de nuevo en su casa.

—Luego V. cree que tres días es un intervalo necesario..., Muy bien. Déjeme V. obrar á mi gusto, y prométame tan sólo no tratar de ver al coronel ni á su hija, ni de darles cuenta de su nombramiento.

—No le puedo rehusar á V. nada, Carlos.

—Por el pronto, vaya V. á casa del sastre á encargarse el uniforme. Es necesario que lo tenga hecho para la parada del jueves próximo, y sobre todo, procure V. que le siente bien. Esas son mis primeras instrucciones.

Apenas salió Jonas, Carlos rogó á su esposa que se sentase á la mesa del despacho y escribiese la carta siguiente:

«Mi querida Kitty: Quería ir á verla á V. hoy, pero me ha sido imposible. Motivos muy especiales me obligan á rogar-

le á V. que el jueves próximo, á las tres en punto de la tarde, se encuentre en frente de la tienda de T..., en Unión Square.»

—¿Para qué?...—preguntó la señora Becky, levantando la cabeza.

—Porque el regimiento 901 debe desfilas por allí—replicó Carlos.

—¿Y tú quieres?...

—Precisamente, querida.

—La señora Becky aplaudió regocijada, con sus lindas manecitas.

—¿Te parece bien mi idea, á lo que parece?

—Admirable.

—Me alegro. Ahora continuemos...

«Deseo también que vaya V. acompañada de su padre. Espéreme V. allí media hora por lo menos. Si acaso pasa algún regimiento, observe V. bien; me dará V. luego su parecer acerca del nuevo uniforme de Carlos... No falte V. á la cita, y sobre todo que no falte tampoco su padre...»

—Subraya la frase *acompañada de su padre*—dijo Carlos.

—¿Subrayar?—preguntó la señora Becky.

—¡Eh! Sí, esto es; trazar una línea debajo de aquellas palabras—dijo mirando la carta por encima del hombro de su esposa...—Pero Dios me perdone, si has subrayado casi todos los vocablos, excepto las conjunciones—añadió, riéndose.

—Las mujeres escribimos siempre así—dijo la señora Becky.

—Entonces, cuando queréis llamar la atención sobre alguna cosa, ¿qué hacéis?

—En este caso, añadimos una postdata.

—Vaya por la postdata. Escribe:

—«J. S. une su ruego al mío en cuanto al deseo arriba expresado.»

—¿Hay más?

—Pienso que sí... Que la señora Becky no deje de prepararnos una buena comida para el jueves.

XIII

En casa del coronel, el almuerzo había dado lugar también á una ligera conversación entre el padre y la hija. Kitty estaba inapetente, como los días anteriores; pero el coronel tenía algo nuevo de que hablarle.

—Ayer he visto á unos amigos tuyos, queridita—dijo con tono alegre.

—¿Sí, papá?—respondió ella con languidez.

—Por lo que veo, te interesa esto poco, y por lo tanto te ahorraré el fastidio de oír detalles de la visita—repuso él, con un buen humor que no le era habitual.

Kitty sorprendida, levantó la cabeza.

—Perdona, papá; sí que me interesa.

—Después de todo, la cosa es muy sencilla. Fuí á ver á uno de tus amigos más íntimos.

—¿Uno de mis amigos íntimos?—repitió la joven, sin entender de lo que se trataba.

—Sí, á Jonas Smith.

—¡Cómo, papá!—exclamó ruborizándose de placer—has ido á casa de...

—De Jonas Smith. Sí, señorita.

—¡Pero, papá!...

—Oh, no he olvidado que hace algunas semanas le dí ciertas instrucciones especiales... Pero el hecho es, mi querida Kitty, que he cambiado de opinión.

—¡Qué dicha, papá!—dijo la joven, lanzándose sobre su padre y abrazándole con ardor.

—Tanto, que desde hoy en adelante puede ya casarse contigo cuando quieras—añadió el coronel.

—¿Y qué te ha dicho? ¿Se ha puesto contento?

—¿Se ha puesto contento? Este es el asunto, porque no llegué á verle, hija mía—replicó el veterano con embarazo.

—¿No le has visto? ¿Pues entonces?...

—He dado el encargo á los esposos Harstrom de comunicarle mi acuerdo... Parece que está un poco indispuerto, acatarrado según creo...

—¡Entonces es necesario que vaya á verle al momento!— exclamó Kitty.

—No; es inútil... Mañana se levantará, según parece, y yo iré hoy á preguntar cómo sigue.

—¡Querido papá!—dijo Kitty, abrazándole tiernamente.

—¿Acaso mi hija pensaba que le había de rehusar por mucho tiempo lo que deseaba?

—¡Hum!... En camino de ello estábamos, papá.

—Sí, tal vez... ¡Pero el aire de las gentes es tan falaz!... Y ahora, ¿volverá V. á ser para su papá la misma cariñosa hija que antes?

—¡Papaíto del alma!

El coronel salió á medio día, y, según había prometido, fué á enterarse del estado de Jonas. Fué difícil resistir á las instancias que hizo para verle; pero, en fin, con la ayuda de algunas inocentes mentirijillas, la señora Harstrom salió del paso manifestando que el enfermo iba muy bien y que en aquel momento estaba descansando, después de haber pasado una noche agitada.

Cuando el coronel llevó á su casa estas buenas noticias, no reconoció á su hija, ó por mejor decir, volvió á encontrar la Kitty de otros tiempos. Con vista animada y labio sonriente, se adelantó á su padre tarareando una canción y presentándole la frente para que depositase en ella un beso, mientras que, con todo género de mimos, le hacía contar los detalles de la visita.

—¡Este cambio es increíble!—decía el anciano.—¿Quién hubiera podido creer jamás que esta criatura estuviese tan identificada con Jonas Smith? ¿Qué tiene, pues, ese joven?... ¡Si parece mentira!... ¡Deben ser cosas de la juventud! ¿Era yo de la misma madera en la juventud?

Y he aquí que, por añadidura, Kitty recibió en aquel momento la carta de la Sra. Harstrom, de la cual no entendió gran cosa, pero las cabalísticas palabras «*J. S. une su ruego al mío...*» fueron bastantes para decidirla á ejecutar puntual.

mente lo que la pedían. De un modo ú otro, esto debía colocarla en presencia de Jonas. Eso es lo que pensaba.

—Papá—dijo de repente,—¿quieres llevarme á la ciudad el jueves hacia las tres de la tarde?

—Con mucho gusto, querida... ¿Dónde quieres ir?

—A ver desfilar el regimiento 901 por Unión-Square.

—Con mil amores—dijo el coronel, encantado de ver tomar interés á su hija por primera vez en cosa de militares.—Y aprovecharemos la ocasión para ir juntos á casa de los Harstrom á informarnos de la salud de Jonas...

Kitty batió las manos, saltando de gozo.

Carlos jugaba una mala pasada al coronel, imponiéndole como castigo una espera tan larga. Si Jonas hubiese sospechado que el veterano había capitulado, le hubiera faltado tiempo para correr á arrojarse á los pies de Kitty; pero no sabía más sino que el día de la parada debía ser, según todos los indicios, el de la deseada reconciliación, y por lo tanto trató de componerse y arreglarse del mejor modo posible, lo mismo que todos sus compañeros de regimiento.

El gran día llegó. Hacía un tiempo magnífico. Cuando Jonas apareció con su uniforme nuevo, montado en un magnífico caballo negro, todo el regimiento lo aclamó. Lo cierto es que hacía muy buena figura con aquel elegante uniforme, que ponía de manifiesto su flexible y airoso talle, sus anchas espaldas y su porte varonil y agraciado. Montaba, además, muy bien y hacía caracolear el caballo, con lo cual entusiasmó á todo el mundo.

Comenzó la marcha, y, como era de rigor, el coronel se puso á la cabeza.

—Jonas, querido amigo; mire V. bien al desfilar por Unión-Square—le dijo Carlos al marchar.

¡Adelante la música! Y el regimiento desciende por la Quinta Avenida, enfile la calle 23 y toma por Broadway. Ya llega á Unión-Square. Jonas no sabía lo que había querido darle á entender Carlos, pero no por eso dejaba de estar ojo avizor, y tan vigilante estuvo, que de repente descubrió á Kitty acompañada de su padre.

Con mucha gravedad, como si su corazón no palpitará

con doble fuerza que de ordinario, hizo un gracioso saludo al pasar por delante de ellos.

—Papá—exclamó la joven,—¿no ves?

—Sí, hija, muy bien. Estos mozalvetes tienen buena presencia.

—Pero, ¿no ves el coronel, papá?

—¡Calla! Creo que conozco esa cara... ¡Por Júpiter, Kitty, si es Jonás Smith!

—Sí, papá, sí que lo es—dijo ella, riéndose de muy buena gana.

—¡Ah el pícaro! ¿Sabes que no es de tontos lo que ha hecho?

—Seguramente que no, papá...

—Pienso, que en vista de esto, no tengo que mortificarme en lo más mínimo para ofrecerle tu mano.

—Sin duda alguna; puesto que ya es coronel de verdad, nada puedes objetar.

—¡Diantre, Kitty; fuerza es que ese boquirrubio te quiera locamente, para hacer lo que ha hecho!

—Eres muy bueno, papá.

—Bien merece tu mano, hija mía.

—Esa ha sido siempre mi opinión, padre mío.

—Quieres decir con esto, que yo... ¿no es así?

La joven hizo un signo afirmativo con la cabeza, riéndose con mucha gracia.

—Cualquiera se puede engañar, hija. Lo importante es reconocerlo á tiempo.

—¡Eh, coronel! ¿Es que no quiere V. hablar á los amigos?

—preguntó en este instante una voz dulce y fresca.

Era la Sra. Harstrom que tendía sus manos al padre y á la hija.

—¿Han visto VV. desfilan el regimiento?—dijo ella.

—¡Oh, sí!—contestó Kitty.

La verdad es, que no lo había visto, embargada su atención con la presencia de Jonas. Aun cuando hubieran desfilado doscientos mil hombres, no hubiera visto á nadie más que á él.

—Y el uniforme de mi marido, ¿qué le ha parecido á V.?

—repuso maliciosamente la señora Harstrom.

—¡Calla! No he reparado...—respondió Kitty.

—Vamos, por esta vez la perdono á V., en atención á las circunstancias—repuso la señora Becky,—pero con una condición, sin embargo, y es que han de venir VV. dos á comer con nosotros para admirar á Carlos de cerca... Pero, ahora que caigo, coronel; tal vez no quiera V. encontrarse con el coronel Smith, al cual hemos convidado...

—Perdone V., señora; precisamente lo que deseo es verle. ¿No es verdad, Kitty?

—Sí, sí, ese es nuestro deseo—dijo ella alegremente.

Todos se pusieron en marcha con el corazón muy alegre.

Los señores oficiales no habían llegado aún á casa, por cuyo motivo, la señora Becky instaló al coronel en la biblioteca, delante de un montón de periódicos, y á Kitty en el gabinete, delante del piano, en tanto que ella iba en persona á inspeccionar los preparativos de la comida, hábil maniobra, convenida entre los dos esposos, para que los amantes se encontrasen solos á la llegada de Jonas.

La entrevista, como es de suponer, fué de las más tiernas. Los pobres jóvenes tenían muchas cosas que decirse, y estas mutuas confidencias fueron acompañadas de tantos suspiros y abrazos, que no es de extrañar que la entrevista marchara tan lentamente como marchó.

En esto se oyó el toque de la campana que llamaba para comer.

—Coronel Smith, estoy contentísimo de ver á V.—dijo el veterano, tendiéndole su ancha mano.

—¿Quiere decir que anula V. el interdicto, mi coronel?

—No hay otro remedio, toda vez que me ha cogido usted la palabra. ¡Muy bien trabajado, hijo mío!... Voy á brindar por sus galones...

En efecto, el coronel bebió tan bien, que hubiera querido la boda se celebrase al llegar á los postres.

—Estoy ya cansado de veros jugar así á los novios—dijo de repente.—¿Cuándo será la boda?

—Cuanto antes mejor—dijo Jonas.

—¿Y tú, Kitty, qué opinas?

—Cuando Jonas quiera—respondió.

—Muy bien. Mando, pues, que el coronel Smith tome posesión de la fortaleza Kitty Withers, el miércoles 25 del corriente.

—¡Dentro de tres semanas!... ¡Mi ajuar no podrá estar listo!—protestó Kitty.

—Lo que está escrito, está escrito—dijo el coronel.—La orden del día está ya dada. No hay más que obedecer, so pena...

—¿So pena de qué?—preguntó Jonas.

—So pena de aplazar la boda un año.

El coronel podía muy bien hablar con formalidad, y ¡quién sabe!... Jonas dirigió una mirada suplicante á Kitty.

—En fin, hará lo posible... y de seguro que todo estará listo—añadió rápidamente.

—Ya pensaba yo que mi amenaza surtiría su efecto—murmuró el coronel, riendo bajo su poblado bigote.

Algunos días después el coronel Withers fué á ver á su amigo el Mayor.

No solamente no le inquietaba nada la manifestación que iba á hacerle, sino que de antemano se gozaba en el efecto que iba á producir. ¿No era ya coronel su futuro yerno?

—Buenos días, Mayor—dijo alegremente.

—Buenos días, coronel—respondió gruñendo el Mayor.

—¿Está V. malo?

—No; pero poco le falta.

—¿Y el sobrino? Hace mucho tiempo que no le veo.

—¡Vaya al diablo mi sobrino!

—¿Cómo! ¿Hay alguna disensión doméstica?

—Querido coronel, no me hable V. de sobrinos... Ya sabe usted lo que he hecho por el mío... Lo he traído aquí, lo he asociado á mis negocios...

—¿Y bien?

—Y bien, se ha aprovechado de esto para negociar cinco mil duros en letras y perderlos jugando al *faro*.

—Sin embargo, no hay que olvidarse de que es un Mackenzie.

—Ahí está. Si se hubiera tratado de un advenedizo, le hubiera hecho arrestar; ¡pero un Mackenzie!

—En resumen, que mi hija ha tenido mucha suerte en no hacerle caso—se dejó decir el coronel.

—¡Mucha suerte! ¡Mucha suerte!... ¡Quién sabe si ella es la causa de todo! ¿Y cómo está esa preciosa niña?

—Perfectamente.

—¡Ya! ¡Si yo lo había dicho! ¿No se acuerda V.?

—Sin contar con que va á casarse muy pronto con un coronel.

—¿Cómo? ¿Otro coronel?—exclamó el Mayor estupefacto.

—No, es el mismo individuo. Sólo que ahora es coronel de verdad.

—¿De qué regimiento?

—Del 901.

—¡Bah!... Un regimiento de milicia—dijo desdeñosamente el Mayor.

—¿Y qué?—replicó el coronel un poco picado.

—Eso vale poco menos que nada...

—Caballero, eso vale más que un estafador.

—¡Hum!... ¡Hum!

—Un coronel de milicias, repito, vale más que un Mackenzie que se juega al *faro* el dinero de los otros, ya que es preciso poner los puntos sobre las íes.

—¡Caballero!

—¡Caballero!

—¡Me dará Vd. explicación de esas palabras!

—Cuando V. guste.

El coronel se retiró con la mayor dignidad; pero aún no había andado dos kilómetros, cuando se arrepintió ya del arrebató que le indujo á expresarse con frases tan ofensivas. El Mayor era su amigo más antiguo y se encontraba bajo el peso de disgustos domésticos; por lo tanto, ¿no era justo que él, en vez de aumentarlos, hubiera tratado de aliviarlos? Al llegar á su casa el remordimiento le agoviaba.

Por su parte, el Mayor tenía la cabeza dura, es verdad, pero amaba sinceramente al coronel. Cuando le pasó el enojo, pensó que en vez de haber hecho del casamiento de Kitty un motivo de chanza de no muy buen género, debió, por el contrario, felicitar á su antiguo compañero de armas; pero

había hablado de un lance, y no había más remedio que pasar adelante, aun cuando debiesen dejar en él su pellejo todos los amigos del mundo.

Afortunadamente, al primero á quien el coronel contó la algarada al entrar en su casa, fué á Jonas, que se encontraba allí en aquel momento. Jonas escuchó el relato del anciano y dijo tranquilamente:

—¿Piensa V. que voy á dejar que dos antiguos amigos se degüellen por mi causa, amargando el placer de mi casamiento? Corro á casa del Mayor para decirle de parte de usted que está pesaroso de las palabras demasiado vivas que ha pronunciado.

—Pesaroso, sí... sí que lo estoy... Pero si quiere batirse, Jonas, conste que yo no soy hombre que retroceda nunca, ¡que lo entienda bien!

Jonas fué corriendo á casa de Mackenzie.

—Mayor—le dijo con la mayor naturalidad,—¿sabe V. que entre V. y el coronel me preparan un bonito día de boda? Él está arrepentido de haber reñido con V.; eso es lo que le puedo decir...

—Y yo también—replicó el Mayor.

—Lamenta, con la mayor sinceridad, las palabras que hayan podido mortificarle á V.; he aquí lo que le puedo decir.

—Y yo—contestó el Mayor.

—¿Qué queda, pues, entonces por hacer?—replicó Jonas.

—¿Acaso el valor de entrambos no está de sobra probado? El coronel no quiere dejar de ser amigo de V.

—Estoy pronto á presentarle mis excusas, si quiere.

—No quiere nada de eso. Pero yo, yo deseo que baile usted en mi boda.

—Tendré mucho gusto, si V. me honra invitándome.

—Trato hecho, mi querido Mayor...

—Ahora bien, coronel Smith—exclamó el viejo soldado:—usted podrá pertenecer á la milicia ciudadana y no al ejército; pero eso no quita para que sea V. un buen diablillo.

XIV

Llegó el día en que se debía proceder definitivamente á la elección de coronel del regimiento 901... Todos los oficiales se encontraban reunidos, y, según lo prometido, Jonas presentó su dimisión.

—Señores—dijo,—al nombrarme vuestro jefe interino me concedísteis un inapreciable honor que nunca podré agradecer bastante. Fiel á mi promesa, he presentado ya la dimisión de dicho cargo, y al hacerlo aprovecho esta ocasión para manifestaros de viva voz el profundo reconocimiento que de vuestras bondades he de conservar mientras viva. ¡El cielo otorgue al bravo regimiento 901 toda la dicha y fortuna á que es acreedor!

Pronunciadas estas breves palabras con sincera emoción, Jonas se retiró á una habitación próxima para esperar á que la reunión terminase y poder estrechar la mano á todos los oficiales.

—A la verdad, señores—dijo de repente uno de los electores más influyentes,—por mi parte no veo la necesidad de que busquemos otro coronel; ¡este es muy bueno! Todos han podido observar su gallarda apostura en la parada; ha honrado el regimiento, sin duda alguna, y además, lo cual es mucho más importante, es un joven leal y franco. Y supuesto que hemos encontrado un buen jefe, ¿por qué no nos hemos de quedar con él? Votémosle, esto es lo más sencillo. ¿Qué dice V. á esto Sr. Harstrom?

—No digo nada—replicó modestamente Carlos;—VV. me han otorgado ya un gran favor aceptando en la reunión anterior mi proposición, para que trate de abusar de nuevo de su benevolencia. Lo que VV. decidan estará bien hecho... Y excuso decir que si se acepta la candidatura de mi amigo Jonas Smith, la votaré con muchísimo gusto.

(Continuará.)



CRÓNICA POLÍTICA

INTERIOR

POLÍTICA se venía llamando desde el año último la cuestión sanitaria, y el cólera, ó sea la oposición liberal á las medidas preventivas, ha triunfado en toda la línea. La terrible epidemia se pasea triunfante y libremente por casi todas las provincias de España.

Lo que hemos convenido en llamar opinión, está y ha estado en un error crasísimo; pero ello es que, al fin, impera. Cuando comenzó á estar invadida la provincia de Valencia, y desastres y contagios sin número estaban en víspera de caer sobre Murcia y sobre Aranjuez, negóse en pleno Congreso, por el impresionable jefe de un partido, que existiese el cólera en España. La opinión hizo coro para añadir que estábamos en el mejor de los mundos, que el cólera era *oficial*, y que sólo existían algunos ataques de calenturas *perniciosas* que de antigua fecha radicaban en terrenos pantanosos ó palúdicos. Diputados médicos lo sostuvieron con calor y pretensiones de acierto. La opinión tuvo á bien confirmarlo, y... la opinión no supo esta vez lo que se decía.

Las autoridades quisieron adoptar, como el anterior verano, el sistema de los cordones sanitarios y de los lazaretos, único eficaz, según una tristísima experiencia ha venido á demostrarnos; pero los intereses del comercio, y sobre todo,

ciertos manejos políticos, son para la opinión más atendibles que las vidas; hubo manifestaciones ruidosas y una oposición fuertísima é incesante. De nada servían los cordones que podían poner trabas á alguna excursión veraniega; de nada los lazaretos que causaban algunos días de molestia á los viajeros. ¿Por qué no ha de ser libre el cólera, y caiga el que caiga? En efecto, triunfó la oposición y la libertad.

Levantados los cordones, destruídos los lazaretos y viendo ya el contagio propagado por todos los ámbitos de España, no ha cesado cierta parte de la prensa en su manía. Ha buscado firmas, ha pedido cartas, ha acogido con aplauso todos los conflictos á que han dado lugar algunas celosas autoridades locales, recelosas para conceder paso franco á la epidemia en algunos pueblos antes inmunes. ¿No hemos convenido en que es política la cuestión sanitaria? ¿No hemos de ser todos iguales? ¿Hemos de privar al cólera de la libertad que tan alto proclamamos?

No es esto todo. En la imposibilidad de evitar el contagio con los acordonamientos, que pueden no ser del todo eficaces, pero que son el mejor medio conocido de preservarse, planteóse el sistema de aislar los focos de infección en ciertas casas atacadas. ¡Qué disparate! ¡Qué escándalo!—exclamó la opinión.—¿No es una atrocidad permitir que una sirvienta pueda abandonar á la familia de un atacado por miedo de que la encierren ó aislen con ella? ¿Qué importan los demás vecinos? ¿Qué significa la propagación del mal por una calle ó por un barrio entero ante ciertas molestias personales durante algunos días? Un periódico de primera fila ha llegado á decirnos que solamente «una administración rutinaria é imbécil» podía dar ocasión á los inconvenientes que tienen los aislamientos. Tiene razón. Lo rutinario y lo antiguo es el *salus populi*, y hoy lo entendemos de otra manera. La opinión triunfa; pero esa opinión que mintió á sabiendas, al decirnos que no había más cólera que el cólera de la *Gaceta*, no sabe ya lo que se dice ni lo que se hace, y nos vende, ciertamente demasiado caros, sus disparates y nocivos favores.

A propósito de la poco culta palabra *imbécil*, aplicada á la administración que ordenó el aislamiento de los focos epidé-

micos, ha dicho un periódico, con el que en esta parte estamos muy conformes cuantos comprendemos los sacrificios particulares que impone el bien del mayor número:

«¡Imbécil! No, lo imbécil aquí, y aun algo más, lo criminal, es ese sentimentalismo sin nombre que por ahorrar unas molestias á dos, ó veinte ó cien mil familias quiere que se facilite el contagio, y expone á mayores peligros á una población entera. No, lo imbécil aquí es no sacrificar á un mal mayor, la mayor facilidad en la propagación del cólera, un mal menor, las molestias de las familias.

No se nos venga con lo que se hace en Inglaterra. Cuando se pruebe que aquella nación excepcional está respecto del cólera en las mismas condiciones que la nuestra, entonces se podrá hablar de lo que se hace en Inglaterra. Mientras tanto, los hechos dirán á todo el que no esté ciego por la pasión, que mientras Inglaterra sostiene muchísimas más relaciones con Asia que España, el cólera importado de aquella parte del mundo por los ingleses y los franceses, hace más víctimas en España que en Inglaterra y Francia, siendo así que si España se hallase respecto del desarrollo del cólera en las mismas condiciones que aquellos países, debería el cólera hacer allí más víctimas que aquí hace...

De todos modos, el pueblo ve que los que hoy piden que desaparezcan los aislamientos son los mismos que ayer clamaron contra los lazaretos y cordones, á cuya desaparición se debe principalísimamente que el cólera se haya propagado tan rápidamente por España; los mismos, también negando un día y otro que el cólera existiese en la Península el año pasado, pretendían atar las manos del Gobierno para que no tomase medidas preventivas.

Es preciso que la opinión investigue si en el fondo de esa conducta hay algo que por imbecilidad ó por lo que sea se parezca á crimen de lesa patria, á crimen de lesa humanidad.»

*
* *

Madrid ignoraba que en una calle estrecha y relativamente corta, foco de infección colerígena, vivían hacinadas unas

8.000 personas. Ahora lo ha sabido, apercibiéndose por primera vez de que especuladores sin conciencia alquilan á buen precio jaulas infectas, nichos donde es imposible la vida, edificios insalubres, en que existen centenares de cuartos sin ventilación, con retretes de vecindad, con patios hediondos y dormitorios oscuros: la codicia de algunos propietarios ha dado vida á esas edificaciones, que suelen producir una renta más limpia y más segura que la de otras casas de más costoso alquiler.

No nos coge á nosotros de sorpresa el asunto, y lo que nos admira es la ignorancia que ahora se manifiesta.

Hora es de pensar en que ciertas cuestiones sociales que algunos afortunados olvidan y las autoridades también descuidan, merecen el estudio más serio de los hombres pensadores.

Pero no es sólo entre los pobres donde busca víctimas la epidemia. Han causado honda sensación pérdidas recientes. Merece sentidas frases la memoria del Sr. D. Enrique Pérez Hernández, Director general de Obras públicas y diputado por Illescas, arrebatado por la enfermedad reinante en lo mejor de su vida.

Era orador elocuentísimo y jurisconsulto de nota. Fué también periodista. Con los Sres. Pidal y Nocedal (D. Ramón), con el actual Duque de Almenara Alta, con el señor Acosta, con el insigne P. Ceferino González y con otros publicistas distinguidos, redactó una excelente revista, *La Cruzada*, antes de la revolución de 1869. Colaboró en *La Defensa de la Sociedad*, revista que dirigía D. Carlos María Perier, tan competente en materias filosóficas. Sus artículos, en los que se veía casi siempre más al pensador que al estilista, eran elogiados siempre y aun esperados con afán por los muchos partidarios y entusiastas admiradores de aquella publicación.

Pero el Sr. Pérez Hernández, con ser escritor de primera fuerza, era más orador que escritor. Desde muy joven se dió á conocer muy ventajosamente en la Academia de Jurisprudencia, en el Ateneo y en la Juventud Católica.

En las Cortes hizo sus primeras armas, poniendo de ma-

nifiesto el veneno que van inoculando en las inteligencias y en los corazones de la juventud las doctrinas de los textos vivos y de no pocos libros de texto. En el actual Congreso tomó parte en la discusión del mensaje de contestación al discurso de la Corona, y declaró que, hoy como ayer, como siempre, colocaba por encima de sus convicciones políticas sus creencias religiosas.

Pérez Hernández era antes que escritor y orador, antes que político, cristiano práctico y convencido. Vivió cristianamente y cristianamente ha muerto. El foro ha perdido un jurisconsulto de nota, el Parlamento uno de sus más elocuentes oradores y la alta administración un funcionario muy inteligente y celoso.

También ha causado sensación otra pérdida reciente. El Subsecretario de Ultramar, Sr. García López, ha visto bajar á su esposa en breves momentos á la tumba.

Viendo que el cólera á nadie respeta y que las calamidades arrecian, quizás lleguen á comprender, aunque tarde, algunos fabricantes de opinión pública, que es grave error haber hecho política la cuestión sanitaria. De desear será que encuentren tanta fortaleza en las grandes desdichas del alma como la tuvieron en las luchas materiales de secta ó de partido á cuyo impulso obedecen.

*
* *

Se había autorizado á Alemania para establecer una factoría en las Carolinas, y algunos alemanes, por desconocimiento del asunto, ó tal vez *quia nominor leo*, izaron el pabellón alemán, tomando posesión de las mismas en nombre de su país.

Para demostrar materialmente á los nuevos poseedores que dichas islas nos pertenecen, se han enviado allá el vapor de guerra *San Quintín* y el transporte *Manila*.

Al mismo tiempo, y acudiendo á la vía diplomática, se han entablado las reclamaciones oportunas cerca del Gobierno de Berlín, probándole con razones poderosas los títulos legíti-

mos de dominio que España tiene sobre los mencionados territorios. A la nación española pertenecen aquellas islas desde que las descubrió Ruy López de Villalobos en 1543, y aun cuando quedaron olvidadas durante muchos años, en 1686 se les dió el nombre de Carolinas y entraron á formar parte del territorio español.

Otro incidente internacional de menor importancia acoge con mal disimulado júbilo la prensa adversaria del actual Gabinete. El *Times* inserta un telegrama de Marsella, del día 8, en que dice que en Inglaterra reina gran indignación contra España porque á sus procedencias se hace guardar diez días de cuarentena en el lazareto de Mahon, siendo así que en dicho puerto entran sin género alguno de observación las de España, donde ocurren 2.500 defunciones diarias.

No hay razón para tanto. Los ingleses someten á catorce días de cuarentena en Gibraltar y Malta las procedencias españolas. Los franceses, apesar de tener el cólera en Argelia, hacen sufrir allí mismo observación de siete días á los buques españoles. El proceder no puede ser más cordial y generoso.

Lo sensible es que se acoja con inconcebible ligereza ó malicia, con tal de que sirva para fines políticos, cuanto parezca resultar desventajoso para la patria. Así ha sucedido en el *modus vivendi* entre España y la Gran Bretaña. Así se provoca y aplaude, en el interior, la llamada cuestión de consumos para soliviantar una vez más á turbas inconscientes. Así han llegado á verse incomprensibles esfuerzos hasta para disminuir la vigilancia ejercida por las autoridades sobre la pureza de las aguas del Canal de Lozoya, que es ciertamente la única defensa de la salud que queda hoy á la capital de España.

*
**

Dirige el Sr. Castelar, representante en el Congreso de una comarca aragonesa, las siguientes frases al director de un diario del distrito que le dió sus votos:

«Un favor voy á pedirle, cuyo cumplimiento fío á su leal-

tad. Leo anheloso los partes de Huesca relativos á la salud pública. En ellos me informo de que por ahí no hay novedad y de que solo en Tardienta ha ocurrido algún caso. Pues bien; si el cólera se presenta, yo no quiero ser diputado de Huesca sólo para representarla en el Parlamento; quiero participar de sus tristezas y de sus alegrías; quiero ir, no con recursos materiales, de que carezco por mi pobreza, con el recurso moral de mi presencia, en cumplimiento de morales deberes, mucho más caros que la vida.

Por consiguiente, ruego á V. con todo encarecimiento, que si la desventura de Huesca llegase, por desgracia, al extremo á que ha llegado la de Zaragoza, Murcia ó Valencia, me avise para trasladarme inmediatamente á esa ciudad...»

Mientras los habitantes del alto Aragón pueden consolarse con la esperanza de tener por allí al Sr. Castelar, allá para cuando su desgracia alcance las inmensas proporciones de la que aflige á los vecinos de Zaragoza, Murcia ó Valencia, el gran orador sigue en Vigo, poniendo otra vez sobre el tapete el tema relativo á las uniones ó desuniones de los liberales, proclamando la necesidad de que se unan en un solo partido los tres ó cuatro bandos distintos y con opuestas tendencias que en el campo de la república militan. No concibe ahora el triunfo de sus ideales de otra manera.

No es ciertamente nuevo tal propósito de aunar voluntades, armonizar inteligencias y limar rozamientos personales. Precisamente quien más obstáculos opuso á aquel intento fué el mismo Sr. Castelar. No nos extraña, pues, que los mismos periódicos republicanos se hayan encargado de desengañarle. La unión que el gran orador, siempre ideólogo, pretende, *El Liberal* la rechaza: hay, habrá y debe haber fracciones diversas, tan diversas, que para la del citado periódico la del Sr. Castelar significa un Gobierno que en vez de Rey tendrá presidente, sin que el pueblo gane en el cambio cosa alguna.

El órgano del federalismo, *La República*, no admite tampoco las ilusiones del cantor de las quintas y de los ejércitos permanentes, y nos dice: «El Sr. Castelar ha dicho siempre que consideraba imposible la unificación de los partidos

republicanos, y ahora nos sale con un partido único.»

Cosas impropias de los políticos son los sueños y el lenguaje de la poesía.

*
* *

El ya famoso agitador Paul y Angulo ha dirigido al periódico *La France* varias cartas, no para rechazar su participación en el crimen de que fué víctima el General Prim, sino para lanzar acusaciones injuriosas y tratar de poner en ridículo en el extranjero á la magistratura española. Pero he aquí que á las audaces invectivas del expatriado contesta con declaraciones no menos graves el Sr. D. Francisco García Franco, juez que era de esta corte al ocurrir el atentado. En carta que, fechada en Puente del Arzobispo, ha escrito á *El Correo*, refiere el Sr. García Franco pormenores de verdadero interés, haciendo al propio tiempo afirmaciones de suma trascendencia.

«En los primeros momentos del crimen, dice, yo, que desempeñaba el Juzgado del distrito de la Universidad, fuí llamado por el presidente del Consejo de Ministros al palacio de Buenavista, donde estaba reunido el Gobierno, y por el señor Ministro de Gracia y Justicia se me ordenó la formación de la correspondiente causa contra los autores de las heridas graves del General Prim.»

Y luego, el mismo declarante añade:

«Sin entrar en detalles de sumario, que no en balde éstos son secretos, y la causa hoy se encuentra en aquel estado, podré decir que desde las primeras actuaciones, siempre, incontestablemente, y sin género alguno de duda, el Sr. Paul y Angulo aparece como autor material del delito, lo cual no desmiente él mismo en sus comunicados, y que si «existieron coautores y cómplices, no fueron sólo los que la prensa indica, sino muchos más que constan en el proceso, los bastantes para proveerse de cien carabinas que salieron de una casa de la calle de la Luna, y reunirse en punto determinado antes de cometerse el crimen.»

Son también dignos de tenerse en cuenta los siguientes detalles:

«Los jueces que han entendido en el sumario de la muerte del General Prim, podrán haber estado equivocados en el curso de él; pero esto se debe á que el cariño que se le tenía en España al General, importase una cuantía de datos al juez instructor que, apasionados la mayor parte de ellos, le desviaban del verdadero hilo del complot. Si esto obedecía á buena fe, bien hecho es depurarlos; pero si eran intencionados ó especulativos, hubo necesidad de acrisolarlos y rechazarlos.

»Y apropósito de esto, diré hoy que la triste viuda del General fué sacrificada más de una vez en sus intereses, por supuesto amigos del General, que llevaban la idea de sacar dinero á la viuda con un género de confidencias en apariencia verdaderas. No terminaré esta idea sin asegurar que los dignos jueces que intervinieron en el sumario llevaron su celo á un límite desconocido, sacrificando su reposo y tranquilidad en aras de la consecución del fin que perseguían; y que desgraciadamente sus esfuerzos se estrellaban con lo mal montado de la policía en España en todas épocas, y especialmente en aquélla, donde se verificaron algunas prisiones de agentes por conceptuarlos cómplices ó encubridores del crimen.»

Terminantes son igualmente los últimos párrafos de la carta:

«El comunicado del Sr. Paul y Angulo quiere revelar con sus palabras, que si bien fué el autor del crimen, obedecía á más altas influencias, que por ellas la magistratura española no ha querido ni quiere descubrirse. Calumnia: ningún republicano socialista, ni aun demagogo, acepta el asesinato del General Prim. Este fué un crimen vulgar, secundado por hombres de la última capa social, pagados y salidos de los presidios, que obedecían á un hombre fanático y resentido personalmente con el General Prim; ideó un crimen para hacerse célebre; este crimen hoy lo ostenta en el extranjero para hacerse adeptos en política, y lo mismo el Gobierno, que la prensa y la nación, no deben darle más importancia á los actos de Paul y Angulo, que los que tienen ante la ley los actos de un asesinato vulgar.»

La magistratura española, insultada por el Sr. Paul y An-

gulo, encontrará al fin medios de depurar la verdad y hacer justicia.

*
* *

Se entretienen algunos periódicos españoles en comentar una conversación, inventada tal vez por un corresponsal de París en Hendaya. Dicen al *Gaulois* que el noticiero ha almorzado con un personaje español, antiguo Ministro de Estado, por más señas, en uno de los últimos Gabinetes de España, y amigo del Sr. Cánovas del Castillo. Dicho personaje español ha dicho que se siguen *activas* negociaciones para casar á D. Jaime, hijo de D. Carlos, con la Princesa de Asturias y unir de este modo al partido monárquico.

No creemos que la prensa esté en el caso de discutir la noticia.

Aparte de que no es imposible que el Rey D. Alfonso tenga algún hijo varón, en cuyo caso sería éste investido con el título de Príncipe de Asturias, ¿es simplemente por las personas, ó es por las ideas por el que se matan los hombres y sacrifican los pueblos?

Las últimas guerras civiles han sido en nuestra patria cuestión de principios, y los que en uno y otro campo han combatido así lo entienden.

Grandes abdicaciones ó inmensos sacrificios serían menester para la realización del supuesto proyecto.

Dispense el corresponsal que no demos crédito á lo que nos viene contando.





REVISTA EXTRANJERA



CURIOSOS pormenores nos viene trayendo la prensa francesa acerca de la agitación electoral que reina en Francia con motivo de las elecciones generales que han de verificarse en el próximo otoño.

Terminó el mandato de que estaban investidos los últimos representantes del cuerpo electoral, y es naturalísimo que las pasiones políticas hagan todos los imaginables esfuerzos para salir airosos en la lucha. Desde los partidos más radicales hasta los conservadores de la república y los de la monarquía en sus distintos matices de imperialistas y realistas, todos se aprestan y menudean sus programas.

El jefe del radicalismo, Mr. Clemenceau prosigue su implacable campaña contra el oportunismo; va de ciudad en ciudad y menudea sus arrebatadores discursos. No será extraño que este tribuno consiga imposibilitar la única mayoría en perspectiva hoy entre nuestros vecinos.

Es cierto que á sus últimos Gobiernos, y principalmente al Sr. Ferry debe Francia males sin cuento. La gran falta del oportunismo y de la veleidosa Cámara que lo sostuvo fué dejarse llevar por los halagos de la ruidosísima y costosa política colonial, política que ha hundido el presupuesto sin positivas ventajas para el porvenir siquiera, y ocasionando

enormes pérdidas personales al ejército, sin verdadera gloria para la patria.

El Sr. Ferry conoce su situación desventajosa, y trabaja por su parte con alma y vida para despejar la turbada atmósfera que se formó alrededor suyo después de las derrotas y los desastres de las armas francesas en el Tong-King. Para ello sigue el jefe del oportunismo un sistema análogo al del Sr. Clemenceau y pone á contribución su elocuencia, existiendo una especie de torneo oratorio entre los dos *leaders* de los dos grupos republicanos franceses: el del radicalismo y el del oportunismo; el de la tendencia de Clemenceau y el de la tendencia de Ferry. Aquél habló en Burdeos y en Macon, y éste último ha perorado hace poco en Lyon, la segunda capital de Francia.

El orador exministro ha dicho que es un mal funesto la inestabilidad de los Gobiernos, que el país desea vivamente Gobiernos sólidos y de duración. Esta necesidad, pues, es la primera que hay que satisfacer. ¿Qué medios hay? O una coalición con el grupo monárquico, ó la unión entre los grupos republicanos. El primero lo desechó como opuesto á los sentimientos de la conciencia republicana. Es, pues, preciso que los republicanos se entiendan, y para conseguirlo se necesita que cada grupo entre en el camino de las concesiones y de los sacrificios; es decir, se necesita que transijan. ¿Cuál ha de ser el criterio de estas transacciones? La opinión. He aquí, pues, el programa electoral; no votar ni á los candidatos realistas ni á los candidatos intransigentes.

Respecto á política extranjera, manifestó el orador que no debían acometerse empresas lejanas, sin digerir las conquistas. En cuanto á la política religiosa, sostuvo que era preciso practicar leal y pacíficamente el Concordato.

Concluyó, por último, el Sr. Ferry, condensando el tono y el temperamento de su discurso, diciendo que rechazaba «el espíritu de innovación y que anhelaba el instinto de prudencia y el espíritu de tranquilidad.»

Se ha presentado muy doctrinario y conciliador. Su actitud con los radicales no es como la de su famosa oración del Havre, en la cual los excomulgaba y pronunciaba contra

ellos el *nec ave dixeritis*, emprendiendo una campaña de represalias.

Ahora el leader oportunista condena la intervención de los radicales en el Parlamento, «necesaria para la salud de la República.» *Le Siecle* y otros periódicos doctrinarios ponen por las nubes la conferencia política de Ferry, ensalzando y glorificando lo que llaman su sabiduría, prudencia, moderación, templanza y espíritu de concordia.

El concepto de intransigencia, expuesto por Ferry, no es una bandera de principios ni de opiniones, es una mera táctica electoral. Son intransigentes, según el leader oportunista, no los opuestos á los principios gubernamentales, sino los que no quieren prestar su voto á las listas electorales y candidaturas de los personajes de Ferry.

En el Havre, dijo Ferry: «el peligro está en la izquierda.»

Ahora ha dicho en Lyon, en sustancia: «el peligro está en los realistas y en los intransigentes, y los intransigentes son los que no establezcan conmigo un cambio y una reciprocidad de servicios oficiosos y de votos. A estas contradicciones humillantes se reducen las templanzas y suavidades del discurso de Ferry, tan aplaudido por la prensa doctrinaria, incluso el famoso *Temps*.

En resumen: el discurso de Mr. Julio Ferry fué una réplica á las últimas arengas de Mr. Clemenceau, y marca las dos tendencias que dividen á los republicanos gubernamentales.

La teoría de Mr. Clemenceau es la división de los republicanos en dos partidos, el uno conservador, hasta algo tímido, el otro innovador, hasta aventurero, sucediéndose en el poder y respondiendo á la doble necesidad de reposo y de progreso que siente alternativamente una gran nación.

Mr. Ferry, por ahora al menos, rechaza, por el contrario, como un peligro supremo para la república esa división de la mayoría republicana en el país.

Lo malo es que por más que Mr. Ferry quiera rechazarla, esa división existe y no tardará en tener una prueba de ello en el resultado de las próximas elecciones, en las que ambos partidos se combatirán frente á frente.

La reunión provocada por el exministro en la villa de las

Flores para pronunciar su larguísimo discurso, fué acompañada de un banquete, que duró desde las tres y media hasta las ocho. Había 600 comensales en una sola casa, apiñados á lo largo de mesas preparadas para 500 cubiertos. La muchedumbre se había aglomerado en los alrededores de la sala del banquete. Cuando el expresidente del Consejo bajó del carruaje prorrumpió aquélla en gritos de «¡Viva Ferry! ¡Viva la República! y sus aclamaciones ahogaron algunos silbidos, y los gritos de ¡Abajo Ferry! que se hicieron oír. Algunos jóvenes cantaron la Carmañola, y otros gritaron ¡Viva la *Commune!* La policía tomó el nombre de los delincuentes.

A estos esfuerzos políticos deben añadirse los que se hacen para la unión de todos los republicanos, cosa tan imposible en Francia como en España, por más que lo consignen en sus programas electorales hombres de la representación é importancia de Spuller y de Brisson, el antiguo Presidente de la Cámara de los Diputados.

Tiene en estos momentos extraordinario interés para todo el que ame los intereses morales y conservadores de la sociedad, conocer á los hombres de buena voluntad de la nación vecina, que posponiendo las cuestiones personales y de bandería política ante los supremos principios religiosos y sociales, unen sus fuerzas para las próximas elecciones y disputan á la revolución y á la masonería el regir los destinos de la Francia, aprovechándose de las divisiones republicanas.

Los periódicos católicos publican también un manifiesto dirigido á los electores y firmado por varias notabilidades de su partido. El manifiesto dice que los republicanos malgastan los recursos del Tesoro público, prodigan la sangre del pueblo, tratan á los católicos como á enemigos y expulsan á los sacerdotes del Panteón.

Añade que la supresión del presupuesto de cultos completará la obra de espoliación emprendida, y concluye declarando que las elecciones pueden reparar el mal; pero que para conseguirlo, no sólo los electores deben votar, sino también tomar parte en la lucha electoral por medio de la palabra, de la acción y de sacrificios.

*
* *

Preocupan justamente á la diplomacia europea las entrevistas de los tres Emperadores de Alemania, Austria y Rusia.

El Emperador y la Emperatriz de Austria, que partieron de Gastein, llegaron á Zell-am See en medio de una tempestad. El Emperador condujo á la Emperatriz á sus habitaciones, y en seguida partió para Insbruck.

Se espera que vayan á visitar á la Emperatriz en Zell-am-See sus hermanas la Reina que fué de Nápoles y la Duquesa de Alenzon, así como el Conde de París y el Duque de Chartres. SS. MM. regresarán á Ischil el miércoles ó jueves de esta semana, y recibirán allí la visita de los Príncipes de la Corona, que permanecerán con ellos unos cuantos días.

El Emperador Francisco José llegó á Insbruck á las dos de la madrugada y fué recibido por el Conde Taafe y los funcionarios de la ciudad y provincia. Apesar de lo temprano de la hora y de la lluvia que caía á torrentes, acudió un gran gentío á saludar á S. M.

En el mismo día tuvo el Emperador recepción, pasó revista á las tropas, y por la tarde hubo banquete de Estado, al que fueron convidados los Archiduques Carlos, Luis y Enrique, el Conde Taafe, el Obispo y otros personajes. El domingo inauguró el Emperador los ejercicios del regimiento de rifles.

Dicen de Viena que los Emperadores de Austria y los Emperadores de Rusia llegarán á Kremsier (Moravia) en la tarde del 24 de agosto, y el Czar y la Czarina partirán el 27.

El sábado se reunió el Ayuntamiento de Kremsier, y el alcalde anunció que no había recibido todavía notificación oficial de la visita imperial; pero que por sus informes extraoficiales estaba seguro de que los Emperadores llegarían el 24 á la ciudad, por lo cual propuso el Ayuntamiento que se constituyese en comité de recepción á fin de hacer los preparativos convenientes.

Un regimiento de Infantería, de guarnición en Olmutz, ha recibido orden de marchar á Kremsier.

Un periódico dice que el coste de los preparativos para recibir á los Emperadores de Rusia en Kremsier ascenderá á un millón de florines.

El Sr. de Stheling, jefe de la policía secreta austriaca, ha ido á Kremsier á fin de tomar las disposiciones necesarias para la seguridad de la familia imperial rusa.

Se forman muchos cálculos y se habla muchísimo acerca de los resultados probables de las entrevistas de los tres Emperadores; pero las contradicciones abundan y no son ciertamente los interesados quienes han de romper la reserva sobre los altos fines políticos que estas comunicaciones personales indudablemente entrañan.

Al porvenir toca aclarar lo que sólo es lícito entrever ahora.

*
* *

Un artículo de la autorizada *Gaceta de Alemania* se ha hecho famoso, recorriendo todas las capitales de Europa y suscitando los comentarios de la prensa toda. Se atacaba en él á los diarios franceses; se les acusaba de alimentar sentimientos de odio contra Alemania y se les tildaba de preparar y provocar una próxima guerra.

Creemos que no debe exagerarse el alcance de este incidente ni puede tampoco negarse la verdadera significación de un artículo de periódico que recibe inspiraciones más ó menos directas del mismo Canciller Bismarck.

¿Qué resentimientos puede abrigar el Gran Canciller alemán contra los actuales gobernantes de la República francesa? Algunos. En primer lugar, una evidente falta de sinceridad y franqueza en todas aquellas empresas, en las que están en juego el interés de Francia y el de Alemania. Por otra parte, la diplomacia alemana no puede haber visto con buenos ojos ciertas manifestaciones de los jefes de la mayoría parlamentaria desde el advenimiento al poder del Gabinete Freycinet-Brisson. Bien pudo Mr. Spuller herir la susceptibilidad alemana con su famoso brindis en la inauguración de la estatua del popular poeta Béranger. Un hombre de Estado desprecia las expresiones mal sonantes y las bravatas de los individuos de determinadas sociedades patrióticas, pero escucha y oye, por ejemplo, las palabras de un antiguo Subse-

cretario de Estado que se permite citar en acto público y solemne versos muy bien hechos, pero muy poco oportunos, en boca de uno de los jefes más caracterizados de la mayoría parlamentaria. Además, la actitud del Gabinete Freycinet en la cuestión de las colonias africanas es bastante para molestar al poderoso Imperio que ve en el Gobierno francés casi tanto espíritu de rivalidad como el manifestado en ocasión análoga por el *Foreign-Office*, de Londres.

Sabido es que en Petit-Povo y en otros puntos de la costa de Guinea, en los alrededores del establecimiento francés de Porto-Nuovo, se ha enarbolado la bandera francesa, apesar de las protestas de las factorías alemanas que allí han fijado todo su tráfico y ante la vista de los comandantes de buques alemanes enviados por el Almirantazgo de Berlín para proclamar en aquellas aguas el protectorado del Imperio. Hechos parecidos han pasado en el distrito de Kabitay, donde una casa de comercio de Wurtemberg había preparado el terreno y ultimado con ciertos jefes indígenas los tratados necesarios para establecer el protectorado alemán.

Es de todo punto indudable que Alemania mantiene hoy con más firmeza que nunca sus reivindicaciones, rechazando en esta parte toda tendencia á una política menos expansiva.

Sabido es que se ha presentado en las aguas de Zanzíbar una escuadra alemana compuesta de las fragatas acorazadas *Stoch*, *Gneisenace*, *Elisabeth* y *Prince-Albert* y del transporte *Ehrenfeshl*.

El comandante Paschen, á cuyas órdenes está esa escuadra, ha enviado el día 8 del corriente al Sultán de Zanzíbar, Seyid-Bargach, un ultimátum, intimándole que haga evacuar inmediatamente las posesiones de la Sociedad alemana para la colonización del Africa Oriental.

Esas posesiones comprenden todo el territorio situado entre la frontera Sudeste del Estado del Congo y la costa oriental africana, desde el Ecuador hasta el décimo grado de latitud Sud.

La Sociedad de colonización reclama especialmente las ricas comarcas montañosas del Kiliman-Pachá.

La cuestión del Afghanistan no ha adelantado un paso en los últimos quince días.

Rusia sigue preparándose á la guerra, y una vez más puede asegurarse sin género alguno de duda que hará al fin en esta ocasión lo que mejor le convenga.

Quizás ahí se encuentra el mayor de los golpes que amenaza el antiguo poderío de la siempre orgullosa Inglaterra.

A.





BOLETÍN BIBLIOGRAFICO ⁽¹⁾

Ensayos sobre religión y política, por JOAQUÍN SÁNCHEZ DE TOCA.—Un tomo en 4.^o—Precio, 32 reales en las principales librerías de Madrid y provincias.

Analizar someramente la obra anunciada, fuera aventurado y peligroso, pues en materias de tanta importancia, no basta emitir juicios, es necesario probarlos, y más si por acaso fueran opuestos al criterio del autor, en todo ó en parte. Por consecuencia, quédese para pluma de más vagar que la mía, una razonada censura de las conclusiones del Sr. Toca, con mayor causa, cuando él mismo presta materia para sintetizarlas ante el más distraído entendimiento, sólo con trasladar algunas breves líneas de su libro.

Dice en el prólogo: «No pueden las sociedades contemporáneas entrar en ninguna lucha ó discusión política, sin que la religión aparezca en primer término.»

Y concluye así: «Por eso, cumpliendo todos los deberes de imparcialidad, impugnaremos los falsos dogmas y principios antisociales de ese monstruo moderno, que por justa antonomasia llamaremos *La Revolución*, y es la obra más anticristiana que se ha producido en la tierra.»

Termina el libro afirmando: «aunque las concupiscencias humanas, los cálculos de la razón de Estado, y las intrigas de la política se conjuren para sostener la obra anticristiana, todo el mundo va comprendiendo que la ciudad edificada con sangre, y cuyos muros se asentaron sobre injusticias, tiene que venirse abajo irremisiblemente.»

Con esto, y el catálogo de las materias que trata la obra, creo será más que suficiente para comprender su objeto.

Vicisitudes del Pontificado romano.—La Iglesia y el Estado.—La libertad de cultos.—El Pontificado y

(1) Los autores y editores que deseen se haga de sus obras un juicio crítico, remitirán dos ejemplares al director de esta publicación.

la unidad italiana.—Carácter anti-cristiano de la revolución.—La Iglesia y la revolución en España.—Los partidos políticos y los intereses católicos en España.—La libertad de enseñanza.—El darwinismo.—Racionalismo y materialismo.—Temores y esperanzas respecto á las sociedades modernas.

* *

Método racional de lengua francesa, seguido de una colección escogida y ordenada de trozos de literatura para traducir y componer, y una serie de diálogos con numerosos modismos de los más usuales para aprender á hablar con perfección. obra publicada por D. C. TOMÁS ESCRICHE Y MIEG y D. FRANCISCO FERNÁNDEZ IPARRAGUIRRE.—Un tomo en 4.º, 6 pesetas. en el domicilio de los autores: del primero, en Bilbao, calle de la Estación, 28, 3.º; del segundo, en Guadalajara, plaza de Santo Domingo, 4.—En Madrid, en el «Nuevo centro de propaganda católica», plaza de Herradores, 10, 2.º, y en la librería de Fe.

El libro anunciado se halla compuesto con arreglo á las disposiciones vigentes, tanto sobre el estudio del francés, en la segunda enseñanza, como sobre el conocimiento que del mismo se exige á los aspirantes al ingreso en carreras especiales.

Y en alabanza de lo que hace referencia al fondo del método, basta con saber que en el curso todo de la obra se ha procurado que el estudio sea, en cuanto cabe, constantemente comparado con el castellano, lo que tiene la inmensa ventaja de que, acen- tuando bien las diferencias entre una y otra lengua, hace no tan sólo huir de los hispanismos al componer fran-

cés, sino también evitar los galicís- mos en que tan fácilmente caemos al expresarnos en nuestra propia len- gua, cuando una comparación atenta no nos ha puesto alerta contra tal peligro.

* *

Situación de las carreteras del Estado, que comprende el plan ge- neral en 1.º de enero de 1885.—Un tomo en 4.º mayor de más de 200 pá- ginas.

La Dirección general de Obras pú- blicas del Ministerio de Fomento, con una minuciosa exactitud que honra á los encargados de aquel centro, ha demostrado, con todo género de por- menores, la situación de las vías de comunicación en España, sin dejar duda acerca de su estado actual en cada provincia.

Para mejor comprender los re- súmenes, téngase entendido:

1.º Que se consideran en *cons- trucción* las obras que en 1.º de enero se hallaban en curso de ejecución.

2.º Que se consideran como en *construcción paralizada*, las obras que en la misma fecha se hallaban en esta situación, bien por haberse rescindido las contratas, ó por haberse agotado el crédito concedido para ellas.

3.º Que en *proyecto aprobado* se considerarán todas las obras que en 1.º de enero tenían sus estudios de- finitivamente aprobados, y por tanto, en disposición de construirse in- mediatamente.

4.º Como *en estudio* se incluyen todas las obras que en aquella fecha se habían mandado estudiar, y por tanto, sus proyectos se encontraban sin aprobar.

Y 5.º Que se comprenden como *sin estudiar*, todas aquellas líneas para

las cuales no hay proyecto redactado ni orden para proceder á su formación.

Sabido esto, veamos el resumen general:

	Kilómetros
En explotación	23.574,336
En construcción	4.728,220
En construcción paralizada	140,542
En proyecto aprobado	2.361,214
En estudio	10.855,597
Sin estudiar	5.791,741
Abandonados	268,085
<hr/>	
Número total de kilómetros que comprende el plan	47.719,735

La situación, pues, tiene mucho de favorable; con los recursos necesarios para completarla, y funcionarios tan inteligentes como demuestran serlo los de la Dirección de Obras públicas, llegará al término apetecido para el desarrollo del comercio é industria nacional.

*
**

A. C. Schaffle.—*La quinta esencia del socialismo, traducción y notas de ADOLFO BULLA y ADOLFO LOSADA, profesores de la Universidad de Oviedo.*—Con autorización y un prólogo del autor.—Un cuaderno en 8.^o Precio, 2 pesetas en todas las librerías. Los pedidos á la de Gutenberg.

Esta obra tiene por objeto presentar un esbozo científico y popular al propio tiempo, de las consecuencias económicas del socialismo moderno.

La cuestión que el socialismo discute, tiene plena razón Schaffle—así dicen los traductores en su prólogo—

es una *cuestión de estómago*. Su fundamento, su causa, está en que por una parte, los *medios* para el sostenimiento de la vida son muy limitados, mientras que por otra las necesidades son infinitas; y lo que es peor, por virtud del anormal desarrollo que las sociedades suelen tener en la historia, esos *medios* se encuentran—hasta pudiera afirmarse que *casualmente*—acumulados en manos de unos cuantos privilegiados de la fortuna, mientras otros, la mayoría de los hombres, tan dignos del goce de la vida como ellos, yacen en la miseria, muertos de hambre y teniendo que arrancar su sustento del fondo mismo de la tierra. Para los unos la sentencia bíblica «ganarás el pan con el sudor de tu frente» es letra muerta, mientras es para los otros condición necesaria de su *larga y pesada* estancia en el mundo.

Quienes no se conforman con la esperanza en una vida mejor—y hoy, sin que los dioses se vayan, á la mayoría de los creyentes les ocurre eso;—quienes por su miserable condición ni aun en términos hábiles se encuentran para llegar á adquirir esta conformidad, se agitan y bullen y reclaman unas veces pacíficamente, otras, con la espantosa violencia en los medios que todos conocemos, su parte en el festín. El socialismo en todos sus matices, es la fórmula de esos desgraciados. Por caminos diversos aspira á una distribución nueva de los objetos posibles de apropiación, á una organización social en que ese *derecho* natural que todos tenemos á no morirnos de hambre, sea universalmente garantido.

La aspiración no puede, en nuestro sentir, ser más justa. Lo que cabe discutir, fuerte y calurosamente, es el

camino que todos los *socialismos* proponen, y además los medios que para el logro más ó menos inmediato de aquel ideal ponen en acción.

Schäffle, con gran sentido práctico, con un profundo conocimiento de la materia, expone la parte que considera *esencial* en el socialismo militante, anuncia las consecuencias lógicas de sus principios, y sin hacerse solidario —y ahí está el error de los socialistas alemanes y franceses— de lo que expone, procura despojar á la terrible teoría de toda su parte utópica, revolucionaria y violenta.

Sabido esto, se comprende el objeto del libro. Se han escrito muchos con el propósito de señalar al socialismo los límites en donde toda cuestión económica debe encerrarse. La dificultad consiste en reducir las malas pasiones á la razón cuando materia tan fácil de promoverlas se suscita.

* * *

Asociación para la reforma de los aranceles de aduanas.—*Meeting celebrado en el Teatro de la Alhambra el día 7 de junio de 1885.*—*Precio, 2 reales en las principales librerías.*

El tema fué: Ruptura de las negociaciones con Inglaterra y sus consecuencias para el comercio español.

Cercana está la fecha para que se haya olvidado que se habló mucho de la suspensión del planteamiento del *modus vivendi*.

Fuó un *meeting* político-librecambista en que tomaron parte los principales apóstoles de esta escuela económica, con grato placer de sus afiliados. Por consiguiente, deben adquirirle, y sus adversarios también, como trasunto fiel de las doctrinas

opuestas á las suyas en uno de los puntos más importantes.

* * *

Estudios sociales, por D. FERNANDO COLÓN Y BENEITO.—*Tomo I en 8.º—Su precio, 3 pesetas en las principales librerías de Madrid y provincias.*

La familia, el Estado, la propiedad, son los tratados que comprende el libro.

Nunca tanto como ahora siento la necesidad de reducirme á estrechos límites, cuando á la vista se ofrecen asuntos de tan vital interés, razones históricas y naturales tan irrecusables, en comprobación de los argumentos y páginas tan bien escritas como encierra la obra del Sr. Colón y Beneito.

A la manera del filósofo griego, tan inaccesible á la seducción que se le comparó con una estatua, así en los discursos del Sr. Beneito no se descubre el menor asomo de pasión hacia idea determinada, ni mucho menos preocupaciones de secta ó de partido.

Trasunto es en efecto de la estatua de Themis, cual debió dejarla entre nosotros la hija de los dioses antes de abandonar la tierra.

Por eso, cada cual encuentra las afirmaciones de los *Estudios sociales* tan acomodadas á su entendimiento, que se admira no se le hayan ocurrido antes, si por ventura no recuerda haberlas concebido de antemano.

Con efecto, en el fondo de su alma existían, pero dormidas, sin acción, desfiguradas por el interés, alestargadas por el amor propio. Eran los sentimientos de justicia impresos en el corazón del hombre, donde

nunca mueren, y responden cual eco poderoso á la voz de lo justo. Así ha sucedido siempre.

Y no podría menos de suceder ahora cuando al considerar la familia en su origen, en su desarrollo, en su imprescindible objeto social, vemos perfectamente deslindada la misión respectiva de uno y otro sexo; el matrimonio considerado como el estado más perfecto de la personalidad humana, los derechos y deberes de los cónyuges, el poder paterno, los deberes y derechos recíprocos entre padres é hijos, adquisiciones por herencia y derecho de testar.

Pasamos al estudio segundo en que se trata del Estado, y de las diversas formas en que se le considera, ya sea monárquico, democrático ó constitucional, las ventajas é inconvenientes de la centralización, con arreglo á los diversos países, y la guerra, según ahora es, comparativamente á lo que antes era.

Así llegamos á la última y tercera parte del libro, consagrada á la *propiedad*, la más corta, pero no la menos importante, en disposición que no dejará el autor de ampliarla con

otras sucesivas, y en verdad que si corresponden, como es de suponer, á la sabia filosofía con que en este estudio da una idea de la propiedad bien entendida en sus diversas acepciones, del pensamiento, de la mueble é inmueble y de la *prescripción* como complemento de la propiedad misma, no dejará de combatir lamentables errores, que aunque de fecha antigua, tienen gran séquito en nuestros días, acariciados por utopias malévolas, y lo que peor es, admitidas por el deseo de vivir regaladamente en este valle de lágrimas, sin más trabajo que tomar lo que otros adquirieron como recompensa de un trabajo anterior, si es que no fué justa paga del suyo.

En suma, en la obra de que damos cuenta se hallará cuanto se ha escrito en la materia en abultados volúmenes por los hombres más doctos en legislación, unido al sano criterio de un jurisconsulto experimentado á quien guía tan sólo el afán de poner en claro los fundamentos sociales sin los que el derecho común desaparece y la razón se extravía.

D. CH.

